



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
CAMPUS ARAGÓN**

**“REPORTES Y DEPORTES MEMORIA DE UNA DECADA
DE LABOR PERIODISTICA EN LA AGENCIA NOTIMEX”**

INFORME DE DESEMPEÑO PROFESIONAL

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PERIODISMO Y COMUNICACIÓN
COLECTIVA
PRESENTA:**

FRANCISCO CIPRIAN HERNANDEZ

ASESOR: LIC. JORGE MARTINEZ FRAGA

MEXICO, MARZO DE 2009





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

- **Agradecimientos**

La presente es una historia con un principio, pero sin un final. Por requerimientos académicos, la narración se remonta a mis comienzos en la Agencia Notimex, aunque no hubo tiempo de contar el fin de ese ciclo en medio de la corrupción, avaricia, sinrazón e ineptitud de empresa y sindicato, que la han sumido en la peor crisis en más de 40 años de historia.

Tampoco hubo tiempo de incluir un episodio sobre los soberbios Juegos Olímpicos de Beijing, por ello quiero, a la distancia y ya que no hablaré de ellos en las páginas siguientes, agradecer a los chinos por su hospitalidad y buen corazón para recibir al mundo con los brazos bien abiertos.

Sobre todo, envió un abrazo de agradecimiento a mi padre, no sólo por su guía y complicidad sino porque sus constantes indirectas por mi “no titulación” fueron la causa principal de esta tesis (o como quiera que se le llame). También a mi madre, desde luego, por algunas enseñanzas; a mis hermanos Fabiola, Benjamín y Maricela, y en general a todos los que llevan el apellido Ciprián, responsables en mayor o menor medida de este largo camino en las aulas.

En particular, a mis abuelos Engracia y Esteban por su cariño, respaldo cotidiano, buen ejemplo y trabajo incesante y desinteresado para llevarme por buen camino. Sin ellos, definitivamente, no habría sido posible una sola línea de esta tesis.

No voy a dejar de mencionar, por supuesto, a todos los amigos, compañeros, profesores y detractores que compartieron conmigo los inolvidables y muy descarriados cuatro años en aquella ENEP Aragón; en especial a Lizbeth Machorro, Carlos Roldán, Norberto Carrasco, José Luis Reyes y Héctor Pineda.

La lista la completan el profesor Jorge Fraga (su nombre de batalla), asesor y amigo que creyó desde el principio en este proyecto; la profesora Mónica, por sus amables atenciones; Alfonso García, por sus atinadas correcciones de última hora; los sinodales, por su espíritu abierto para aprobar un trabajo como éste, y todos los mencionados a lo largo de estas páginas.

¡Mil gracias a todos!

Índice

Introducción	3
1. Un reportero aragonés, desde el principio	8
2. Pequeños tropiezos y pequeñas hazañas del principiante	24
3. La labor cotidiana de un reportero de deportes	33
4. La metodología. Hoy futbol, mañana golf, pasado boxeo	50
5. La iniciativa del reportero en la rutina de una agencia de noticias	62
6. Una misión (im)posible: la persistencia en el trabajo periodístico	79
7. Peripecias del enviado internacional	92
8. Renovarse o morir, cuando la monotonía se apodera del teclado	110
9. El camino hacia la profesionalización	123
Conclusiones	134
Anexo	139

- **Introducción**

Al principio me costó trabajo simpatizar con los zapatistas, simplemente porque se les ocurrió levantarse en armas el 1 de enero de 1994, justamente el día que me tocaba guardia nocturna en la redacción de El Herald de México.

Después de descansar el último día de 1993, pues no habría periódico el primero de 1994, teníamos que regresar el día de año nuevo a las labores para preparar la edición del 2 de enero, aunque infelizmente correspondió al día exacto de mi guardia, que no era otra cosa que esperar a que saliera el negativo de todas las planas de información general, revisarlas una última vez, en especial las cabezas, y enviarlas a rotativas para comenzar a tirar el periódico.

Pero el Ejército Zapatista tuvo la genial idea de irrumpir ese día en el sureste mexicano. De por sí había que salir tarde de las guardias, entre la una y las dos de la mañana, y con el “chistecito” en las montañas chiapanecas se demoró mi salida hasta después de las tres de la mañana.

No tenía más que algunos meses que había salido de la entonces llamada ENEP Aragón y, desde luego, no contaba con auto propio. En mi casa nadie lo tenía y mi sueldo de corrector en El Herald de México en verdad ni siquiera alcanzaba para costear la tarifa de un taxi nocturno. Si por algún motivo regresaba a casa en taxi, quería decir que ese día mis finanzas se alteraban porque los egresos eran mayores a los ingresos.

No sólo los días de guardia eran una angustia para volver a casa, también lo eran los normales, ya que salía a las 11:30 de la noche, corría a toda velocidad al

Metro Niños Héroe y cuando llegaba a la estación Basílica pocas veces alcanzaba el microbús que me llevaba a mi casa, por lo que tenía que pagar taxi o subirme en un “micro” que pasaba por colonias de alto riesgo, donde ser asaltado era tan común como afeitarse en las mañanas. Para rematar, debía caminar unas 10 cuadras en penumbra hasta mi colonia con la única protección del Espíritu Santo.

Salvador Acevedo, jefe de correctores, se compadeció a medias de mí aquella madrugada del 2 de enero de 1994 y al menos me sacó del nido de ratas de la colonia Doctores en la que se encontraba el edificio de El Heraldillo –Doctor Lucio y Doctor Velasco para mayor ubicación- y me llevó a Reforma donde, supusimos, era más fácil tomar un taxi.

Me bajé con lentitud de su “vocho” blanco con la esperanza de que en el último instante se animara a llevarme hasta mi casa, lo cual no ocurrió, y me quedé solitario en pleno Paseo de la Reforma. Era invierno y hacía frío, y a diferencia de los otros 364 días del año, la avenida estaba desolada. No había nada abierto, no había ebrios trasnochadores y no pasaba un solo vehículo. Ni taxis, ni “micros”. Nada. Ni un perro que me hiciera compañía. Supuse que el Ángel tampoco estaría, pero de reojo pude comprobar que seguía ahí, trepado en su artística pose en el mismo lugar de siempre.

Embargado por el coraje, la desesperación, el miedo y las ganas de llorar por estar abandonado a mi suerte lejos de casa, maldije un poco más a los zapatistas, pero de pronto me entró la calma y la cordura. No iba a ganar nada lanzando improperios al “Sub Marcos” y su gente, ni a don Gabriel Alarcón, dueño de El Heraldillo, por los míseros sueldos que nos pagaba, que no alcanzaban ni para pagar un taxi. Me quedé tranquilo, sin pensar en nada, y de pronto pasó un taxi salvador que me dio una buena tarifa y me llevó sano y salvo a casa.

Esa fue la primera vez que sentí los golpes del periodismo. No me sentí periodista por haber estado desamparado en la madrugada cuando todo mundo dormía plácidamente, pero entendí de qué se iba a tratar.

-¿No te puedes buscar un trabajo donde tengas un horario normal? –me dijo alguna vez un malhumorado tío, que no me prestaba su coche pero de todos modos lanzaba regaños al no concebir que alguien pudiera trabajar ya sea muy tarde o muy temprano.

Nunca encontré ese trabajo con horario cómodo. Y así, tal vez sin proponérmelo, poco a poco me fui curtiendo y haciendo periodista. Nunca rehuí a acostarme muy tarde o levantarme muy temprano. Ahí empecé a adquirir la experiencia de la que carecía.

La misma experiencia sobre la que escribí en estas memorias, la que se gana con el día a día, con alegrías y desventuras, con éxitos y frustraciones, la cual va acompañada de todos esos sucesos cotidianos de los que pocas veces se habla en los libros y en las aulas. Aquello que de haberlo sabido quizá me hubiera ahorrado un tropezón, un dolor de cabeza o por lo menos un buen bochorno público.

¿A cuántos inocentes novatos no nos mandaron en nuestros primeros días en una redacción a buscar en otros pisos el “trifoco” y el “estiraplanas”?

Yo, me alegra decir, me salvé porque a alguien se le escapó, justo a tiempo, una risita delatadora, pero no porque en verdad tuviera la experiencia o malicia para darme cuenta de que me estaban tomando el pelo. Cándido como era, no estaba muy preparado siquiera para una broma cruel, quizá menos para la vida real del periodismo mal pagado.

Porque, para decirlo con la rudeza del futbol americano, al salir de ENEP Aragón, hace más de una década, me sentía equipado para los trancazos del periodismo, pero nunca había sentido ni asestado uno solo. Tenía idea de cómo tirar un pase, pero apenas había tocado un balón. Sabía, en teoría, a dónde tenía que llegar para anotar, pero jamás había logrado siquiera un gol de campo. Vaya, ni siquiera tenía equipo.

Con el transcurso de los años, fui de un lado a otro, de un trabajo a otro, utilizando aquellas viejas herramientas adquiridas en la ENEP Aragón. No eran suficientes y a veces estaban pasadas de moda, pero de algo sirvieron. Fueron la base para una carrera profesional que empezó en El Heraldo de México en el invierno de 1993, siguió al Canal 40 y al viejo Unomásuno, y remató en Notimex, mi segunda casa desde el 1 de febrero de 1997.

Casi 15 años después de dejar atrás la populosa Impulsora, ya tengo equipo. Desde mi humilde parecer, acumulo muchos pases de anotación, algunos juegos ganados y hasta algunos campeonatos, pese a rivales descomunales en el periodismo deportivo como la poderosa Televisa, o los diarios Reforma y Récord.

En esos años de experiencia laboral, la vida profesional me ha llevado por unos 15 países, lo mismo al rico vecino Estados Unidos, que a la pobre Guatemala. Lo mismo a Francia, que a la hospitalaria Sudáfrica, o lo mismo a la casi perfecta Canadá que al parrandero Brasil.

Ahora, con más de 20 veces como enviado internacional de Notimex y muchas más como nacional en el currículum, hice un alto –sólo simbólico, no en los hechos- como reportero deportivo y regresé a la UNAM para algo más que gritar un “Goya”.

Si cuando egresé prometí fervientemente nunca regresar, si acaso para aprovechar los descuentos de la Muestra de Cine, ahora volví no sólo para conseguir la ansiada tesis que mi padre –universitario de toda la vida- siempre me echaba en cara, sino para escribir por el mero placer -como en aquellos años universitarios cuando editamos La Mengrambea con mi compañero Carlos Roldán- a debatir, intercambiar ideas y compartir experiencias.

Es mi regreso humilde al alma máter. Orgullosa, pero jamás vanidosa. Como el “bracero” que regresa al pueblo, no a presumir su rústico inglés o sus tenis de marca, sino a compartir las precarias ganancias con los seres queridos.

Ya era momento, pues, de mirar atrás y escarbar en el pasado; de escribir mis memorias a manera de balance de lo realizado hasta el momento y también de compartir la experiencia propia con otros universitarios.

Mi intención no fue, en definitiva, abrirle los ojos a nadie, ni aleccionar, enseñar, recriminar o demeritar, sino contar mi propia experiencia como una forma de mostrar un camino que yo recorrí y que pudiera ser interesante o enriquecedor para otro que está por comenzar ese caótico e impredecible camino del periodismo.

Divididas en nueve capítulos, mis memorias periodísticas encapsularon casi 12 años en la sección de Deportes en la Agencia Notimex, contando desde el inicio incierto y la vida rutinaria de un reportero, hasta las andanzas cómicas de un enviado internacional; los pequeños y grandes triunfos, y los pequeños y grandes fracasos tanto del inexperto reportero como del experimentado periodista.

Después de 15 años de posponerlo, de darle vuelta por una u otra razón, por fin regreso a Aragón a través de estas páginas. ¡Feliz reencuentro!

1. Un reportero aragonés, desde el principio

“Antes de empezar, limpio mi escritorio, hago muchas estupideces que parecen importantes evitando, retrasando y negando el comienzo. Siempre me asusta no saber qué hacer. Es un momento aterrador”.

Frank Gehry (arquitecto) en “Frank Ghery sketches”, película de Sydney Pollack.

Nací en julio de 1971 en la zona de Aragón, en el nororiente de la Ciudad de México. Los sesenta me llegaron de rebote, pero con tanta violencia y efectividad como para rendirles culto años después, y los setenta los viví en la inconciencia de la infancia.

El día que mataron a John Lennon en Nueva York, sabía que había motivos para entristecerme, porque en verdad me gustaban Los Beatles, aunque éstos hacía rato que no existían, pero sólo tenía nueve años y francamente lo único que me interesaba era el fútbol.

Los ochenta, mi puente de la niñez a la adolescencia y luego a la adultez, apenas comenzaban y, esos sí, me atacaron de lleno. Fueron mi verdadero hogar. A la distancia, lo que detestaba de aquellos tiempos ahora me agrada o, por lo menos, me parece simpático como esos esponjados peinados que se veían en los videos musicales. Basta ver una cabellera esponjada con mucha pistola de aire y algo de “moose” para darse cuenta de que se trata de los ochenta.

Aquella década tuvo de todo, desde excelente música y buenas películas hasta Hugo Sánchez y Fernando Valenzuela brillando en el mundo deportivo. Aún no existían los secuestros y un niño o joven podía estar fuera de su casa todo el día sin ser molestado más que por su propia madre exigiéndole regresar a casa para lavar los trastes.

También fue el principio del fin del patético régimen priista, que sorprendentemente no se ha ido del todo y sigue cometiendo tropelías ya sea vestido de tricolor, blanquiazul o amarillo y negro. Aun así, estoy convencido que de algo sirvieron los paros y huelgas universitarias de fines de los ochenta previos a las elecciones.

Mi problema, y el problema de muchos, era el dinero, algo típico de la zona nororiente de la capital, atrapada entre la miseria de los municipios vecinos del Estado de México y las colonias que a lo largo de la ciudad van separando a los ricos de los pobres, a quienes tienen el futuro asegurado y a quienes viven al día.

La falta de fondos, desde luego, privaba a cualquier joven de llevar una vida socialmente atractiva y tener una novia medianamente de buen ver. En la parte capitalina de Aragón, la palabra suburbio no es más que un eufemismo. Nada que ver con los programas “gringos” con casitas acogedoras, calles perfectamente trazadas e interminable césped –palabra usada en la tele para darle más estilo al pasto- para sacar a pasear al perro a hacer sus necesidades.

En la zona donde pasé toda mi infancia, juventud y parte de la adultez, sin pasto ni césped, sólo violentas tolvarenas acaso mitigadas por el Bosque de Aragón, no había mucho qué hacer, más que caminar ociosamente durante horas por las calles de la colonia. Y repetir al día siguiente la odiosa rutina a la que uno terminaba por tomarle cariño.

Afuera de mi casa, estuvo parado durante muchos años un Opel viejísimo de mi papá. Podría haber sido un clásico de haberse encontrado en buen estado, pero no era así, simplemente era un cacharro deplorable que apenaba a toda la familia. Sólo lo empujábamos una vez al año para retirar la basura que se acumulaba por kilos debajo y alrededor.

Quién sabe cómo y con qué medios, pero un día mi hermano echó a andar el maltrecho vehículo milagrosamente. Desde luego, la chatarra paterna no daba para pasear por la ciudad, subir chicas hermosas –de preferencia rubias- e ir a las discotecas de moda. Ni siquiera teníamos para la gasolina, mucho menos para entrar a un antro de esos que sí eran asequibles semanalmente para un chico del sur de la ciudad.

La vida la veíamos en la televisión. Lo nuestro era lo que ocurría en la calle Volcán Ajusco de la colonia Pradera (donde viví muchos años), la misa los domingos en la iglesia de la siguiente cuadra, las escapadas para visitar a uno que otro prospecto de novia y las peripecias de los drogadictos del barrio. La única rubia que conocía pesaba como ochenta kilos. Era preferible ver “Vaselina” en la tele e imaginarse al menos unos momentos que Olivia Newton John, sin John Travolta, vivía en la casa de al lado.

México entero vibró con el Mundial de fútbol de 1986. Yo, al igual que amigos y familiares, no fui la excepción. También vibré, sólo que lo hice, como mucho de lo que pasaba en mi vida, a través de la televisión.

Universitario de toda la vida por el lado paterno, el CCH Azcapotzalco fue mi puerta de ingreso a la UNAM en 1986, sólo que el colegio en cuestión no era más que un ring donde se sostenían disparejas peleas sociales entre los privilegiados del sur y el resto de los mortales.

“Nunca había conocido un lugar tan represivo como éste”, decía un profesor de Psicología, muy popular entre los escolares porque era, entre otras virtudes, buenísima onda.

Mi propia hermana, fastidiada de la mirada inquisidora de seres que, como dice Milan Kundera en “La broma”, aún no están formados del todo pero ya

lanzan discursos contundentes con palabras letales cuyo significado desconocen, decidió desertar y mandar al diablo la escuela.

Siempre, desde niño, había querido estudiar Astronomía, quizás un tanto influido por el programa Cosmos de Carl Sagan, que pasaba los sábados por la noche después del fútbol. Poco a poco me di cuenta que ser astrónomo en México sería como poner una paletería en Alaska, por lo que me conformaba con estudiar Física, Matemáticas o algo similar.

En mis últimos días en el CCH Azcapotzalco, hacia el final de los ochenta, me percaté que tampoco tenía muchas ganas de estudiar algo que no sabía si me iba a dar un sueldo para vivir. Mucho menos me hacía gracia el hecho de ser un “matado” con lentes de fondo de botella que pasa toda su vida frente a los libros. La vida, según me habían enseñado esas largas excursiones diarias a Azcapotzalco, siempre está “allá” afuera.

Un buen día, una tía que había estudiado Periodismo en la ENEP Aragón, aunque nunca lo ejerció, me prestó un libro sobre géneros periodísticos para presentar una exposición en una clase de Redacción, justo cuando no tenía ni la menor idea de qué hablar.

Aquella exposición, inesperadamente, fue de alguna forma un éxito. Al menos pareció gustarle al profesor. Me sentí a gusto y realmente no tuve que hacer un gran esfuerzo. Llevado por la comodidad, reconsideré la idea de estudiar una carrera científica y enrolarme en algo más sencillo.

Naturalmente, ignoraba que los reporteros también se morían de hambre y de pronto, casi de la noche a la mañana, decidí estudiar Ciencias de la Comunicación –como le llamaban en aquel entonces- y dejar en el olvido aquellas tardes aleccionadoras de Carl Sagan en la televisión.

Cuando los ochenta agonizaban, ya con credencial de elector que avalaba mi mayoría de edad, fui enviado a la entonces llamada ENEP Aragón, la cual no quedaba lejos de mi casa, si acaso 20 minutos en pesero, ya sea en esas combis tan de mal ver como el Opel de mi padre o en los temibles microbuses que se apoderaron de la ciudad con su estilo kamikaze de conducir.

Era la combinación perfecta: una carrera fácil y una escuela cerca de casa, después de viajar durante tres años, más de dos horas diarias en camión, al CCH Azcapotzalco. El renovado espíritu que me había dejado una década artísticamente estimulante no era compatible con quien se pasa todo el día en un aula resolviendo complicadas encrucijadas matemáticas.

Es decir, quería seguir estudiando, sin importar que no encontrara mi verdadera vocación, si es que algún día la tuve, pero ni iba a pasar mi vida nadando en un océano de números, ni iba a gastar gran parte del día en trasladarme a una escuela. Curiosamente, el destino me recompensó bondadosamente dándome un departamento desde donde no tardo más de 10 minutos en llegar al Autódromo Hermanos Rodríguez y su vecino el Foro Sol, escenarios del automovilismo y el beisbol que estuvieron a mi cargo durante varios años como reportero de Deportes de Notimex.

En lo personal, nunca encontré motivos para desertar de la escuela, así que me levantaba temprano (a veces) y caminaba unas seis cuadras para tomar la Combi. En el camino, ya sea de ida o de vuelta, me encontraba en las esquinas con viejos amigos de mi edad, a veces menores, que ya eran padres y que habían tenido que abandonar la escuela. Departir en la esquina con los amigos era, más que una diversión, una forma de zafarse unos momentos de la juvenil esposa que aguardaba en un cuartucho de la casa de sus padres.

Los que no tenían hijos a temprana edad, simplemente habían dejado la escuela porque ya estaban fastidiados de levantarse temprano para ser, sin un

peso en el bolsillo, uno más del poco estimulante sistema educativo de la SEP, así que habían decidido probar suerte como cobradores de microbús, choferes de microbús –los más astutos y afortunados- o lavadores de microbuses. En verdad, visto en retrospectiva, supongo que la aparición de los microbuses en los ochenta supuso la reactivación de la maltrecha economía de la juventud del populoso nororiente capitalino. No era que en nuestra casa faltara de comer o que nos cortaran la luz por falta de pago, pero no recuerdo que alguno de nosotros haya tenido fondos para invitar a una muchacha al cine.

El camino a la ENEP Aragón era, aunque corto, tétrico. La Avenida Central de la actualidad asemeja un “freeway” estadounidense, pero en aquel entonces era verdaderamente horrible. Siempre estaba llena de baches y eternamente inundada por las lluvias. Sin importar que no fuera época de lluvias.

La ENEP no era –ni es- del agrado de muchos. Ni de maestros, ni de alumnos.

En aquel noviembre de 1989, cuando ingresé a Aragón, muchos compañeros de generación le hicieron el feo. Algunos amigos míos, supuestamente sofocados por el entorno miserable, emprendieron la retirada luego de un semestre o dos. Incluso la ENEP Acatlán, que tampoco está en un barrio muy exclusivo que digamos, era más apreciada entre la muchachada.

Prácticamente oriundo de la región, quizá algo ofendido en mis adentros, solía atacarlos con una frase que tuve que repetir a menudo: “pinches mamones”. Pero en el fondo, sabía yo, tenían razón. A nadie le hacía gracia viajar a la Impulsora cotidianamente con el temor a ser asaltado. Y eso que en aquella época no existían esos mugrientos bares que le dan al barrio un toque de zona de tolerancia. Antes, como ahora, el pasto estaba seco y el entorno resultaba poco estimulante no sólo para estudiar, sino quizá para practicar algún deporte, porque los pocos campos que teníamos estaban en pésimas condiciones, llenos de

piedras y tierra. En aquel tiempo, la actividad complementaria no era deportiva ni cultural, sino beber cerveza, sólo que andábamos de un lado a otro porque no existían los sitios precariamente establecidos de hoy en día.

Con el paso de los semestres, un servidor y amistades cercanas nos fuimos adaptando a las circunstancias. Ya no nos disgustaba tanto la basura de las calles aledañas, ni las instalaciones descuidadas, sino que pronto pasamos felizmente a formar parte del escenario, y eso hizo que la carrera transcurriera de la mejor manera posible. No vivíamos con lujos, pues apenas nos alcanzaba para comer, y siempre estábamos envueltos en nuestro pequeño mundo, alejados de la vida real de los medios de comunicación, con poca idea de lo que nos esperaba después de los ocho semestres, pero con muchos momentos de lucidez académica gracias a algunos profesores que en verdad hacían que valiera la pena el viaje a la Impulsora. Ciertamente nunca conocimos a un corresponsal de guerra, un Pulitzer o al menos un Premio Nacional de Periodismo que nos contara sus peripecias en el oficio, pero hubieron mañanas estimulantes en las que se desataban intensos debates en clase.

A veces nos las arreglábamos para escapar del anonimato y palpar el mundo real, como cuando a mi amigo Norberto Carrasco se le ocurrió llevar a su hermano Jorge, quien había tenido varios empleos en el medio, entre ellos corresponsal de Notimex en Santiago, Chile, para que nos contara algunos detalles sobre la labor periodística. Jorge, también egresado de Aragón, siempre fue un tipo que le gustó superarse, cursó diplomados en España y no tenía empacho en dejar un empleo que parecía bueno en busca de mejores horizontes, como cuando fue reportero de El Financiero y renunció en busca de mejores aires. Hoy es uno de los principales periodistas de Proceso.

Por cierto, Jorge Carrasco tardó en darse cuenta de la importancia de hablar inglés y empezó a estudiar después de terminada la carrera. También en nuestra generación, absurdamente, algunos nos negábamos a estudiar inglés

como humilde forma de protestar contra el imperialismo y no hubo nadie que nos previniera contra tal estupidez. A lo largo de los años, el imperialismo ha seguido fortaleciéndose impunemente y yo tuve que aprender inglés como pude, casi a la fuerza, leyendo “Playboy” como el “Subcomandante Marcos”, todo porque en aquellos tiempos universitarios una mañana nos dio –a mí y a algunos amigos– por estudiar francés, idioma que ahora apenas recuerdo.

Visto a la distancia, no recuerdo que muchas figuras del periodismo se hubieran hecho presentes en la ENEP Aragón para compartir sus experiencias con los universitarios. Además de Jorge, me tocó ver a Enrique Garay, comentarista de TV Azteca, cuya frívola presencia no tendría mayor trascendencia de no ser porque, igual que yo, comenzó en El Heraldo de México y, al igual que yo años después, se le ocurrió la “puntada” de pedir la oportunidad de escribir sobre lo que más le apasionaba pese a que nadie lo conocía.

Por ahí me enteré que algunas otras “estrellas” del periodismo fueron a Aragón atendiendo visitas de los alumnos, pero ni siquiera las vi pasar por la explanada. Tampoco tuvimos (hablo en plural a nombre de todo el equipo de trabajo formado por amistades cercanas) muchas visitas a medios de comunicación. Sólo una, a la cabina de la extinta Rock 101 del Grupo Radio Mil. Y de esas prácticas de campo que inevitablemente se convierten en vacaciones desenfundadas tampoco hubo muchas. Sólo una, a una deprimente radio indigenista de Tlaxiaco, Oaxaca, que era atendida por una sola persona.

Y es que, en el fondo, estoy convencido de que muy pocos tenían (o teníamos) la certeza de convertirnos en periodistas. Francamente vivíamos al día, pensando en dónde habría fiesta el viernes siguiente, quizá en aprobar decorosamente alguna materia, pero nadie tenía idea de lo que le depararía el destino al concluir la carrera, ni dónde ni cómo había que ir a pedir trabajo.

Favorablemente, hacia el final de la carrera, en el verano de 1993, el sentimiento de derrota/inferioridad que presuntamente contagia la Impulsora había quedado en el olvido. De hecho, nunca lo compartí; me fue indiferente, y cuando terminé los ocho semestres de rigor, me lancé a buscar trabajo y me di cuenta que, como yo, muchos egresados de Aragón no compartían ese espíritu. Por el contrario, poco a poco invadían y se consolidaban en los medios de comunicación, pese a que al principio, en tiempos del servicio social, siempre teníamos hambre y poco dinero para saciarla. Eramos como esos jugadores de los Pumas del futbol americano que se someten a entrenamientos inhumanos sin nada en el estómago con el sueño de algún día vencer a los sobrealimentados chicos del “Tec”.

- **La vida después de la ENEP**

No tardé mucho en encontrar empleo. Una revista de “Neza”, dirigida por un borrachín de negocios turbios, muy dado a acosar a cuanta chica se le pusiera enfrente, me abrió las puertas, aunque por fortuna me fui rápidamente. El dueño siempre tenía buenos pretextos para no pagar a tiempo y yo no iba a trabajar si no devengaba un sueldo. En todo caso mejor regresaba a los negocios familiares donde trabajé durante mucho tiempo para financiar mi vida universitaria.

Y es que, en verdad, necesitaba dinero, pues tenía para entonces una relación con la que años después se convirtió en la madre de mi única y sensacional hija, y no iba dejar de explorar todas las opciones. El manual de crítica cinematográfica de Salvador Mendiola, editado por la ENEP Aragón, sirvió para escribir una reseña que encontró cabida en el suplemento de libro del agonizante periódico El Nacional y ahí obtuve los primeros 250 pesos (de los viejos) verdaderamente periodísticos de mi vida.

Hacia finales de 1993, tuve mi primer trabajo formal como corrector de estilo en la sección de información general de El Herald de México. El típico puesto en el típico lugar para un iniciado, a donde fui introducido justamente por otro egresado de Aragón, quien me dijo sabiamente que cualquier lugar era bueno para empezar siempre y cuando te pagaran. El periódico, priiista y católico, no era más que un “soldado” del presidente en turno, como decía el “Tigre” Azcárraga, pero ahí encontré a mis primeros maestros, en particular Salvador Acevedo, jefe de corrección, un tipo de la vieja guardia, sabio y experimentado, que me guió como un padre paciente y dedicado, formado cuando Bill Gates ni siquiera había nacido y, por lo tanto, cuando las computadoras y el internet aún no le hacían la vida facilona a los periodistas.

En El Herald de México empecé a escribir mis primeras crónicas urbanas¹, sin olvidar mi labor como corrector de estilo, y poco después se me dio la oportunidad de hacerme cargo de una columna de crítica cinematográfica en el suplemento dominical, a la que bauticé como “Disolvencias”.

Todo marchaba bien hasta que de pronto algunas líneas no empezaron a ser muy del agrado del subdirector Pedro Camacho. Me censuró infantilmente cuando, en pleno Mundial de fútbol del 94, México había vencido 2-1 a Irlanda con dos goles de Luis García, a quien llamé “el güerito de la blanca sonrisa”². “Luis García para presidente”, escribí entonces. A Camacho no le gustó la arenga política, mucho menos en plena campaña presidencial, y decidió borrar aquel párrafo como hizo después con algunos otros, hasta que canceló la columna de cine, a menos que quisiera escribir algo 100 por ciento “light”, exclusivo para el ánimo inofensivo de un ama de casa, pues el suplemento se llamaba cursivamente “Feminísima”.

¹ Ver Anexo, págs. 140-145

² Ver Anexo, pag. 141

De cualquier forma, ya tenía planeado renunciar a fines de 1994 para lanzarme a una loca aventura mochilera por Centroamérica, que me llevó en camión desde la Ciudad de México hasta San José de Costa Rica, así que dejé el periódico y le di las gracias a Camacho.

-Gracias por darme la oportunidad, señor Camacho.

-Las oportunidades no se dan, se ganan –respondió, no sin advertirme amistosamente que algún día nos encontraríamos de nuevo.

Años después, El Heraldo cerró sus puertas para convertirse en el Diario Monitor de José Gutiérrez Vivó, y Camacho, tras un paso por una dependencia gubernamental, llegó a Notimex, donde trabajó quizá por un par de años en un puesto en el que podía poner en marcha sus más chiflados criterios periodísticos. Siempre quise pasar a saludarlo, aunque nunca pude por uno u otro motivo, pero recordaba aquella vez que no quiso apoyar la candidatura de Luis García para presidente. Hoy suena de risa, y en aquel tiempo también era de risa, pero así eran los soldados del presidente, muy celosos de su deber. Y supongo que lo siguen siendo.

Después de un mes de vagancia por todo Centroamérica, regresé a México a seguir la que, entonces, deseaba que fuera una carrera de crítico cinematográfico. La primera puerta que toqué fue la de la revista “Cinemanía”, que recién había empezado a publicarse con bastante éxito.

Para mi sorpresa, el editor en jefe me puso una prueba demasiado fácil y, luego de aprobarme, me dijo que me presentara el lunes siguiente, que estaba contratado. El lunes fui a atender mi primer día de trabajo para escribir sobre lo que más me gustaba en ese momento: el cine. No me importaba que me pusieran a hacer lo que fuera con tal de que me pagaran y me dejaran ver películas gratis. Pero, en una de esas burlas del destino, el sujeto que me contrató dejó de laborar

en la revista ese mismo día, repentinamente, así que ni siquiera me dejaron entrar a las instalaciones y, bañado y desilusionado, tuve que regresar a casa mucho antes de tiempo. La secretaria, quizá la más hermosa que he visto en mi vida, me dio la noticia y eso me entristeció más.

Algo deprimido porque el cine era como esa novia que nunca queremos dejar porque no hay nadie que se le compare, tuve que recurrir de nuevo a la misma fórmula de la colaboración y logré publicar otro trabajo a través del temible Huberto Batis, a quien muchos catalogan como un tirano periodístico, en las páginas culturales del Unomásuno y eso me redituó otros cientos de pesos, muy valiosos para mi economía en plena recesión.

Renunciando a mis sueños de escribir sobre cine, acepté un trabajo en una pequeña agencia donde hacían síntesis informativas. Tenía que entrar a las cuatro de la mañana, aunque aprovechaba mis influencias con la dueña y directora general para llegar media hora más tarde. En verdad era un trabajo duro. Había que levantarse muy temprano, muchas veces sin haber dormido bien, pero qué se la iba a hacer, nunca han sobrado los empleos en el medio periodístico.

No sé cómo, pero duré dos años ahí. Mientras tanto, logré contratarme en el Unomásuno –el de verdad y no la mugre que se edita hoy en día- para corregir en la sección cultural los fines de semana. No era mucho, pero a veces me dejaban publicar algunos textos. Adicionalmente, logré reactivar mi sueño cinéfilo escribiendo guiones para el programa de avances cinematográficos “Corre Cámara”, que pasaba en el nuevecito Canal 40.

Tres empleos sin duda alcanzaban para costear mi agitada vida nocturna, pero en realidad, para entonces, seguía sin tener un trabajo periodístico de verdad: levantarse a las tres y media de la mañana para resumir lo que otros habían escrito un día antes no era vida; corregir sábado y domingo en Unomásuno, con esporádicas publicaciones, tampoco me llenaba de entusiasmo,

y lo de los guiones se acabó tan pronto como al Canal 40 le dio la gana transmitir una de esas telenovelas venezolanas y/o colombianas que tanto gustan a la masa a pesar de que la pantalla, por alguna razón de iluminación, siempre se ve amarillenta.

Cansada de ver mis ojeras, una compañera de monitoreo me avisó un día que había varias plazas vacantes en Notimex, las cuales se iban a someter a concurso. “Hay dos para Nacionales y dos para Deportes”, me dijo amablemente. De inmediato fui a registrarme e hice el examen como varias docenas de aspirantes más. Francamente, mis reiterados desvelos no me ayudaron mucho. No llegué en óptimas condiciones, pero más o menos me las arreglé para presentar un examen decoroso. El de Deportes era el más sencillo. Hasta entonces rindieron frutos esas largas sesiones viendo todos los partidos de la jornada futbolera, NFL, Grandes Ligas y cuanto juego pasaran por televisión, pese a que la prueba estaba llena de preguntas absurdas como quién había ganado la primera medalla de oro en la historia de Juegos Olímpicos o de qué color eran las sandalias del “Tibio” Muñoz cuando ganó el oro en México 68. O algo por el estilo.

Aun así, al entonces jefe de Deportes, Alejandro Brito, le gustó una loca crónica que escribí sobre una derrota del México de Bora Milutinovic en Kingston ante Jamaica, en la tierra de Bob Marley. Los exámenes se entregaban sin nombre, en sobre cerrado, a los encargados de hacer la evaluación, entre ellos los coordinadores de sección como el caso de Brito –homónimo solamente del periodista/activista gay que publica en La Jornada-, quien de inmediato dijo “mándenme a éste”. O sea yo. También, sin saberlo, eligió a un viejo reportero de beisbol que, luego de un fracasado intento de avencindarse en Guadalajara, regresaba a México a empezar de cero, igual que yo, en una nueva casa: Notimex.

Gracias a esa loca crónica, que bien pude haber escrito para “La Mengambrea”, una revista que hacía por diversión con mi compañero Carlos Roldán en la ENEP Aragón, el 1 de febrero de 1997 comenzó, en verdad, una carrera periodística que, para entonces, ya había vivido varias facetas que, sin embargo, sólo habían sido de gestación para iniciar una nueva era personal en el mundo deportivo, donde nunca me imaginé terminar.

Notimex, desde entonces, se convirtió en una casa. Con la confianza de Alejandro Brito, por fin tuve la oportunidad de aplicar lo que sabía y aprender lo que desconocía. Empecé como editor –como se llama en Notimex al corrector– hasta conseguir años después un puesto de reportero.

Aún en la redacción, siempre hubo oportunidad de salir a reportear, a cubrir fuentes tan disímiles como fútbol americano, boxeo, beisbol, amateur, etcétera, hasta que, tras la renuncia del compañero y amigo José Antonio Arriaga, el destino me puso al frente de la fuente de automovilismo el primer día de junio de 1999.

Desde entonces, el periodismo comenzó a cambiar tan rápido como los artículos de una tienda de electrónicos. El nuevo milenio marcó la retirada, a veces contra su voluntad, de gran parte de la vieja guardia que ya no encontró cabida en los medios del posmodernismo. Agobiados por el crecimiento del diario Reforma, otros diarios optaron por la misma pero no siempre certera fórmula. El reportero acicalado, encorbatado y algo guapetón, hábil en el manejo de las nuevas tecnologías, suplió a los periodistas de antaño, la mayoría de las veces de la forma más vil y descortés.

Hoy en día, cualquiera que pase de los 40 años ya no es digno de un medio con ínfulas vanguardistas. Hasta Olegario, uno de los Vázquez Raña, le hizo el feo a los veteranos al adquirir Excélsior, pese a que su hermano Mario se ha servido durante generaciones en la Organización Editorial Mexicana de los

reporteros que ahora no dan el perfil “cool” y “nice” a cambio de 4 mil pesos mensuales.

Lo mismo hizo José Gutiérrez Vivó cuando compró El Heraldillo. Corrió a los viejos y apenas les dio unos cuantos minutos para sacar sus escasas pertenencias con un “gorila” de seguridad vigilándolos y contándoles el tiempo. Lo mismo pasó cuando los regiomontanos de Milenio compraron La Afición, donde recluyeron a reporteros con décadas de antigüedad en labores indignas sólo para no liquidarlos como manda la ley, fastidiándolos y haciéndoles la vida pesada para orillarlos a renunciar sin darles un quinto. Algunos de ellos han resistido heroicamente las humillaciones y siguen ahí recluidos, años después, en espera de que a la empresa le pegue la gana de liquidarlos como debe ser.

-Tu ciclo terminó –le dijo Francisco Javier González, el “liberal” y “demócrata” del periodismo deportivo, a uno de los reporteros de mayor prestigio en la fuente de deporte amateur al comunicarle que no cubriría los Juegos Panamericanos de Río de Janeiro en 2007 como enviado del programa radial Estadio W. El reportero en cuestión, por supuesto, está en plenitud de forma, pero no usa corbata ni Ipod.

El reportero se ha convertido en un producto desechable. Porque un jovenzuelo insulso puede desbancar fácilmente a un experimentado periodista que quizá no sabe bajar música de internet, pero otro jovenzuelo insulso puede desbancarlo a él dos semanas después.

Desde luego, no basta con ser “cool”, también hay que cobrar poco. En Récord, el reportero no sólo es desechable, sino que también es muy barato. Hay que entregarle la vida a ese famoso diario deportivo, con jornadas de sol a sol, sin tiempo ni ganas para atender asuntos personales, a cambio de 8 mil pesos mensuales. Y cuando el joven reportero por fin aprende a hacer su trabajo, lo

corren casi siempre sin mayor justificación que el capricho de los jefes. Por eso es “Récord”, pero de demandas laborales.

Pese a tales adversidades y al empuje de los todopoderosos “Tec” y otras escuelas particulares, el egresado de Aragón, y en general de la Universidad Nacional, sigue ganando espacios en los medios de comunicación, lo mismo en diarios que en radio y televisión. Igual en información general que en deportes, cultura y espectáculos.

Ahora mismo (2008), en la Coordinación de Deportes, me cuento como uno de muchos egresados de Aragón –destacados egresados, diría yo- en toda la Agencia Mexicana de Noticias. Si se cuentan los de Acatlán y CU, la cifra aumenta considerablemente.

No sólo en Notimex, sino en casi todos los medios de comunicación, los “made in UNAM” son elementos indispensables, confiables y trabajadores, sin importar la alcurnia de universidades de elevadas ínfulas.

Y Notimex ha sido, desde aquel febrero de 1997, el hogar periodístico que no había tenido. Una casa quizá de mediano perfil, pues ni siquiera nos permite firmar nuestras notas salvo cuando estamos de enviados, pero a final de cuentas fue el sitio adecuado para hacer una carrera periodística al margen del abuso de los zares de la comunicación y la caprichosa metamorfosis de los medios.

2. Pequeños tropiezos y pequeñas hazañas del principiante

“La serenidad, en medio de la desgracia, y la gracia en medio de la tortura, no son sólo resignación; son también actividad y encierran un triunfo positivo”.

Thomas Mann, en “Muerte en Venecia”.

-¿Cómo te sientes para esta final, tomando en cuenta que eres uno de los jugadores experimentados del equipo? –pregunté a aquel jugador del equipo Toros Neza que, sentando en un balón, observaba la “cascarita” de tenis-balón de sus compañeros en la cancha del Estadio Neza 86, días antes de la final ante las Chivas del Guadalajara en el Torneo de Verano 97.

El ambiente en el equipo nezatlense era inmejorable. De por sí, con o sin final, todo era camaradería, un tanto por la paternidad asumida por el técnico Enrique Meza, un caballero de la vida y del futbol, y otro tanto por el liderazgo motivante y divertido del argentino Antonio Mohamed, quizá el más querido en la historia del futbol en Ciudad Nezahualcóyotl.

Ignorantes de la tremenda goliza que les deparaba ante el chiverío (7-1, en el global), los pupilos del “Profe” Meza gozaban de lo lindo antes de la primera final de su historia. Y parece que la única.

Se divertían genuinamente en el campo, tanto en los juegos oficiales como en los entrenamientos, y la gente disfrutaba junto con ellos, celebraba sus ocurrencias como cuando salían a la foto oficial previa al partido disfrazados con máscaras de luchadores, uno de ellos con una calva y orejona del expresidente Carlos Salinas de Gortari.

-Apostamos un “compact” –retaba Mohamed, cuyo equipo llevaba varios discos compactos ganados en forma consecutiva en aquel ejercicio recreativo del “tenis-balón”, muy útil no sólo para practicar el dominio de pelota, sino para relajar los nervios antes de verse las caras con el Guadalajara. Y también para ampliar la colección musical del “Turco”, o “Lucas”, como le apodaba cariñosamente la afición de Neza.

Todo era felicidad entre “La banda del Neza”, como algunos bautizaron al pintoresco equipo de Meza, quien, tan formal y decente como siempre, daba la impresión de ser un sacerdote de buen corazón al frente de un grupo de pendencieros niños de la calle quienes, pese a su rebeldía y desparpajo, lo veían como al padre que nunca tuvieron

Pero algo no andaba bien en el entrenamiento de los astados. Y era precisamente con mi entrevistado.

-Bueno –contestó titubeante- en realidad es mi primera final y no creo que vaya a jugar. El equipo está muy bien, anotando muchos goles, y no creo que tenga la oportunidad de jugar.

-Pero tú jugaste aquella final de Pumas contra América, y esa experiencia te puede servir...

-No, yo nunca he jugado en Pumas –aclaró.

-¿Pues qué no eres “Memo” Vázquez?-dije francamente desconcertado, como sintiéndome en la Dimensión Desconocida.

-No, soy Carlos Reinoso Jr.-dijo el jugador mientras se quitaba la capucha de la sudadera, dejando al descubierto su tupida cabellera; nada que ver con la inconfundible pelona de “Memo” Vázquez, aquel jugador que brilló con los

Pumas de la Universidad Nacional a fines de la década de los ochenta y principios de los noventa, y que se convirtió en un pilar en ese espectacular Toros Neza.

La aclaración sobre la identidad del jugador, más que causarme un “shock” o simplemente vergüenza, finalmente sirvió para detener una incipiente charla sin ton ni son, que no iba a ningún lado y que, evidentemente, no tenía sentido.

-Uuuhh, perdóname –dije realmente apenado no por mi falta de profesionalismo, pues todo había sido un terrible malentendido, sino por lo que supuse era una ofensa para un jugador que ni siquiera tenía oportunidad de salir a la banca y que se limitaba observar cuando todos se daban la gran vida.

-Es que hace rato –le expliqué –estuvo aquí sentado mucho tiempo “Memo” Vázquez, en ese mismo balón en el que ahora estás sentado, y estaba esperando para entrevistarle, pero lo vi muy entretenido viendo el “tenis-balón”.

-Está bien, no te preocupes....

Enseguida, para compensarlo, le hice dos o tres preguntas, ya a sabiendas de que era Carlos Reinoso Jr., hijo del ícono americanista de los setenta, y me alejé de él.

El incidente se fraguó en unos instantes. Casi en un abrir y cerrar de ojos. “Memo” Vázquez, quitándose y poniéndose la gorra de la sudadera, estuvo sentado en un balón varios minutos junto a mí, ambos divertidos con los compact-disc que ganaba Mohamed en la práctica. Yo sólo esperaba un buen momento con el exuniversitario, sin ser inoportuno, para sacarle algunas declaraciones.

Pero, mientras llegaba el momento, volteé un rato a observar lo que pasaba en otras partes del campo. Incluso caminé algunos metros tratando de vigilar a Meza, quien instantes antes me había pedido unos minutos para trotar y luego, prometió, me daría una entrevista.

Entonces, decidí que ya era tiempo, que Vázquez ya se había divertido lo suficiente con la exhibición de sus compañeros. Caminé esos cinco o seis pasos que me había alejado y vi que se había puesto el gorro de la sudadera. No di importancia a ese hecho, porque supuse que, al fin, había decidido dejarse la capucha puesta y cubrir su indefensa calva del sol que caía a plomo.

Pero no era así. La verdad es que “Memo” se levantó mientras yo miraba para otro lado y se dirigió hacia otra parte del campo. Yo no lo sabría sino hasta que Carlos Reinoso Jr. me concedió la embarazosa entrevista, la cual, por supuesto, nunca escribí.

¿¿¿A quién diablos le iba a importar una entrevista con Carlos Reinoso Jr?!!!

Mi jefe en la Coordinación de Deportes, Alejandro Brito, me la habría aventado en la cara.

-¡Te mando a entrevistar a Enrique Meza, a Pablo Larios, a Miguel Herrera, al “Pony” Ruiz, a Mohamed, y me traes a Carlos Reinoso Jr.! –me habría reclamado con justificada indignación.

Era, además, de mis primeras salidas a reportear en Notimex. Ya había cubierto un juego entre Pumas y América semanas atrás en el Estadio Olímpico Universitario y tenía sólo cuatro meses trabajando en la Agencia Mexicana de Noticias. Pero aquella tarde de mayo de 1997 era mi debut cubriendo

entrenamientos. Y no era cualquier práctica, era la previa a una final de uno de los equipos más queridos del aficionado mexicano en los noventa.

Visto en retrospectiva, aún me sorprende la forma en que reaccioné. Nunca me avergoncé. Me sentí apenado porque sentía que, de alguna forma, le había faltado al respeto a Reinoso Jr., pero no sentí vergüenza o frustración. Jamás pasó por mi cabeza aquella famosa frase “trágame tierra”.

Simplemente me disculpé honesta y respetuosamente, y lo tomé como un incidente. Quizá ahora, con el discurrir de los años, lo veo como un desagradable episodio típico de la inexperiencia, pero también, como entonces, lo veo como una mala pasada de la que hay que sobreponerse de inmediato.

Y así lo hice. Instantes después del papelón con Reinoso Jr., me llamó el “Profe” Meza y me dijo amablemente que estaba listo para darme la entrevista prometida.

-Ya, hijo –me dijo casi paternalmente, aún recuperando el ritmo de la respiración luego de la carrera –te voy a dar “tu” entrevista que querías.

La amabilidad del entrenador me hizo olvidar un poco el incidente con Reinoso Jr. y sus palabras me impactaron mucho más que el ridículo previo.

-¿Qué tan importante es para usted ganar una final ante un equipo de la jerarquía del Guadalajara –comencé la charla luego de encender la grabadora.

-Bueno –dijo sincero- creo que sí sería importante ganarle a un equipo como Chivas, sobre todo por los jugadores y el público que nos viene a ver, pero lo más importante en la vida ya lo tengo: mi familia, mi esposa y mis hijos.

Esa desapasionada respuesta, me impactó, me dejó sin palabras.

¿Cómo alguien podía hablar así, con esa tranquilidad, justo cuándo tenía el gran compromiso de enfrentarse a las populares Chivas en una final?

Pero eran de verdad las palabras de Meza. Me dijo, filosóficamente, que nunca le daba mucha importancia a la victoria y tampoco se la daba a la derrota. Lo suyo era levantarse temprano y trabajar fuerte, pero sobre todo respetar a la gente. Lo demás, llega por añadidura.

Siempre, o casi siempre, hay un nuevo día.

Años después, en 2006, tras muchos éxitos en el fútbol mexicano, pero también con el terrible fracaso al frente de la Selección Mexicana, donde fue boicoteado por los “cabecillas” en turno del tricolor, lo vi en la televisión dando una entrevista luego de ganar la Copa Sudamericana con el Pachuca, venciendo en el mismísimo Estadio Nacional de Chile al Colo-Colo, el equipo más popular del país andino, y contestó lo mismo, con el mismo aplomo y la misma honestidad, mientras todos se desgañitaban eufóricos a su alrededor por el histórico título, el primero para un equipo mexicano en un torneo sudamericano.

Sentí mucha alegría por él.

La entrevista con Meza me hizo olvidar por completo el episodio con Reinoso Jr. No sólo eso, me dio ánimo y entusiasmo para ir por más. Ya tenía al “Profe”, pero necesitaba más declaraciones, más noticias, más qué darle al ávido lector. Hablé con otros jugadores, pero no me iba a ir sin entrevistar al “héroe de la película”: el “Turco” Mohamed.

Para evitar confusiones, al argentino no le perdí la vista. “Memo” Vázquez tenía una pelona inconfundible y Mohamed tenía una panza también inconfundible, pero no me iba a confiar. Lo iba a esperar y lo iba a vigilar hasta

hablar con él. No importaba si tenía que aguardar a que completara su colección de discos compactos, a que se bañara y firmara autógrafos.

La perseverancia dio frutos bastante jugosos.

-Listo, qué me vas a preguntar...

-De la final, naturalmente...

-Bueno...

Pero, en realidad, el “Turco” tenía algo más en mente. Claro que quería hablar de la final, pero le interesaba más hablar de su contrato. Quería más dinero para quedarse en Nezahualcóyolt y tenía derecho a exigirlo, porque era el alma del carismático equipo. Quien los había llevado a la final. Además, le llovían las ofertas.

-Si no me quieren aquí, me voy al León.

-¿Ya hablaste con la gente de León?

-Sí, ya está todo arreglado, si no me quieren aquí en Toros Neza, me voy a León –reiteró.

Estaba bien claro lo que quería el regordete jugador; se estaba dando a desear justo en el momento más importante de la temporada, previo a la gran final contra el Guadalajara, no tanto porque quisiera salir del Toros Neza, sino porque quería ver quién era el mejor postor, cuál de sus dos pretendientes, o incluso un tercero, valoraba mejor, monetariamente hablando, sus habilidades en el campo.

Y me había escogido a mí, cuando ya casi todos se habían ido del entrenamiento, para hacerse el malquerido, el ofendido, el digno, sólo para lograr un mejor contrato. Claro, yo estaba encantado de la vida. No me importaba si Mohamed se iba al León, se quedaba en Toros Neza o de repente lo reclamaba el Manchester United, simplemente me sentí afortunado, porque estuve en el lugar adecuado en el momento adecuado, para hablar sobre un tema que, por la tarde y al día siguiente en todos los medios, cobraría casi tanta importancia como la final.

Fue la primera exclusiva de mi carrera, aunque Mohamed nunca se fue a León y todavía se quedó un año más en Neza, donde a la fecha sigue siendo un ídolo; si bien el equipo ya ni siquiera existe. El acaudalado Monterrey se atravesó en su camino, mejoró la oferta de los Panzas Verdes y se quedó con él para la temporada del Invierno 98, aunque nunca volvió a tener el éxito de sus años en Toros Neza.

Con la declaración de Mohamed, ya estaba listo para emprender el largo regreso del Estadio Neza a la redacción de Notimex en la calle de Morena, en la Colonia Del Valle. Sobra decir que estaba contento.

Después de vaciar al material de la grabadora y pasarlo a la computadora, que no es sino cuando un reportero termina momentáneamente su labor, me sentí satisfecho. Tranquilo, como me había enseñado el “Profe” Meza, pero también radiante porque, como me aprendí de Meza en unos cuantos instantes, el trabajo y la preparación tarde o temprano dan frutos.

Por la noche, casi cuando la larga jornada había terminado, porque debía terminar mi turno de editor sin importar cuántas exclusivas tuviera en la grabadora, no tuve empacho en contarle el episodio a un compañero. Primero, me lanzó una mirada reprobatoria. Después, se botó de la risa por el incidente con el “impostor” de “Memo” Vázquez.

Más de una década después, yo también me río de aquella tarde en el populoso barrio de Neza. Los Toros Neza ya no existen, Mohamed ya es técnico, con una carrera en el banquillo llena de infortunios tanto en México como en Argentina, Meza sigue siendo un ser humano exitoso, y yo ya no me fío de la identidad de un entrevistado.

Casi religiosamente, cuando no conozco del todo al entrevistado, siempre le pregunto nombre y puesto. No dejo nada al azar. Nunca doy algo por hecho. Porque Carlos Reinoso Jr. puede atravesarse en el camino en cualquier momento, cuando uno menos lo espera.

3. La labor cotidiana de un reportero de deportes

*“Es el terror de saber de qué se trata el mundo,
mirando algunos buenos amigos gritando
‘déjenme salir’”.*
Queen y David Bowie en “Under pressure”

Alguna vez, en un momento de conflictos familiares, mi padre se vio obligado a lavar una cantidad escandalosa de trastes y aprovechó la faena hogareña para reflexionar por unos momentos. Supongo que no le cayó muy en gracia el hecho de lavar un enorme alero de trastes cochambrosos y, ya para entonces, con costras en lugar de manchas. Mucho menos le gustó que al final de la cansada tarea tuvo que, para festejar la hazaña, ensuciar un vaso para servirse un poco de Coca con hielos. Paradójicamente, el festejo mismo, la celebración, la satisfacción por un trabajo bien hecho, le traía aún más trabajo.

-Apenas terminas y ya estás empezando de nuevo –dijo entre resignado y filosófico mientras mecía el vaso con movimientos circulares que causaban un remolino en la Coca-Cola y que hacían a los hielos estrellarse delicadamente de vez en cuando.

A veces recuerdo esa parábola paterna cuando aún no termino un día reporteril y ya estoy comenzando otro. No importa qué tan pesada haya sido una jornada laboral, siempre hay algo esperando al día siguiente, a menos que sea descanso –lunes o martes en mi caso- o que ya te hayan despedido, algo cotidiano en los medios de comunicación de la actualidad.

De hecho, como si se tratara de lavar trastes, el día del reportero comienza una noche antes. En condiciones normales hay que llamar por teléfono a la redacción o bien tratarlo directamente con el jefe, para saber lo que depara el destino al día siguiente.

Cuando el reportero tiene fuentes específicas a su cargo, él mismo tiene una idea muy precisa de lo que debe hacer al día siguiente. Sin embargo, el jefe siempre es como ese político voraz que nunca está satisfecho. Pueden pasar varios días sin que algún sobresalto se interponga en la labor cotidiana del reportero, más que hacer lo que debe y sabe, pero en algún momento al jefe le entra en la cabeza que el reportero está llevando una vida muy sencilla, sin grandes exigencias. Así que, para ejercer de jefe, le dicta alguna orden disparatada que siempre justifica como una “necesidad” de la redacción.

Y si el jefe en cuestión tiene mala sangre, mala leche, mala voluntad, malos sentimientos o simplemente algo malo en su sistema, la situación evidentemente se complica. No es poco frecuente, ni en el mundo periodístico ni en algún otro campo laboral, que el jefe abuse de su autoridad y la combine con su escaso y pusilánime criterio. Es decir, es normal que el susodicho se desquite con el reportero al hacer las órdenes de trabajo porque tuvo una discusión con su esposa, le ganaron el estacionamiento, recibió un regaño de su jefe o bien porque tiene problemas renales o disfunción eréctil. Cualquier motivo es bueno, hasta la recesión económica mundial, para blandir las órdenes con soberbia en la cara del reportero.

En septiembre de 2004, fui comisionado por Notimex para cubrir una carrera de automovilismo en la pecaminosa ciudad de Las Vegas. Sobra decir que la carrera realmente era lo de menos. El campeonato en cuestión, llamado por una gran cantidad de nombres, entre ellos Champ Car, se encontraba en una severa crisis que años después desencadenaría en su desaparición. Por ahí pasó Adrián Fernández, y aún estaban Michel Jourdain y Mario Domínguez.

El gran problema de la cobertura no era pasar horas enteras en el casino agotando los viáticos, ni visitar los grandes *malls* para ejercer el vicio del *shopping* junto con el *poll* de reporteros invitados por la promotora Ocesa, sino

que la carrera estaba programada para celebrarse el sábado por la noche. Apenas habíamos llegado el viernes a la ciudad del juego, justo a tiempo para los entrenamientos, así que el sábado, como ocurre normalmente, lo usamos para sacar alguna buena entrevista o elaborar un reportaje bien trabajado. Pero, en ese caso, como la carrera sería el sábado, no habría mucho tiempo para escribir algo que valiera la pena más que las notas elementales de rigor. Por si fuera poco, con la diferencia de dos horas respecto a la Ciudad de México, la competencia terminó después de la medianoche, ya cuando los diarios habían cerrado sus ediciones del día.

No hubo mucho tiempo el sábado en la noche para ir a buscar venganza al casino por los dólares perdidos un día antes y tampoco lo hubo el domingo, porque tomamos muy temprano el vuelo de regreso a México. Por alguna razón de economía, Ocesa nos regresó en un truculento itinerario que nos hizo pasar largo tiempo en Hermosillo, Sonora, más las tres horas con las que llegamos de anticipación al aeropuerto de Las Vegas, así que pese a que nos despertamos muy temprano, lo cual es pecado en la ciudad que nunca duerme (de noche), llegamos después de las nueve de la noche a México, sin tiempo para mandar algo de información de todo lo que se había quedado en el tintero.

Como el domingo fue un día completamente perdido en aviones y aeropuertos para cubrir un viaje que, en condiciones normales, debe hacerse en unas cinco horas, tuve que enviar el lunes, día de mi descanso, toda la información que había recabado en Las Vegas pero que por una u otra razón no había podido mandar. Recuerdo haber enviado por correo electrónico, desde mi casa, tres notas que había trabajado durante el fin de semana, cantidad que me pareció justa y suficiente.

Conviene precisar que desde que llegué a Notimex, en febrero de 1997, mis días de descanso han sido lunes y martes. Si tomamos en cuenta mis trabajos previos, probablemente he pasado la mitad de mi vida sin descansar sábados y

domingo, perdiéndome un sinfín de reuniones familiares. Más aún, durante algunos años, cuando tuve a mi cargo la fuente de beisbol, no descansé un solo día a la semana, pues acordé con el jefe que, a cambio de un pago extra, el lunes enviaría una nota previa y el martes por la noche trabajaría los resultados de la jornada.

Pero un jefe no sabe de acuerdos, ni entiende de itinerarios. Cuando le llamé para explicarle lo sucedido –o más bien para recordárselo porque ya lo había hecho antes de irme- tomó con desgano mi buena voluntad de trabajar el lunes, de haberle enviado algunas exclusivas logradas en Las Vegas y la nota previa de la jornada de martes del beisbol de la Liga Mexicana.

-Creo que tienes el entrenamiento del América –me dijo con la voz impostada que siempre usaba para hacerse el interesante.

-Cómo que “creo”, si tú haces las órdenes –dije cayendo repentinamente en angustia porque ya eran pasadas las cuatro de la tarde. A esa hora, hasta el aguador y el que cuida los campos debían estar comiendo tranquilamente en sus respectivas casas, no se diga los jugadores que no se caracterizan por tener jornadas de más de tres horas.

-Bueno, no sé –insistió con su estúpida voz llena de complejos- llama a la redacción para que te digan tu orden...

-¿Sabes que llegué anoche de Las Vegas y que apenas ahorita pude enviar la información pendiente? –refuté.

-Me tengo que ir –respondió sin darme espacio para la negociación.

No tenía caso alegar que era lunes, que era mi día de descanso, que cuatro notas (las tres de Las Vegas y la previa de beisbol) eran más que suficiente, que

había llegado muy tarde de Las Vegas y, sobre todo, que el futbol no era mi responsabilidad.

No tuve más opción que llamar a la redacción, donde me dijeron que, en efecto, mi orden del día era cubrir el entrenamiento del América.

Como pude, haciendo llamadas aquí y allá, lo mismo con la gente de prensa de las Aguilas que con algunos colegas que habían cubierto la práctica, logré escribir tres notas medianamente decentes, tomando en cuenta que unos incontrolables deseos de asesinar al jefe se habían apoderado de mí y que era difícil concentrarme en otra cosa que no fuera desmembrar vivo al sujeto con algún objeto de poco filo y oxidado para que sufriera aún más.

No es necesario ahondar en que todo ese barullo se dio mientras debía estar atendiendo serios conflictos familiares que no podían esperar y que simplemente no pude solucionar debido a que estaba rastreando las incidencias del entrenamiento del equipo de Coapa, y que en realidad el tipo que fungía como jefe no pudo evitar hacerme la vida pesada, pues no podía soportar imaginándome en los casinos y feliz de la vida dándole duro al *shopping*.

Como decía, el día de un reportero empieza una noche antes, casi siempre con una llamada telefónica. Si todo va bien, en mi caso, debo atender lo concerniente al automovilismo, golf y tenis, casi exclusivamente lo que ocurra en el ámbito nacional o con deportistas mexicanos en torneos internacionales.

En todos los medios, las fuentes de un reportero pueden cambiar de un día a otro, por “necesidades” de la redacción, así que no es extraño ver a alguien cubriendo lo mismo futbol que beisbol o golf.

Los más desafortunados son los reporteros de radio que en realidad deben cubrir todo lo que se les ponga enfrente. Casi todos cubren algo por la mañana,

una conferencia de prensa, por ejemplo, de ahí se van a algún campamento de fútbol, como Cruz Azul, América y Pumas, y rematan frecuentemente en el aeropuerto recibiendo o despidiendo a algún atleta o equipo que vaya o que venga. Y lo hacen por módicas sumas porque, en su mayoría, forman parte de un equipo de trabajo liderado por alguna “estrellita” del periodismo deportivo que, aprovechando sus influencias, consigue un espacio en un noticiario radiofónico y patrocinadores, se arma con reporteros de bajo costo y se queda con cientos de miles de pesos mensuales por unos cuantos minutos de trabajo, mientras sus reporteros no tienen siquiera para pagar el estacionamiento.

Los primeros años en Notimex, aún siendo editor, tuve a mi cargo la fuente de automovilismo, desde 1999. Cuando logré la plaza de reportero, en 2002, se me agregó la de beisbol, la más sacrificada de todas, y en 2005, me quedé con autos, tenis y golf, y por fin pude deshacerme del beisbol.

No es que no me gustara el beisbol, por el contrario, es un deporte que sabiéndolo apreciar puede llegar a ser apasionante. De hecho, fue el único deporte que practiqué formalmente en mis épocas juveniles, y por influencias de mi abuelo, fallecido a principios de los noventa, viví memorables tarde y noches en el Parque del Seguro Social, ahora convertido en una vulgar plaza comercial.

Pero una cosa es el beisbol como deporte y otra como fuente. El principal dilema que representa es que se juega diario y, peor aún, los juegos son nocturnos, excepto el fin de semana. Además, en México hay beisbol todo el año. La Liga Mexicana de verano comienza en marzo y termina a fines de agosto o principios de septiembre, y al terminar es común que la selección mexicana participe en algún torneo internacional. A mediados de octubre, se inicia la temporada Liga Mexicana del Pacífico, la cual finaliza en enero y enseguida se juega la Serie del Caribe, que reúne a los campeones invernales de México, Venezuela, República Dominicana y Puerto Rico. Después de unos días de

descanso, los únicos de todo el año, todo vuelve a empezar de nuevo con la liga de verano.

En cambio, cubrir beisbol en Estados Unidos es un privilegio. Asistir a esos imponentes estadios que cuestan cientos de millones de dólares para ver a esos peloteros que cobran millones por lanzar, atrapar o pegarle a una pelota no es más que una delicia. Sería el sueño de cualquier reportero que en verdad le guste el beisbol. Desafortunadamente, en México es un martirio. Los estadios, excepto el de Monterrey y el Foro Sol, son horrendos escenarios, viejos en su mayoría, que no reciben mayor mantenimiento que algunos brochazos de pintura antes de comenzar la temporada.

-Cómo somos los mexicanos, dejamos caer todo de viejo, apenas cuidamos a la esposa –comentó Tomás Morales, decano del periodismo beisbolero, una ocasión durante una convención del beisbol mexicano en Mérida cuando vio con tristeza que el Parque Kukulcán, casa de los Leones de Yucatán, había dejado de ser un flamante estadio de beisbol para convertirse en un derruido inmueble que apestaba a orines.

-No, Tommy –le dije respetuosamente –la esposa es lo primero que se nos cae de viejo.

En las Ligas Mayores, sabedores de que a nadie le interesa un espectáculo de más de tres horas, se preocupan por acortar la duración de los partidos, en cambio a los directivos mexicanos les tiene sin cuidado que vivamos una época de cambios acelerados, en los que la gente tiene miles de opciones al alcance de la mano y no va a pasar cuatro horas de su vida enfriándose el trasero en una butaca de un estadio de beisbol, por muy provinciano que sea.

No tienen ninguna consideración al programar juegos a las ocho u ocho y media de la noche, que éstos duren cuatro horas, ni que los pocos aficionados y

reporteros que asisten a los estadios tengan que llegar a sus hogares y redacciones después de la medianoche. Por eso ya casi nadie va a los estadios y pocos periódicos publican información de beisbol. Los pocos aficionados son ancianos, pues ningún padre en su sano juicio va a llevar a sus hijos al beisbol para salir del estadio después de la medianoche.

-Así siempre ha sido –suelen excusarse los directivos mexicanos, supongo que añorando con nostalgia los tiempos en que “Cantinflas” brillaba en la pantalla grande, el mambo se apoderaba de las pistas de baile y Blanca Estela Pavón cautivaba a los padres de familia de la clase media.

Pero antes, ignoran los directivos, los hogares no tenían televisión con más de 100 canales a su disposición, no había internet, ni DVD, play-station o *pay per view*, ni tráfico, ni secuestros, ni había que gastarse cientos de pesos para sacar a la familia a entretenerse.

Aún así, el “Rey de los Deportes” se las ha arreglado para enamorar nuevos adeptos, incluso en los medios de comunicación. Justo cuando los editores de la nueva ola no ponen mucha atención en un juego de viejitos, todavía quedan reporteros con ánimo de convertirse en especialistas, no obstante que a la vieja guardia, el beisbol mexicano le jugó una mala pasada.

Muchos periodistas veteranos, fascinados por el beisbol pese a las desveladas cotidianas, vivieron y murieron por una fuente a la que la mayoría le hace el feo, en especial durante la transición en los medios escritos de la que hablé en el primer capítulo.

Jorge de la Serna, viejo conocedor y excronista de Imevisión, ahora TV Azteca, vive de una que otra colaboración que le permiten publicar en alguna página de internet, en especial del equipo Diablos Rojos del México.

-Paquito –me dijo una vez- no tengo ni para pagar el teléfono.

Siempre sonriente, bromista y con ánimo para echarse un trago mientras habla de beisbol, De la Serna fue uno de tantos que en las décadas de los sesenta y setenta decidieron hacer de la fuente del beisbol su modo de vida. Algunos como Pedro “Mago” Septién, por su condición de hombre de televisión, y Oscar “Rápido” Esquivel tuvieron éxito, pero muchos quedaron marginados en cuanto los medios se transformaron y desecharon el beisbol.

Por años, los reporteros beisboleros formaron un clan en el que nadie entraba, pero tampoco nadie salía. Ni ellos mismos. Y cuando el beisbol se acabó para las redacciones que ya no quisieron esperar a medianoche para cerrar la edición, no encontraron otra forma de hacerle frente a un periodismo ingrato que les había dado la espalda.

Como el amigo Jorge de la Serna, Pedro Saldaña y Demetrio Hernández, del viejo Excélsior; Alejandro León, de La Afición, y otros más jóvenes pero igual de beisboleros como los reporteros de Ovaciones, El Herald de México y Novedades, en verdad sufrieron, sobre todo en el bolsillo, cuando el beisbol no interesó más y ellos, adictos al “Rey de los Deportes”, no pudieron encauzar su pasión en alguna otra fuente.

“Es triste ver que los colegas que han dado su vida al beisbol no tengan ni para comer y que sean vistos por los (millonarios) directivos como ‘gorriones’”, comenté alguna vez, durante la serie final entre Saltillo y Tigres en 2005, a Alejandro Hütt, entonces presidente de la Liga Mexicana, quien siempre se quejaba de la falta de cobertura de los medios, exigía y pedía, pero nunca daba algo a cambio, como publicidad, por ejemplo.

-Bueno, creo que esos reporteros tienen problemas porque tomaron alguna mala decisión en el transcurso de su vida –me dijo el directivo, que percibía un

suelo superior a los 100 mil pesos mensuales, por lo menos 10 veces más que cualquier reportero.

-Sí, en efecto –coincidió- su mala decisión fue entregar su vida al beisbol.

Harto de las desveladas, de salir diario de la redacción a la una de la mañana, un día logré zafarme de la fuente del beisbol, cansado además porque Notimex me pagaba horas extra y descansos trabajados siempre y cuando al encargado de cumplir con esos trámites administrativos no se le olvidara que yo me quedaba todas las noches a escribir ocho juegos de Liga Mexicana, con su respectivo *standing*, más la actuación de los peloteros mexicanos en Grandes Ligas.

Afortunadamente, mi jefe en turno en Notimex ya no era ese tipo acomplejado de la época de cuando fui a Las Vegas. En su lugar, Ricardo Coello, un joven y talentoso exreportero hecho en Reforma, supo escucharme y comprendió que tres temporadas de seguir el beisbol eran suficientes y que era el momento de llamar un relevo del *bullpen* para hacer el sacrificio que yo y otros antes que yo habíamos hecho.

Desde entonces, en noviembre de 2005, quedaron bajo mi responsabilidad las fuentes de automovilismo -que ya tenía desde 1999-, tenis y golf, deporte del que sabía absolutamente nada.

Escribir de automovilismo, después de nueve años de experiencia, prácticamente no representa desafíos insuperables; el tenis mexicano, en una aguda crisis desde hace más de una década, sólo depara una que otra conferencia de prensa, algún torneo de mediano nivel dentro y fuera de México y el apasionante Abierto Mexicano de Acapulco, cuya cobertura no es más que un privilegio, y el golf supone cubrir lo que haga semanalmente Lorena Ochoa.

Cuando un reportero llega a manejar bien sus fuentes son pocos los sobresaltos que surgen en el camino. Cualquier conferencia de prensa se programa con antelación, así que no hay problema en atenderla, y las notas de rigor tarde o temprano llegan a ser rutinarias. Pero justo cuando la rutina aparece, el exceso de confianza puede ser la perdición de un reportero, pues es una regla no escrita que cuando se deja de cubrir algo, porque supuestamente no va a pasar nada, es cuando sale la nota del día. Cuando no llamas a la redacción para pedir tu orden, porque piensas que no hay nada al día siguiente, curiosamente el jefe te deja ir a Los Pinos a una recepción con el presidente de la República. Por decir lo menos.

Ejemplos de reporteros que caen en la trampa de descuidar el día a día hay miles en el ámbito periodístico, pero me quedo con lo que le ocurrió a un viejo amigo cuando no checó su orden del día siguiente y, pensando que no había nada importante en su jornada, le dedicó gran parte de la mañana a su novia. La llevó a almorzar, fueron de compras y no sé si hubo algo más. Lo que sí sé es que su orden era cubrir el entrenamiento de los Pumas. Y no hubiera pasado gran cosa en la práctica de los chicos del Pedregal de no ser porque corrieron a Luis Flores como técnico. Cuando comía con su novia, mi amigo vio en la televisión, en el noticiario de la tarde, que habían cesado al entrenador puma y le entró un mal presentimiento que pudo corroborar en cuanto llegó a la redacción: en efecto, su orden del día era cubrir el entrenamiento de Pumas.

- **La odiosa rutina: la madre de todos los vicios**

Al caer en la rutina, siempre es buena una llamada del coordinador para exigir algo más.

-Consigue a Oscar Robles –me pidió un día Coello cuando todavía estaba a mi cargo la fuente del beisbol.

Oscar Robles, un zurdo segunda base nacido en Tijuana, recién había subido al primer equipo de los Dodgers de Los Angeles, luego de jugar durante algún tiempo en los Diablos Rojos de la Liga Mexicana.

La llamada de Coello me tomó, ni más ni menos, que en la cola de las tortillas. Era martes, día que sólo debía hacer los resultados del beisbol por la noche, así que el pedido de una entrevista con un jugador de Grandes Ligas no era cualquier cosa. Además, no tenía su número telefónico.

Naturalmente, uno nunca puede desear o menospreciar una orden, así sea una misión imposible. No sabía a ciencia cierta cómo le iba a hacer para entrevistar a un jugador de los Dodgers, por muy mexicano que fuera, si me lo pedían de un día para otro y yo estaba en la fila de las tortillas.

En otros medios, entrevistar a ese tipo de peloteros es algo cotidiano, sólo que Notimex en ocasiones concentra sus energías en enviar notas de resultados y se olvida de establecer contactos con peloteros mexicanos en Estados Unidos, quienes a su vez suelen hacerse los importantes y sólo están disponibles para Televisa y Reforma.

Llegó a ser famosa la historia de un reportero del diario Récord que fue despedido por inventar una entrevista con Rodrigo López, un pitcher nacido en Tlalnepantla que jugaba para los Orioles de Baltimore. Días después de publicada la entrevista, Rodrigo fue solicitado por el periódico para hacer un reportaje especial y él se negó, aduciendo que en ese diario “inventan las información”. Todo salió a la luz. Se descubrió que el reportero nunca había hablado con el lanzador, que éste no había dicho lo que Récord había publicado, y por ello el reportero fue despedido.

No culpo por completo al colega, porque a veces en verdad de plano no se puede conseguir una entrevista y el jefe exige sin importarle nada más que ejercer irracionalmente su autoridad. Obviamente, tampoco lo justifico.

Yo no tuve que inventar la entrevista. En realidad fue fácil rastrear a Robles. Sólo llamé al departamento de prensa del club angelino, donde me dieron un teléfono de alguien que estaba en el terreno de juego y que, al parecer, era cercano al jugador. Después de algunos intentos, Oscar me respondió, me concedió una larga entrevista y hasta me dio su número particular.

El problema, cuando el jefe no actúa de mala fe, casi siempre proviene de otras fuentes, ya sea por compañeros que descansan o que están de vacaciones, porque un día hay que cubrir futbol americano, futbol o bien la clásica reunión de prensa del deporte amateur, cuyo tema del día siempre son conflictos de la burocracia.

Es problemático no porque sea difícil, sino porque cuando la nómina se adelgaza por una u otra razón, hay que escribir la información propia; es decir, las fuentes a nuestro cargo, y además cubrir sobre otro deporte, lo cual invariablemente siempre genera un retraso en la información.

A muchos nos ha sucedido en incontables ocasiones que tenemos la información del día sobre nuestras fuentes, pero de pronto sale algo que nos amarga o al menos nos complica el día. Hace poco me encontré con un colega de Récord, egresado de Aragón, quien me platicaba con amargura que se disponía a escribir notas pendientes sobre sus fuentes y que alguno de sus jefes le avisó repentinamente que debía cubrir una rueda de prensa de beisbol. Tardó más de dos horas en llegar del periódico al hotel Camino Real en Chapultepec, donde platiqué con él, y le esperaban otras dos horas de regreso. Todo eso mientras sus notas esperaban en el tintero. Y cuando regresara, sus jefes lo apurarían con las

notas que no había podido hacer por cubrir la conferencia de beisbol, y la de la conferencia misma.

Exactamente lo mismo me ocurrió a mí. Aun cuando sabía desde la noche anterior que debía cubrir la nota de beisbol, tuve que invertir algunas horas en hacer tal labor, porque además la conferencia se retrasó más de una hora, lo cual me quitó tiempo para hacer lo que diario tengo que hacer.

Como vivo cerca del aeropuerto, en más de una ocasión, cuando supuestamente ya había metido toda la información sobre mis fuentes, recibí llamadas de Ricardo Coello, apurado porque no tenía nadie quién cubriera alguna llegada en la terminal aérea. Primero me preguntaba cuál era mi ubicación y después me suplicaba que le “echara la mano”. No me dejaba alternativa. Me lo pedía de buena gana y sin esa prepotencia que caracteriza a algunos jefes, y eso era algo que yo le reconocía, que podía ser jefe sin necesidad de gritar o amenazar. Aunque en realidad nos gritamos algunas veces.

Para los que nunca lo han hecho, cubrir una nota en el aeropuerto es lo peor que puede pasarles; en especial si se trata de algo relacionado con el futbol.

En varias ocasiones he cubierto la salida de un piloto o del equipo Copa Davis de tenis y no he tenido problema alguno. Además, como Coello bien sabía, vivo a 15 minutos del aeropuerto, puedo llegar en Metro y, por tanto, no necesito pagar estacionamiento.

Pero si se trata de alguna llegada, más aún de algún futbolista, se sabe que habrá sufrimientos de por medio. En una ocasión, me tocó la peor de todas las combinaciones: aeropuerto, llegada, futbol, selección mexicana y Cuauhtémoc Blanco.

Ese día, el tricolor llegaba de hacer uno de sus tantos papelones en algún lugar del mundo y en el grupo venían algunos jugadores de escaso cartel, pero para mala fortuna de la prensa, el tepiteño futbolista, convertido en el azote de las chicas de buen ver de la televisión, era parte de esa selección.

La estrategia fue ir de una sala a otra, de una puerta a otra, para esperar la hora en que se apareciera el popular “Temo”. Había que correr de un lado a otro simplemente porque el futbol mexicano carece del profesionalismo como para obligar a sus protagonistas a dar la cara a la prensa. Si a los jugadores les pega la gana hablan ante la prensa, si no, se escabullen patéticamente empujando a los reporteros. Desde luego, a Blanco no se le antojó hablar y trató de abrirse paso entre docenas de reporteros y una cantidad aún mayor de aficionados. Lo peor en ese momento, al menos eso pensé, no era tratar de lograr alguna declaración de una indiscutible figura del futbol mexicano, sino soportar las groserías, la “carota” y las formas descorteses de un tipo de escasa educación. Pero ni modo, alguien debe hacer el trabajo sucio. Lo seguimos hasta una puerta donde lo esperaba una camioneta y nunca quiso dar una declaración, aunque sí tuvo tiempo para burlarse y lanzar una que otra frase ofensiva contra los reporteros.

Desafortunadamente, mientras en todas las fuentes de deportes existe una relación de cordialidad y respeto entre atletas y periodistas, el futbol se ha convertido en algo similar al periodismo de espectáculos, donde hay que correr, empujar, insultar, amenazar, demandar y hostigar para conseguir una declaración.

Lo que he vivido ocasionalmente como reportero en el futbol, otros compañeros lo viven diariamente. Todos los días se paran bajo los rayos del sol en espera de que les permitan entrar a un entrenamiento de algún equipo capitalino, la mayoría de las veces sin bebidas, mucho menos algo de comer, por si acaso la espera se prolonga demasiado. Y todo para que al final patanes como Cuauhtémoc consideren que no es importante detenerse un par de minutos ante los micrófonos a explicar por qué los futbolistas mexicanos son tan malos.

Porque, curiosamente, el futbol está rodeado de millones de dólares y de seguidores, pero muy esporádicamente provoca alegrías al golpeado y abnegado aficionado mexicano. No se comparan los escasos triunfos balompédicos con los éxitos en golf, boxeo y beisbol, así como en deportes olímpicos como los clavados, taekwondo y caminata.

Insisto, lo peor se vive en el futbol y en el aeropuerto. El martirio que representa esperar en el aeropuerto la llegada de algún equipo argentino es incomparable con cualquier otra orden, pues los tipos se creen dioses aterrizando para jugar un partido de futbol. Los medios los elevaron hasta el cielo y ahora los propios medios se tienen que tragar sus desplantes.

Es común cuando un par de colegas coinciden en el futbol, sin tener esa fuente de planta, escuchar un tanto en broma un tanto en serio: “te castigaron”.

Haciendo un balance de la cotidianidad, cubrir tenis, autos, golf y lo que me pongan enfrente es un privilegio y muchas veces resulta estimulante. Porque ni en sus peores momentos el tenista veracruzano Santiago González, cuyo máximo logro ha sido estar rankeado entre los 200 mejores del mundo, podría compararse con el odioso Cuauhtémoc Blanco. Ni cubrir una carrera de autos en un autódromo polvoriento de éstos que hay regados por todo el país puede ser peor que esperar a que te abran la puerta de un entrenamiento futbolero donde no eres bien visto. Ni cubrir los 18 hoyos de campos de golf interminables como Bosque Real en Huixquilucan o Tres Marías en Morelia puede ser más difícil que acercarse a un divo del Boca Juniors para sacarle una declaración. Ni tratar con los inoperantes muchachos del staff que trabaja para Lorena Ochoa, que siempre dan un “no” como respuesta, es más fastidioso que hablar con un jugador del América. Ni recibir una orden sorpresa es más frustrante que entrevistar a un futbolista que realmente no tiene nada que decir, sólo que el mundo le ha hecho creer lo contrario.

Sólo el beisbol es más difícil que todo eso junto.

4. La metodología. Hoy futbol, mañana golf, pasado boxeo

“¿Qué se siente estar sin un hogar, como un completo desconocido, como una piedra rodante?”

Bob Dylan en “Like a rolling stone”.

Por alguna extraña razón, que yo atribuyo exclusivamente al vedetismo, en el periodismo deportivo los reporteros que cubren futbol no hacen algo más que eso, cubrir futbol, mientras los que se encargan de los demás deportes pueden cubrir cualquier cosa, incluido, desde luego, futbol.

Es una queja generalizada entre los colegas que los muchachos que reportean futbol realmente no sirven para nada, pues nunca se les ordena hacer más que sus rutinarias notas en las que un futbolista, que apenas puede hilvanar sujeto y predicado, habla sobre lo mismo que habló un día antes y lo mismo que hablará al día siguiente.

¿Cuál es la complicación que significa cubrir futbol en México además de soportar humillaciones? Realmente ninguna. El futbol, aprendido desde la infancia, es de uso habitual no sólo para el periodista, sino para el individuo común y corriente. Todos en México nos creemos entrenadores, jugadores y árbitros. Y también podríamos ser reporteros de futbol.

Pero esa elementalidad ha terminado por dañar a la fuente del futbol, que ahora se vale de reporteros escasamente capacitados para su cobertura. Porque una cosa es que el balompié sea tan ordinario como comer tacos y otra que no requiera especialización.

En Argentina o Brasil, cualquier periodista está plenamente capacitado para cuestionar, en toda la extensión de la palabra, a un entrenador, pues posee

los fundamentos técnicos para hacerlo. Pero en México, lo más interesante surge de los exabruptos y las provocaciones, propios del periodismo de espectáculos, porque la prensa está muy poco preparada para la crítica y el análisis de, por ejemplo, un partido o el rendimiento de un futbolista en particular.

Es frecuente en una narración por televisión, si acaso hay alguien que soporte las transmisiones de TV Azteca y/o Televisa, escuchar profundos comentarios sobre el accionar de los equipos. Cuando cae un gol, los análisis se decantan por el anotador y dicen “te lo dije”, “ya se veía venir”, “qué buen trabajo” y comienzan a fustigar al equipo que recibió la anotación. Puerilmente, los comentaristas invariablemente desprenden sus palabras del marcador. Si un segundo después, fuera de toda lógica, el equipo que minutos antes se puso en desventaja logra anotar e igualar el marcador, entonces los comentarios pasan sin ningún rubor al otro lado de la balanza y lo que habían dicho sobre un equipo, ahora lo dicen sobre el otro. Toda la cascada de aburridos clichés, los mismos que dicen en cada partido. Si al final las incidencias del encuentro exigen una reflexión más profunda, cualquier hombre de televisión recurre a la frase “así es el futbol”.

Eso, cuando la televisión intenta hacer periodismo de verdad, porque la mayor parte de las veces sólo está interesada en que el “Perro” Bermúdez dé rienda suelta a su pusilánime costumbre de poner apodos a los jugadores, muy poco ingeniosos la mayor parte de ellos. No es necesario enlistar a todos los comentaristas de futbol, los de una y otra televisora, para decir que muchos de ellos han hecho del futbol un espectáculo imposible de seguir por televisión. Mucho menos desde que se dedican en plena transmisión a vender productos contra el pie de atleta, la impotencia sexual, la calvicie o bienes raíces.

Aun así, el futbol, por muy elemental que sea, también requiere de observadores educados que aporten a los aficionados lo que los ojos comunes y

corrientes a veces no pueden apreciar, lo cual ocurre contadísimas y honrosas excepciones. Casi nunca en televisión abierta.

-¿Crees que cualquiera pueda cubrir futbol? –me preguntó alguna vez Fabiola Trelles, una experimentada editora de Notimex, que por cierto es hija de don “Nacho” Trelles, el célebre exentrenador.

-En México, sí –le dije- aunque no debería ser así.

Como si fuera un debate similar al de la gallina y el huevo, las empresas periodísticas mexicanas no están interesadas en contratar a un reportero plenamente capacitado, sino en alguien que no les cobre más de 6 mil pesos y que puedan desechar cuando les dé la gana. O sea que son improvisados porque cobran poco, y cobran poco porque son improvisados.

En el diario La Prensa, por ejemplo, hace algunos años llegó un joven de escasos conocimientos (cualquier tipo de conocimiento) que no tenía la menor idea de lo que es hacer periodismo, pero cobraba barato y algún amigo le dio el oportuno “pitazo” de que había vacantes en la sección de Deportes. El joven en cuestión, consciente de que era mejor un empleo seguro que vagar cotidianamente en la colonia Doctores, donde tiene su residencia, estuvo algún tiempo en la redacción sacando cables y reportando. Futbol, por supuesto.

Un buen día, la coyuntura le fue adversa y decidió probar fortuna en otro campo. “Ahora es oculista”, me dijo un buen amigo que trabajaba en ese diario, “el que dice lo que otros callan”. Sé bien que México es un país que gusta de la improvisación, pero si me preocupaba poner mis lecturas deportivas en manos de un profano reportero, me aterrorizaba el hecho de poner mis ojos y mi preciada vista en un sujeto con facha de emprendedor. Después, supe que se aburría de la oftalmología y regresó al periodismo deportivo. A cubrir futbol, por supuesto. Y

lo hace sin el menor rubor, y sus patrones lo permiten también sin el menor rubor.

Así, una parte del ejercicio periodístico en el ámbito deportivo se ha convertido en un mero acto de estirar la grabadora para recoger una declaración de un futbolista, sea o no importante, después vaciarla en la computadora y darle una forma más o menos coherente para publicarla al día siguiente.

Quizá eso explique por qué un reportero de fútbol se rehúsa a cubrir otro deporte. Tal vez no es que no pueda, lo que ocurre es que ya se acostumbró a una rutina en la que estira la grabadora, obtiene una declaración intrascendente y la escribe con el mismo desgano del día anterior. Si acaso, eventualmente aparecen reporteros que plantan minas para que los futbolistas las pisen y las hagan explotar. Y ahí está la nota, cuando alguien se sale de sus cabales, cuando dos jugadores fingen darse un beso o se acarician sus partes íntimas (que no nobles), cuando Lavolpe se percata que nadie sabe de fútbol, sólo él, cuando Cuauhtémoc Blanco insulta a los reporteros “muertos de hambre” porque, mientras trota alrededor del campo, se da cuenta de que los simples mortales no ganan más de un millón de dólares anuales como él y no los espera en casa un succulento manjar femenino como Galilea, la “Nacha Plus” o quienquiera que sea de la farándula con quien ande copulando.

Pero en el periodismo deportivo de verdad no es tan fácil fingir. Tal vez puedas fingir que sabes una vez o dos veces, pero tarde o temprano, si no hay un intento genuino de aprender, el impostor es sorprendido con las manos en la masa.

Cubrir cualquier otro deporte que no sea fútbol precisa, invariablemente, de un especialista. Ya sea uno consagrado, establecido, o bien uno en vías de serlo, con talento y herramientas para serlo. Todos esos deportes que el diario Récord llamó “todos menos fútbol” (concepto insultante al principio y poco

después dolorosamente realista, pues cierto es que en los medios se habla de futbol y sólo a veces hay espacio para lo demás) requieren un buen grado de especialización.

No en balde parece haber surgido una clara rivalidad, exceptuando por los reporteros de radio que cubren de todo, entre los que cubren futbol y lo que hacen todo lo demás. Aquéllos piensan que son privilegiados por tener a su cargo el futbol y éstos simplemente los consideran idiotas.

-El deporte que se juega con las patas –dice un veterano periodista de La Afición cuando se refiere (siempre despectivamente) al futbol.

Cuando Notimex puso a mi cargo la fuente de golf, en noviembre de 2005, en realidad yo sabía muy poco o casi nada de ese deporte. De inmediato, me asesoré con Luis Hernández, un viejo amigo reportero de Guadalajara, a quien conocí en una carrera de autos en Milwaukee en 2000 y que en verdad es un experto en todo lo que no sea futbol.

“Guadalajara es una ciudad netamente ‘panadera’”, me dijo una vez un tanto frustrado porque en los medios tapatíos había muy poco espacio para los deportes que no fueran futbol. Ignoraba yo, en aquel entonces, que pocos años más tarde los diarios capitalinos se convertirían en el mismo aparato insulso que no publica algo más que no sea futbol, con el pobre argumento de que a nadie le importa más que ese deporte, llenándonos de las notas más intrascendentes sobre el tema, como que el lateral derecho del Chelsea tiene una uña enterrada, y que cambia las crónicas sabrosas y reveladoras por fotos enormes simplemente porque, dicen, ya a nadie le interesa leer. “Entonces para qué diablos compran un periódico”, diría yo.

En sus lecciones de golf, el reportero tapatío fue muy preciso. Me dijo un poco de esto y un poco del otro; habló sobre el campo, los bastones, la pelota. Lo

suficiente como para comenzar decorosamente, aunque no tanto como para ser autoridad en la materia o al menos no cometer errores.

Al menos, me advirtió sobre algo básico:

-Con que no hagas lo que un reportero de Mural (el Reforma de Guadalajara), que un día puso como ganador al que tuvo más golpes.

En efecto, suena de risa, pero el reportero en cuestión no hizo más que aplicar el sentido común, no sólo futbolero sino de cualquier deporte, de que el ganador es el que tiene números mayores. Pero en el golf no es así y lo pagó muy caro.

- **La especialización o el precio de la fama**

La especialización, naturalmente, lleva tiempo y en el trayecto a ella siempre hay yerros en el camino. No es que con la experiencia el reportero deje de equivocarse, pero evidentemente los errores son menos y los aciertos son más.

Pero cómo transitar hacia la especialización en una gran variedad de deportes cuando los reporteros son desechables, cuando apenas han aprendido a dominar una fuente y son despedidos de su medio.

Afortunadamente, Notimex ha sido una casa donde muchos reporteros hemos encontrado un sitio para ejercer y aprender con libertad, sin la tiranía de un patrón que te puede echar de un día para otro sin la menor justificación.

Pese a su carácter de agencia estatal, a su fama de ser un apéndice del gobierno, como diría López Obrador, Notimex ha sido durante mucho tiempo no sólo fuente de información para una gran cantidad de medios de comunicación a

lo largo de todo el país, sino que ha producido una cantidad igualmente importante de periodistas, muchos reclutados desde jóvenes a través del servicio social, que tiempo después figuran en otros medios.

Notimex ha cumplido, con o sin presupuesto, con o sin críticas de la voraz iniciativa privada, con o sin una buena dirección, con o sin la tiranía y corrupción del sindicato, tanto en tiempo priistas como panistas, con la necesidad imperiosa que griegos, romanos, chinos, babilonios y egipcios conocían hace miles de años: un pueblo debe contar su propia historia. Es decir, la historia cotidiana mexicana debe ser contada por mexicanos, no por AP, Reuters o EFE, y debe ser en la forma menos subjetiva posible, sin el sesgo del poder o del interés vil de la insaciable iniciativa privada.

Por ello, todo buen reportero es, invariablemente, un reportero especializado. Puede haber alguno que por “necesidades” de la redacción cubra fútbol un día y tenis al siguiente, pero la efectividad, autoridad y sabiduría nunca serán las mismas. En el beisbol o el futbol ha ocurrido que un mismo jugador puede desempeñar varias posiciones, y lo hace con eficacia y soltura, pero un goleador difícilmente podrá valer la pena como defensa y un jardinero central no debe ser subido al montículo para lanzar.

El automovilismo requirió en mi caso muchos años de aprendizaje. Al principio, el ímpetu y la buena voluntad lo cubre todo, pero con el tiempo esas virtudes llegan a ser insuficientes. No todo se hace sólo con ganas. La necesidad de seguir aprendiendo parte, precisamente, de uno mismo.

Más allá de tomarse fotos con edecanes voluptuosas y beber cerveza en un autódromo, observar una carrera no es sencillo. De hecho, si no se tienen las herramientas adecuadas puede llegar a ser muy aburrido. Invariablemente se necesita estar en el autódromo, contar con un monitor y, para no variar, con

internet para actualizar tiempos y ver incidencias que la televisión y el ojo humano no pueden captar.

El tiempo me ha dado cierta autoridad para hablar sobre automovilismo, aunque estoy muy lejos de considerarme un experto. En realidad, no sé mucho sobre los grandes héroes de la Fórmula Uno, como algunos veteranos periodistas que se saben la parrilla de salida del Gran Premio de México de 1962, y tampoco distingo entre un auto y otro, si acaso veo diferencias entre mi auto y el del vecino, pero afortunadamente aprendí a ver una carrera, a distinguir las habilidades de los pilotos, a apreciar la capacidad y potencia de un auto, a leer lo que ocurre en un autódromo o en un campeonato, y eso me ha dado la gran satisfacción de ganarme la confianza de mis lectores. Pese a algunos errores propios de la dinámica de una agencia de noticias, que pondera la velocidad y la oportunidad por encima de la calidad, tener la confianza de los abonados (como se llama en Notimex a los clientes) es el principal indicio de que uno va por buen camino. Y eso no se hace de la noche a la mañana.

A principio de 2008, un colega de Estadio W, apasionado del futbol americano, cubrió una carrera internacional en el Autódromo Hermanos Rodríguez. Supongo que no le agradaba mucho la idea de cubrir automovilismo, porque tenía cara de pocos amigos y no perdía la oportunidad de referirse a la competencia en cuestión como “esta mierda”. Afortunadamente, más tarde le ganó el sueño en la sala de prensa y ya no pudo seguir haciendo mal ambiente. Incluso por ahí empezó a circular la foto donde está profundamente dormido acompañado por otro colega de ESPN.

Evidentemente, cuando la ignorancia es la que habla, uno puede llegar a decir cualquier barbaridad, porque la carrera de ese día fue magnífica. Estaba en juego el liderato del campeonato y la pelea por el triunfo fue tremenda. Ganó el equipo de Irlanda y como era la víspera del Día de San Patricio la cerveza corrió en cantidades industriales y los atuendos verdes destacaban en los pits. El equipo

de Suiza, que era líder y llevaba todas las de ganar, fue penalizado y se quedó dramáticamente sin la victoria, sin puntos y con el coraje de ver a los escandalosos irlandeses quedarse con lo que, pensaban, les pertenecía.

Esa carrera deja de ser “mierda” y pasa a ser emocionante gracias a la experiencia y sabiduría que da el tiempo. Nadie puede apreciar una partida de ajedrez, por más disputada que sea, si en su vida ha visto siquiera un tablero. Lo más seguro es que alguien se quede dormido en la Opera de París, por majestuoso que sea el inmueble, si jamás ha escuchado por lo menos una sinfonía de Beethoven. El beisbol es menos emocionante que ver crecer el pasto, si nunca se sufrió viendo al “Toro” Valenzuela ganar por una sola carrera en la década de los ochenta. El golf le puede parece a cualquiera una tediosa y snob escenificación de la clase alta si se ignora que gana el que hace menos tiros.

El golf es un ejemplo claro de la especialización en el periodismo deportivo. Conceptos como *green*, *putt*, *stroke*, *fairway*, *roof* y *drive* no hacían más que revolotear desordenadamente en mi cabeza antes de llegar a comprenderlos a cabalidad. En lo personal, no me parece un deporte apasionante simplemente porque carece del enfrentamiento directo. Cada jugador recorre por su cuenta el campo casi sin importar lo que haga el rival. Un golfista puede terminar una ronda sin haber visto siquiera a su principal contrincante. Y, de hecho, un golfista rara vez habla sobre otros golfistas. La batalla, dicen, es contra el campo. Yo prefiero una contienda directa, como en el tenis, donde tienes la posibilidad de observar, oler, intimidar, humillar y odiar a tu enemigo. Y al final le das un caballeroso apretón de manos.

Con todos mis prejuicios hacia el golf, algunos de ellos plenamente justificados, he aprendido los elementos del juego, pero no he logrado captar su pasión, lo cual no ha sido del todo inconveniente, porque mi capacidad de asombro está intacta y me sigo sorprendiendo cuando los aficionados, ellos sí expertos en golf, aplauden a rabiar un buen tiro. Irónicamente, mi capacidad de

admiración es mayor en el golf, un deporte que no me agrada, que en otros como el automovilismo y el tenis que se han convertido en parte de mi vida. Porque hay que reconocer que tiene su mérito que una persona camine kilómetros en un día para seguir hoyo a hoyo a lo largo del campo de golf lo que hace Lorena Ochoa, para aplaudirla, cobijarla, quererla y hacerle sentir que el país la quiere y admira.

Quizás es la triste escasez de ídolos en el deporte mexicano, pero en pocas disciplinas he visto el amor que siente la gente por Lorena Ochoa. Alguna vez, a principios de esta década, vi en el Parque Fundidora Monterrey cómo el público se arremolinaba alrededor de Adrián Fernández después de lograr una *pole position*, pero no muchas veces he visto episodios como el de 2007 en el campo de Tres Marías en Morelia, cuando el presidente Felipe Calderón llegó al hoyo 18 a entregarle un reconocimiento a Lorena, quien se sintió abrumada por el acto oficial, pero sobre todo por el afecto de miles de personas que, al ser insuficientes unas cuantas gradas alrededor del *green*, se acomodaron en el pasto a lo largo del campo, a veces junto a peligrosas barrancas, para estar relativamente cerca de su ídolo. Lorena comenzó a llorar y ellos habrían llorado con ella.

Lastimosamente, muchas veces la especialización obedece a escasez de personal. Excepto Reforma, los medios ni pueden ni quieren darse el lujo de tener a un especialista en cada fuente, y ninguno se resiste a la tentación de “castigarlos” mandándolo al fútbol.

En Notimex, a la fecha, sólo somos 10 reporteros. El resto de la plantilla son redactores y editores. La cosa se complica porque descansamos dos días por semana, así que hay que destapar un hoyo para tapar otro. Si se consideran vacaciones, licencias sindicales, incapacidades y comisiones, la nómina puede verse afectada seriamente. Por eso, es común que un día cubramos, por decir algo, el beisbol, una conferencia de Conade, boxeo, basquetbol o futbol

americano, simplemente porque el dueño de la fuente descansó, está de vacaciones o de viaje de trabajo.

En lo personal, he cubierto de todo, excepto toros, sanguinaria actividad que muchos siguen empeñándose en catalogar como deporte o incluso como arte. Pero un deporte es la celebración de un cuerpo humano por estar vivo, saludable, lleno de energía, el hambre por alcanzar la gloria, la adrenalina del triunfo, siempre con extremo respeto al rival. Y dudo que los matadores sean respetuosos con el toro. Un arte, mucho menos. El arte es creación, pasión por la vida, estimulación de los sentidos. Y no se puede crear a partir de la muerte.

Fuera de la fiesta brava, decía, he hecho de todo. En mis inicios en Notimex hice preferentemente futbol, luego probé con beisbol y futbol americano, y paulatinamente agregué a mi lista todos y cada uno de los deportes habidos y por haber. Hasta boxeo.

Y es cierto que hay reporteros muy buenos que son capaces de desempeñarse con dignidad y brillantez en cualquier fuente, pero también es cierto que cada reportero tiene sus fuentes preferidas, donde se siente a sus anchas porque sabe más, tiene más experiencia y autoridad, y se siente libre para exponer su punto de vista, para opinar y subrayar lo que haya que subrayar.

Suena infantil, pero cuando un reportero es enviado a una fuente que no frecuente se siente como cuando de niño lo cambiaban de salón en la primaria. Ese niño ha visto a sus nuevos compañeros a la hora del recreo, incluso les ha hablado y ha jugado con algunos de ellos, no le son completamente desconocidos, pero ese nuevo salón, lo sabe, no es su terruño, y hay que ganarse el derecho de piso, hay que hacer méritos para que los demás lo acepten y dejen de verlo como se mira a un forastero. Así es en el periodismo deportivo, y supongo que es igual en otras fuentes como política y espectáculos, pero nadie está dispuesto a ser condescendiente.

Cuando comencé en el automovilismo deportivo, en 1999, una de mis primeras conferencias de prensa matutinas, donde suelen dar pormenores de un campeonato o una competencia próxima a realizarse, me puso enfrente de un colega de Ovaciones, que ahora es un buen compañero, pero entonces disfrutaba dándose las de malvado e implacable con un humilde e inocente reportero de Notimex que apenas comenzaba en el mundo de la velocidad. Por alguna razón, después de la conferencia, estuvimos cerca uno del otro, pero no se daba la ocasión de que las miradas se cruzaran para saludarlo formalmente. Yo sabía que ya me había visto, que se estaba esmerando en ignorarme y que ni loco mostraría iniciativa para extenderme algo parecido a un saludo, así que yo sólo lo iba a saludar cuando estuviera completamente seguro de que, sin escapatoria, tendría que responder a mi cortesía.

Cuando por fin se dio el momento adecuado, que ya para entonces pensé que no llegaría, le hablé firmemente y le dije: “cómo le va, señor Tijerino”. Pero el señor Tijerino tuvo la cínica patanería de no responder al saludo, pese a que ambos sabíamos que me había escuchado perfectamente.

-Es que me caías gordo –me explica entre carcajadas cada vez que comentamos el ridículo episodio.

La verdad es que, para entonces, no había tenido tiempo de caerle gordo porque apenas nos conocíamos. Simplemente, el bigotón reportero estaba convencido de que yo no tenía derecho a pisar sus terrenos, a cubrir la misma fuente que él y a intentar abrirme paso como reportero de automovilismo sin algunos golpeteos e intentos de humillación de por medio.

Es cosa de la naturaleza humana, supongo, más que una cuestión profesional.

5. La iniciativa del reportero en la rutina de una agencia de noticias

“Si tienes mucho trabajo que hacer, levántate temprano para que el nuevo día no te sorprenda perdiendo el tiempo”.

Del “Havamal”, libro vikingo del año 800 de nuestra era.

Una mañana de octubre de 2001, tuve que levantarme temprano porque tenía que marcarle a “Jo” Ramírez para hacerle una entrevista. Con el horario de Inglaterra, tenía que ser muy preciso porque probablemente ya no lo encontraría en la oficina y tampoco quería interrumpir su agitada jornada en el cuartel general del equipo McLaren de Fórmula Uno en la localidad de Woking.

Me contestó su secretaria, con obvio acento inglés, y me comunicó con “Jo”, quien me habló con español oxidado, también con acento inglés. La plática fue larga pese a que Ramírez no se sentía muy a gusto hablando español, pues durante años había dejado de hacerlo al tener que trabajar de tiempo completo para la escudería de las flechas plateadas en la década de los ochenta y noventa.

Poco a poco fue sintiéndose más cómodo hablando español, idioma que escasamente utilizaba cuando la Fórmula Uno viajaba a España, una vez al año. Muy lejos habían quedado los tiempos, de principios de la década de los sesenta, cuando corría a toda velocidad con Ricardo Rodríguez por Paseo de la Reforma, aun con el asfalto encharcado a causa de la lluvia.

Su nombre verdadero es Joaquín, pero como resultaba impronunciable para los ingleses, alguien acuñó una forma abreviada que quedó en “Jo”, el cual se pronuncia simplemente “Yo” y no “You” (Joe). En aquel tiempo era (y es) extremadamente amable y cortés. Poco después tuve la impresión de que a los ingleses les parecía un simpático y carismático latino, pero a nosotros en México ya nos resultaba más británico que el Príncipe Carlos.

Me habló sobre su decisión de retirarse en Indianápolis, una fecha antes del final de la temporada que se correría en Japón; de la vez que el piloto finlandés Mika Hakkinen le regaló una motocicleta el día de su cumpleaños y de todo lo que significó en su vida dejar su natal Ciudad de México y embarcarse en el original Queen Elizabeth en febrero de 1962 para viajar a Europa y dedicarse a lo que era su sueño desde pequeño: integrarse a un equipo Fórmula Uno sea cual fuera el puesto que desempeñara.

Pero “Jo” llegó mucho más lejos, porque con el transcurso de las décadas se convirtió en el coordinador general (el jefe) del equipo McLaren, llegando a ganar 116 carreras de Gran Premio, 10 campeonatos mundiales de pilotos, siete de constructores y convirtiéndose en el artífice de éxitos de pilotos como Niki Lauda, Alain Prost, Ayrton Senna, Mika Hakkinen y David Coulthard. La crema y nata del automovilismo de la era moderna. Quien quiera que se jactara de ser una figura refulgente al volante en ese tiempo tenía que haber pasado por las manos de “Jo” Ramírez.

Pese a tan rutilante trayectoria, en su país de origen pasaba inadvertido, nunca se hablaba de él. Aunque para entonces México no tenía un piloto de Fórmula Uno y tenía tiempo que había perdido la sede del Gran Premio que se corría en el Autódromo Hermanos Rodríguez, Ramírez no era considerado de interés periodístico en los medios de comunicación mexicanos, como si ganar un título mundial con Ayrton Senna fuera cosa de todos los días. En efecto, “Jo” no era piloto, pero fue la pieza fundamental para que la escudería más afamada de la historia junto con Ferrari coleccionara campeonatos igual que una mujer colecciona zapatos.

Si acaso, sólo un reconocido miembro del automovilismo mexicano, Luis Manuel “Chacho” Medina, quien combina su labor de profesor en la Facultad de Arquitectura en Ciudad Universitaria con su vicio de ver, escribir, promocionar y

hablar sobre carreras de coches, tuvo la amabilidad y puntualidad para hablar sobre el retiro del nacido en la colonia Nápoles en agosto de 1941.

Fue justamente “Chacho” quien me dio el correo electrónico de Ramírez y amablemente le habló de mí. Días después, me envió el teléfono de la oficina de McLaren en Woking y el resto fue un completo éxito que terminó publicado en prácticamente todos los diarios. Excélsior, La Afición y El Universal, entre los que recuerdo, dieron amplio espacio a la entrevista, la cual escribí en formato de pregunta-respuesta, el mejor que puede encontrarse cuando se trata de una conversación con alguien que dice cosas inteligentes y valiosas, y que no merece ser confundido con un futbolista de los que acaparan los espacios en los periódicos. Lo chistoso es que los reporteros mexicanos tenían una década que no hablaban con “Jo”, desde aquellos tiempos en que la Fórmula Uno venía a México. A falta de un piloto local, Ramírez era la principal atracción para los medios locales y hasta tenía sus porras en el graderío. Pero, olvidado con el paso del tiempo, ya no había información nueva sobre él, así que los diarios tuvieron que ilustrar mi entrevista con fotos viejísimas¹, algunas de ellas parecían más del día que “Jo” contrajo matrimonio o que se graduó en la universidad (lo cual nunca hizo), con un “look” totalmente pasado de moda, que del mandamás de McLaren que se había codeado con Senna, Prost y algunos de los más grandes de todos los tiempos.

Después de esa entrevista para Notimex, todos los medios voltearon la vista a Ramírez, le llamaron lo buscaron y cuando vino a México lo enaltecieron y casi lo canonizaron. Merecidamente porque después de los hermanos Rodríguez, “Jo” ha sido lo más grande que ha tenido México en la Fórmula Uno. Pero yo me adelanté y lo hice con un trabajo bien pensado y elaborado. Cuando le llamé, tenía lista una serie de preguntas que Ramírez respondió generosa y abundantemente, y en el camino surgieron otras que complementaron la entrevista a la perfección.

¹ Ver Anexo, pags. 146, 147.

Con el tiempo, “Jo” se convirtió en una celebridad en los medios modernos, viene seguido a México, aunque sigue viviendo en su adorada Inglaterra y en invierno se refugia en España en una casa que construyó en Málaga, ya reaprendió español y tiene una columna en Reforma donde analiza las incidencias de la Fórmula Uno.

No digo que yo lo haya lanzado a la fama, pues eso lo hicieron sus múltiples triunfos y campeonatos mundiales. Pero aún me satisface el hecho de haber sido el único medio de comunicación en entrevistarlo antes de su retiro y con eso ayudar a que México se acordara de él.

Notimex tiene virtudes, pero también tiene muchos defectos y uno de ellos es su estilo de trabajo. Tiene reglas precisas para escribir una nota y los reporteros y redactores, supuestamente, las siguen al pie de la letra. Pero ese estilo se ha convertido en el principal pretexto para hacer algunas de las notas más espantosas y aburridas que la humanidad haya conocido jamás.

Nadie se atreve a intentar algo nuevo. Se escudan en el estilo de Notimex para esconder carencias propias. Y eso sucede porque, luego de que alguien empieza a vivir con la seguridad que da un infaltable cheque quincenal, ya no le interesa nada más. No vuelve a tomar un libro en su vida, no lee más periódicos que los deportivos, jamás regresa a un aula de estudios, si es que alguna vez en su vida estuvo en una, y no tiene interés alguno en otorgar al lector una nota bien trabajada, algo más que el insulso texto que siempre dice lo mismo.

Hasta los jóvenes de servicio social, que comienzan su vida profesional con pujanza e ímpetu encomiables, y luego realizan abnegadas prácticas profesionales, que no es otra cosa que trabajar gratis a cambio de algo de experiencia en espera de que se abra una plaza para ser contratados, cambian completamente la actitud cuando tienen un sueldo seguro al final de la quincena.

Muy pronto pasan de ser muchachos entusiastas y capaces de cualquier cosa a haraganes engreídos con ínfulas de grandes periodistas simplemente porque devengan un salario. El espíritu de colaboración, disponibilidad y deseo se pierde en cuanto pasan a formar parte de la plantilla oficial. Y jamás escudriñan por qué sus notas siempre salen mal, por qué siempre escriben de la misma forma y por qué han perdido el valor para intentar algo que valga la pena. No es exclusivo de Notimex, sucede en todos lados que los jóvenes se transformen en forma negativa simplemente cuando son integrados al equipo del trabajo. Me sorprende por qué no sucede al revés. En todos los medios he escuchado quejas de que el chico voluntarioso se convirtió en un gañán altanero que no puede ser contrariado ni molestado. En Notimex, algún día un joven que no pasa los 30 años y que viene desde las fuerzas inferiores, se calificó a sí mismo como “dios”. Como si fuera un *beatle*. Por azares del destino, aunque él piensa que fue por su talento desmedido, los ascensos se le facilitaron tremendamente y en poco tiempo dejó de ser el muchacho que apenas tenía para los pasajes, para convertirse en el sujeto que sólo piensa en cambiar de coche y beber en bares “in”, con la certeza de que es un gran periodista. Francamente, no he visto a nadie que antes de los 30 años llegue a convertirse en un gran periodista, aunque tampoco dudo que exista.

Otro colega reportero prefiere evitarse molestias utilizando la misma nota de un día anterior, sólo le cambia las fechas, el tiempo de los verbos y tal vez los nombres, sistema muy útil cuando siempre se escribe lo mismo, con el mismo objetivo y bajo la excusa de “es el estilo de Notimex”.

Hasta cuando se hacen intentos de acometer otros géneros, el resultado siempre es el mismo, el predecible texto que nadie que realmente valore su tiempo puede leer completo. Cuando se intenta crear lecturas diferentes, el comienzo es más o menos alentador, pero conforme transcurren los párrafos el reportero empieza a sentirse inseguro y agobiado, y opta por refugiarse en el sistema de siempre, con las mismas muletillas, clichés y estrategia para alargar el

texto sin necesidad de acuñar una frase ingeniosa. Es como cuando un individuo que apenas sabe chapotear se mete a una alberca con el deseo de nadar 20 vueltas en todos los estilos olímpicos. Aunque lo intenta al principio, pronto se da cuenta que es una misión imposible y no podrá lograrlo; una cosa es imaginarse grandes hazañas y otra es hacerlas realidad, que es muy diferente echarse un “bucito” que realmente nadar cientos de metros sin detenerse, superando cualquier especificación técnica en la alberca, y mejor decide hacerse a la orillita, porque ahí se siente más cómodo, y deja para la próxima la gran hazaña que siempre imagina pero que ha pospuesto durante años.

Obvio que no siempre se puede ser creativo. Nadie lo es. Es imposible. La mayor parte de las ocasiones, la agitada vida de una agencia de noticias, donde el tiempo es oro, impide darse unos segundos para pensar bien una frase o ingeniárselas para que una oración suene mejor, porque unas palabras escogidas adecuadamente suelen ser bien valoradas por el lector. A diario hay que hacer una buena cantidad de notas, informar de esto y aquello, muchas veces sin haber estado en el lugar de los hechos, simplemente imaginándose las incidencias de algo que nunca vimos, y escribirlo a toda velocidad porque los abonados lo exigen rápido y pagan para eso. Y “eso” hay que hacerlo más de cinco veces al día, a veces hasta diez o más, y volverlo a hacer al día siguiente. Si se hacen cuentas, un reportero de Notimex puede producir en promedio al menos 100 notas mensuales, de las cuales menos de la mitad son reporteadas, es decir logradas por él mismo, 30 por ciento a través de boletines y la parte restante de competencias que muchas veces nos tenemos que imaginar, sin mayor respaldo que una tabla de resultados y las declaraciones del protagonista, simplemente porque no tuvimos oportunidad, la mayoría de las veces por cuestiones de geografía, de estar en el lugar de los hechos.

Algunos editores, por ejemplo, tienen como pasatiempo criticar socarronamente a los reporteros; parlotean sin parar fustigando el trabajo del prójimo, siempre con su amplio trasero arrellanado en una silla reclinable, pero

nunca en su vida han sido capaces de crear material original e invariablemente, cuando llega su momento frente al teclado, terminan estrellándose contra el mismo muro del tedio y las ineficacias gramaticales que tanto vilipendiaron. Hablar es sencillo. Superar las exigencias que nosotros mismos establecemos no lo es tanto.

La competencia entre medios de comunicación en materia de rapidez no es un asunto menor. Muchos jefes, no sólo en Notimex, siempre echan un vistazo a la hora de transmisión y publicación de una nota informativa. La hora, que no la calidad, es el principal parámetro para calificar el trabajo de un reportero. Notimex se ha encontrado con un gran enemigo, al cual por diferencia de recursos materiales y humanos difícilmente puede doblegar: Reforma.

Es común para calificar y sancionar la eficacia de un reportero de Notimex checar la hora en que Reforma sube información a la página de internet, aunque muchas veces, cuando Notimex llega a ser más veloz, el poderoso diario miente y simplemente pone una hora inventada. No sólo sucede en Notimex, los colegas de otros medios a menudo son bombardeados con la frase “Notimex ya mandó”. A nosotros nos miden con Reforma, y a ellos los miden con Notimex. Entonces, aunque su diario no les dé más que unas cuantas líneas de espacio, son evaluados no sólo por la hora, sino por la cantidad y la temática de sus notas, siempre comparados con Notimex.

Recién llegado a la Coordinación de Deportes, en 2005, si acaso con cinco meses en el puesto, Ricardo Coello me llamó para exigirme una nota sobre un beisbolista que tenía más de tres horas de haber llegado al aeropuerto, junto con otros que participarían en el Desfile Deportivo del 20 de Noviembre.

-No puede ser –me dijo- todavía no tenemos la nota del “Rocket” Valdés. Reforma la subió (a su página de internet) hace media hora.

-Bueno, realmente yo estoy haciendo otra cosa... lo del "Rocket" puede esperar –refuté.

-¡Pero cómo, el reportero de Reforma ya la mandó y tú no has enviado nada!–arremetió Coello con los ánimos ya bastante caldeados como dicen los cronistas televisivos.

-Me vale madre el reportero de Reforma y me vale madre el "Rocket" Valdés –repuse bastante exasperado.

Entonces hizo erupción quizá la única discusión acalorada con Coello, quien al ver que la situación se salía de control, tuvo la caballerosidad y nobleza para pedirme que no le gritara, porque al fin y al cabo era mi jefe, y que detuviéramos la discusión y empezáramos de cero.

Y así sucedió. Nunca volvimos a discutir acaloradamente, hasta, por ironías del destino cruel, el día que lo despidieron.

La cosa es que ante la llegada de varios peloteros de Grandes Ligas tuve que escoger el orden de importancia para enviar el material. Lo primero, indudablemente, era dictar por teléfono (lo cual siempre es una labor fastidiosa, pues hay que desprenderse de cualquier intento de decencia y coherencia en las notas) las palabras de Jorge Cantú, un recio bateador que por entonces regaba jonrones por todos lados con las Mantarrayas de Tampa Bay. Cantú era, innegablemente, el primero en el orden, lo que no podía demorarse porque era el bateador del momento entre los peloteros mexicanos en Ligas Mayores,

Por ahí podría caber una nota general sobre algunos de los jugadores que llegaban para el Desfile del 20 de Noviembre, pero en un último término había que pensarlo bien y sin titubear me incliné por trabajar a fondo, desde la sala de prensa del aeropuerto y no a través del celular, un texto sobre el lanzador Jorge

Campillo, el cual me pareció mucho más interesante que Ismael “Rocket” Valdés, un pitcher que en sus últimas temporadas había ido de un equipo a otro y que para entonces no era más que un cartucho quemado; sin importar que Reforma dijera lo contrario.

Campillo es un robusto lanzador derecho que se hizo en los Tigres (antes Capitalinos, después de Puebla y ahora de Cancún) con mucho talento y un brazo derecho muy educado. Por sus logros en los Tigres, logró ser cedido a los Marineros de Seattle, que los colocaron en sus equipos de sucursales. Después de algún tiempo, por fin pudo hacer su debut en las Grandes Ligas, justamente en el precioso estadio de los Marineros, que como muchos parques de pelota de Estados Unidos asemejan más a una lujosa sala de una residencia que un recinto deportivo. Infelizmente, Campillo apenas pudo sacar tres outs en su partido de debut y tuvo que ser relevado porque le “tronó” el brazo. Debió someterse a la tétrica operación de “Tommy John”, que todos los pitchers rehuyen, y prácticamente decir adiós a su sueño de ser un lanzador de Ligas Mayores.

Entonces, tenía suficientes argumentos para ignorar al “Rocket” Valdés y dedicarle los minutos que fueran para entrevistar a Campillo. Valió la pena, porque me contó que vivió los peores momentos de su vida². Pasó los días posteriores a la lesión encerrado en su pequeño departamento en Seattle con la luz apagada, completamente a oscuras. No recibía llamadas, ni abría la puerta. Vivió una depresión terrible, sin dejar de pensar en el destino insensible que le había tomado el pelo de dejarlo subir a un montículo de Grandes Ligas sólo para que los huesos del codo se le hicieran añicos. Aún había desazón en las palabras del beisbolista, pero sentí que estaba mucho mejor, que el tiempo había curado algunas heridas del espíritu; sólo faltaba que los cirujanos de los Marineros hubieran curado bien las del brazo de lanzar.

² Ver Anexo, pag. 148.

Mientras la gente de Reforma le dio preferencia al “Rocket” Valdés, que francamente no tenía algo bueno que decir, yo preferí la historia de Campillo, un beisbolista que vio truncado el anhelo de una vida cuando apenas había sacado tres outs y que tardaría tres años en abrir otro juego de Grandes Ligas. Recuerdo que me indigné con Coello no porque quisiera evaluarme a través de Reforma; de hecho entendía que quizá tenía motivos personales, no sólo profesionales, para ganarle algunas partidas a sus ex compañeros, sino porque no se tomó la delicadeza de leer mi entrevista con Campillo. Eso sí me dolió. Me sentí como la esposa que se pone la más sexy lencería para esperar al marido y cuando éste llega ni siquiera le echa una mirada y pone más interés a un juego Tecos-Atlas en la televisión. Por fortuna, no fue necesario volver a discutir con Coello hasta aquel día al que ya hice referencia. Siempre fue un buen tipo, capaz, justo y noble a la hora de ejercer la jefatura.

Difícilmente un reportero de una agencia de noticias puede cometer el error de darle la espalda al tiempo, como dice Tom Hanks en “Náufrago”. Está condenado a vivir echándole un vistazo al reloj. Vive contra el tiempo. Siempre tratando de ganarle al cronómetro. No puede darse el lujo, aunque algunos lo hacen, de enviar por la tarde información de lo que ocurrió por la mañana. No siempre hay que andar a las carreras. A veces hay tiempo para pensar un poco y hasta para vaciar las declaraciones de la grabadora. Pero en otras ocasiones la grabadora es obsoleta, un lujo innecesario. Hay que apuntar rápidamente con letra casi ilegible para ahorrar tiempo. Sin importar que después no se tenga ni la menor idea de qué fue lo que se escribió con tanto apremio.

Es frecuente escuchar que cuando un reportero escribe apurado declaraciones en su libreta, sólo él y Dios saben lo que está escribiendo, pero tiempo después, a la hora de escribir la nota, ya sólo Dios sabe qué fue lo que escribió, porque no se entiende nada.

Por ello, un trabajo bien planeado en el vaivén de una agencia de noticias comienza mucho antes de sentarse a escribir y de entrevistar o indagar. El trajín cotidiano no es impedimento para lograr un texto bien escrito, riguroso, valioso informativamente y, en especial, grato a la hora de ser leído.

Intentar ese material que va más allá de la nota informativa común y corriente; implica ir un paso adelante, anticiparse, planificar, intuir, buscar, escarbar. Y desde luego estar bien informado, dominar una fuente, ser el especialista del que se habló en el capítulo anterior, atreverse e innovar. Un improvisado difícilmente podrá alcanzar el trabajo excelso que sólo puede elaborar quien es una autoridad en la materia.

- **El desahogo de Manhattan**

En julio de 2005, decidí que ya había tenido suficiente de beisbol de Liga Mexicana. Tenía necesidad de ver juegos de verdad y entrevistar a peloteros de prosapia. Estaba algo fatigado de ver beisbol de mediana categoría en estadios bastante feos. Me di cuenta que era tiempo de planear y arriesgarse. Tomé un calendario e inventé una buena cantidad de pretextos para viajar durante un mes completo a Nueva York. Durante todo septiembre, cubriría partidos de los Yanquis y los Mets durante la semana, y el domingo cruzaría el túnel Lincoln para ir a Meadowlands, en Nueva Jersey, a los juegos de futbol americano de los Jets y los Gigantes de la NFL.

Recién llegado a Notimex, Coello respaldó el proyecto de cubrir juegos en Nueva York, dar seguimiento a los jugadores mexicanos y darme esas cuatro semanas la categoría de “enviado”. Entusiasmado con el proyecto, lo cual habla de que era un sujeto cabal y no un egoísta voraz que dijera “mejor voy yo”, de inmediato lo propuso a sus superiores. Además, me consiguió 800 dólares de viáticos. Era el plan perfecto, Notimex me concedería cuatro semanas como

enviado en Nueva York, más 800 dólares. Yo pagué el avión, el hospedaje de un mes (que me costó casi mil dólares justo a un costado de Central Park) y todavía me alcanzó para pagar un curso de inglés de cuatro semanas en una escuela ubicada exactamente enfrente del Madison Square Garden, muy cerca del Empire State y a unos metros de Times Square, en pleno corazón de la “Gran Manzana”.

Había ido muchas veces a Estados Unidos, pero nunca había ido a Nueva York, mucho menos al Yankee Stadium y al Shea Stadium. No fue una misión fácil. Esas cuatro semanas viví en un pequeño y apestoso cuarto en un edificio de la YMCA, que aunque está ubicado en el exclusiva área oeste de Manhattan, a unas cuadras de donde vivía (y murió) John Lennon no es más que un mugrero. La YMCA no se toca el corazón a la hora de acomodar a sus huéspedes en pocilgas. El cuartucho, de tres por tres metros, apenas tenía espacio para una camita desvencijada, con un colchón de resortes salidos, un pequeño escritorio, una silla y la tele colgada de una pared. Como los cuartos de todo el piso, no tenía baño. Nada más había uno para todo el piso. Y apestaba. Mi cerebro aún recuerda el desagradable desodorante que usaban abundantemente para tratar de ocultar otros olores aún más desagradables. Había que compartir los sanitarios con jóvenes europeos de escasa disciplina a la hora de asearse, quienes lo mismo se rasuraban la cabeza en el lavabo sin necesidad de enjuagarlo que olvidaban jalarle a la cadena.

Pero no me iba a intimidar en Manhattan y regresar a las comodidades de mi hogar como niña llorona. Tenía que resistir con estoicismo y llevar mi plan hasta sus últimas consecuencias, sin importar los inconvenientes y la cruel soledad que sufren en Nueva York todos los que no son millonarios.

Todos los días, me levantaba temprano, me metía con asco a la minúscula y pestilente cabina que servía como ducha, me vestía y caminaba hacia el metro. En el camino a la escuela, como buen neoyorquino, bebía algo caliente y leía el periódico. La clase, con un excepcional profesor gringo-gringo, era de 10 de la

mañana a una de la tarde y cuando salíamos, todos (colombianos, ecuatorianos, albaneses, japoneses, coreanos, chinos, ucranianos, brasileños y mexicanos) estábamos hambrientos. Debido al reducido presupuesto, un día comía pizza y otro hamburguesas. Regresaba rápido a mi humilde pocilga a escribir las notas del día y debía hacerlo rápido porque había que volverse a meter al metro para ir al lejano Queens en Flushing a cubrir un juego de los Mets o al peligroso Bronx para ver a los Yanquis.

La rutina era la misma al día siguiente. Asistir a la escuela, comer, escribir y juego nocturno. Eventualmente, me daba tiempo alguna tarde que no tuviera acreditación para cubrir el beisbol, porque no era fácil conseguirla, para beber cerveza con un colombiano y un ecuatoriano que se convirtieron en apreciados camaradas, pues éramos amigos del mismo dolor: la soledad neoyorquina, la falta de amistades y la escasez de mujeres, pues en Manhattan casi todas las féminas tienen ínfulas de Thalía o Jennifer López en espera de su acaudalado galán.

“Una pinche vieja que es de mi pueblo ya no me quiere hablar si no es en inglés”, me contó frustrado José, a quien conocí en el curso de inglés y que llegué a tener en alta estima porque aunque se le dificultaba extremadamente hablar en el idioma de Shakespeare, trataba de salir adelante y dejar atrás los tiempos en su mísero pueblo de Oaxaca, donde su familia no tenía ni para comprar una tortilla. Curiosamente, la primera ciudad que José vio en la vida fue Nueva York. Ni más ni menos.

Los sacrificios valieron la pena, porque logré convertirme en un reportero categoría Grandes Ligas y NFL. Entrevisté a jugadores mexicanos como Vinicio Castilla, Esteban Loaiza, Rodrigo López, Luis Ignacio Ayala, Gerónimo Gil, David Cortez, y otras estrellas de los equipos neoyorquinos como Randy Johnson, Carlos Beltrán, Miguel Tejada y el millonario dominicano Pedro Martínez, quien me recibió en los vestidores del Shea Stadium ataviado con un excéntrico traje blanco, una escandalosa y enorme cadena de oro que le colgaba

del cuello y ese típico carácter quisqueyano de quien disfruta la vida y trata de ser simpático a pesar de ser pobre o millonario. Pedro fue durante varias temporadas el mejor pitcher de las Grandes Ligas y entrevistarle en exclusiva para Notimex fue, desde luego, un privilegio. El fútbol americano no era tan importante en mi agenda, porque asistir sólo al partido y no a los entrenamientos de la semana deja poco espacio para lograr buena información. Aun así cubrí partidos de los Gigantes y los Jets, y los equipos que los visitaron: Delfines de Miami, Carneros de San Luis y Cardenales de Arizona.

-¿De qué medio eres? –me preguntaban con curiosidad en pleno terreno de juego algunos de los muchos periodistas dominicanos que viven en Nueva York. Cuando la información del enviado de Notimex en la “Gran Manzana” comenzó a invadir algunos medios de Estados Unidos, como el sitio en internet de ESPN en español, terminaron por aceptarme y después me decían: “Sí, ya sé de dónde eres”.

Pero no hay que viajar a Nueva York y abrir la cartera propia para intentar un trabajo periodístico diferente. En mi caso, dedicar ese septiembre de 2005 a estudiar inglés y cubrir partidos de Grandes Ligas y NFL significó una experiencia enriquecedora como periodista y persona, no sólo por el gusto de haber visto lanzar a Rodrigo López contra Randy Johnson en Yankee Stadium, a “Vinny “ Castilla dar uno de los últimos jonrones de su carrera, que por cierto sirvió para ganar el partido, o entrevistar a Pedro Martínez, sino por los golpes y sacrificios que representó abrirse camino en el envanecido Manhattan. Supongo que no entra en los planes de otros reporteros aventurarse en una andanza similar, muchos menos poner dinero de su propio bolsillo. Aunque en verdad vale la pena.

Aquí mismo se pueden hacer esos intentos sin necesidad de subirse a un avión. Pero, como decía, hay que ser hábil, saberse anticipar y también hay que tener un poco de suerte. En marzo de 2008, el serial internacional A1GP llegó a

México para correr en el Autódromo Hermanos Rodríguez la penúltima fecha de la temporada 2007-2008.

Como es habitual en el formato del campeonato, la primera práctica del viernes está reservada a pilotos novatos. Eché un vistazo a la lista y me cercioré de que el equipo de Francia –el campeonato es por naciones y no por pilotos o equipos como en la Fórmula Uno- traía a un joven de nombre Nicolás y de apellido Prost. Es hijo de Alain Prost, el gran piloto multicampeón del mundo del que hablé en este mismo capítulo.

La competencia con otros diarios como Reforma, Milenio y Récord, en particular, es dura y no pasaría de ser eso si no fuera porque algunos de sus reporteros se la pasan fisgoneando lo que hacen los demás, pues no pueden permitir que otros escriban algún reportaje que no se les ocurrió a ellos.

Así que había que ser sigiloso, por eso me escabullí de la sala de prensa, ese viernes por la tarde, tratando de aparentar socarronería y no de traer algo fuerte entre manos. Caminé hacia la zona aledaña a pits que en un autódromo recibe el nombre de *paddock*, donde se instalan los trailers de los equipos, y caminé desinteresado en el entorno, hasta que me colé a la oficina del equipo francés.

Ahí solicité una entrevista con Nicolás. La encargada de relaciones públicas de inmediato salió a buscarlo y me lo trajo en cuestión de segundos. No creo haber esperado más de un minuto. La entrevista comenzó –en inglés porque el poco francés que puedo recordar no alcanza para gran cosa- y Nicolás me habló de su incipiente carrera. Naturalmente, y él lo sabía, lo importante era que me hablara de su padre. Y me contó todo, sin reservas. Me dijo que tenía una buena relación con él y que sentía cierta presión porque no es fácil cargar con el apellido Prost, pues en principio cualquiera puede pensar que él tendría que ser tan bueno como su padre, si le va mal es porque no salió tan bueno como su

padre y si le va bien es simplemente a causa de él. O sea que por donde le buscara, Nicolás se sentía atrapado. Pero trataba de sobrellevarlo.

Lo más importante, lo que realmente me interesaba que me dijera, era algo referente a Alain, México y el Autódromo Hermanos Rodríguez. Fui afortunado porque había mucho que contar al respecto. Me contó que antes de viajar a México habló con el excampeón del mundo, quien le dio consejos sobre cómo manejar en el Hermanos Rodríguez y, en especial, le advirtió sobre la zona de las eses. Más aún, Nicolás me comentó que la mejor carrera de su padre, desde su punto de vista, había sido aquella tarde del 24 de junio de 1990 cuando arrancó en décimo tercero y logró la hazaña de ganar imponiéndose a nombres célebres como Ayrton Senna, Nelson Piquet, Jean Alesi y Nigel Mansell.

La entrevista fue, afortunadamente, un trancazo, porque sólo Notimex la tuvo. Ni Reforma, ni Récord, ni nadie la tuvieron. Al otro día, Excélsior la publicó³ y Récord mandó al autódromo a todo su arsenal a cobrar venganza. Pero era demasiado tarde, la estúpida guerra entre medios ya había terminado y ellos no habían sido los ganadores. Fue un golpe de ésos que por más que tratas no puedes fingir que no te duele. Lo malo es que les faltó entereza para reconocerlo. Al otro día enviaron a cuatro reporteros contra mí solito. Lo más penoso fue que estaban a mi lado en la sala de prensa y de pronto, uno de ellos, comenzó a justificar en voz alta por qué Récord no había tenido la nota con Nicolás Prost. Sentí lástima por el reportero, un joven bienintencionado que apenas comenzaba en la fuente de automovilismo y que debe haberse llevado una buena regañiza. Preferí levantarme y alejarme. No estaba muy dispuesto a escuchar excusas. Sentí como si me estuvieran dando explicaciones, porque sabían que yo los escuchaba, mas jamás tuvieron la caballerosidad para admitirse derrotados. Recientemente leí en una revista especializada en tenis algunos consejos para ser un buen competidor. Era una lista de recomendaciones que debía seguir todo buen tenista, tanto en lo deportivo como en lo moral. Porque es imposible ser un

³ Ver Anexo, 149-150

gañán y un buen tenista al mismo tiempo. A menos que seas John McNroe. Decía que cuando el oponente hiciera un buen tiro, un saque as por ejemplo, había que reconocerle ese mérito y jamás excusarse tontamente diciendo “es que me tropecé”, “me entró una basurita en el ojo”, “me agarraste descuidado”, “me dio el sol de frente”, “me duele la panza”...

Así que en Notimex, a veces aburrido y predecible, también hay oportunidad de hacer que al contrincante se le meta una basurita en el ojo.

6. Una misión (im)posible: la persistencia en el trabajo periodístico

“Aquél que pregunta es un tonto por cinco minutos, pero el que no pregunta permanece tonto por siempre”.

Proverbio chino

No sabía exactamente por qué estaba más entusiasmado. Si porque era mi primer viaje internacional como enviado de Notimex, en aquel lejano verano de 1999, porque todo lo que veía, hasta lo más insignificante, me sorprendía o porque tenía a unos cuantos metros de mí al piloto Juan Pablo Montoya y creía que podía entrevistarlo.

En su primera época en el automovilismo de Estados Unidos, Juan Pablo era casi inalcanzable, siempre andaba de aquí para allá con una actitud similar a la de Salma Hayek. Se creía divo y como indiscutiblemente era grandioso al volante, se daba el lujo de portarse como un cretino.

Lejos habían quedado los tiempos en que el colombiano vino a México a correr un campeonato de autos fórmula donde sembró muchas leyendas. Casi todas buenas. Montoya proviene de una familia bien acomodada en Bogotá, pero en su sueño de convertirse en piloto profesional tuvo que sufrir, sobre todo cuando corría en México. Me han contado versiones de que en nuestro país varias personas le tendieron la mano, como un amigo que lo hospedó desinteresadamente en su casa en San Luis Potosí. Ahí, Juan Pablo se aficionó a la comida mexicana. Le encantaban las albóndigas que hacía la madre del anfitrión, aunque cuando viene “muere” por los tacos al pastor. Juan Pablo tuvo que hacer algunos sacrificios para adquirir fogueo en un campeonato de Fórmula Tres que no existía en su país, simplemente como un puente para pasar a Estados Unidos. El hambre de triunfo y el sueño de llegar a Fórmula Uno, a donde finalmente llegó, lo hacían superar cualquier adversidad. Algunos mexicanos lo

provocaban. Lo retaban. En los pits, cuenta su padre, un tipo constantemente lo amedrentaba diciendo: “Dónde está el colombiano”. Pues esa vez el colombiano arrancó en último por una penalización y ganó.

Mas en ese septiembre de 1999, Juan Pablo ya no tenía necesidad de ser ese tipo “chévere” que había sido. Me imagino que ya no recordaba las albóndigas en chipotle. Ahora era un “higadito” hecho y derecho, así que entrevistarle en aquel circuito callejero de Houston, una de las últimas carreras del calendario en una temporada en la que fue campeón, iba a ser una misión imposible.

Bastaba con verle la cara de pocos amigos para desanimarse. Juan Pablo bajó del auto después de la sesión de calificación del sábado y de inmediato fue rodeado por reporteros de televisión y camarógrafos que por contrato tienen derecho de ser los primeros en entrevistar a un piloto recién bajado del auto. De hecho, sin esa acreditación de televisión no se es más que un simple mortal. La acreditación de reportero permite estar en cierta zona de los pits, pero cuando entra en acción la televisión no hay forma alguna de ganarle.

En un viaje de debut no bastan las explicaciones de que la bendita tele tiene los derechos de exclusividad y primicia, así que me aposté cerca de Montoya, retenido por una línea de guaruras bien alimentados, que no permitían que ni la prensa común y corriente, ni mucho menos los aficionados, se acercaran al divo de Bogotá.

En unos instantes, la cantidad de gente, tanto reporteros como aficionados que lo mismo querían una foto que un autógrafo, que se agolpó en torno al colombiano ya había tomado la magnitud de multitud, por lo que tenía que esforzarme y arreglármelas como fuera para mantenerme en la primera línea de la muchedumbre, tratando de no perder la grabadora, ser golpeado por las cámaras de televisión y en definitiva ser echado del lugar por los elementos de seguridad.

Juan Pablo concedió un par de entrevistas, primero a la televisora que transmitía la carrera y después a la interna del mismo campeonato. Ya habían pasado unos cinco minutos desde que bajó del auto y el sol texano caía a plomo, pero mis ánimos de arrancarle a como diera lugar una entrevista al futuro Fórmula Uno no habían decaído. No sabía cómo, tenía muy poca experiencia y quizá ni siquiera valía la pena arriesgar el físico para hacerle un par de preguntas a un tipo odioso que no quería hablar y que más tarde, muy probablemente, ofrecería una conferencia de prensa en la comodidad del “media center”.

Supongo que era obsesión de mi parte, capricho de lograr lo que ya me habían dicho hasta el cansancio que no se podía y el deseo de hacer algo trascendente en mi primer viaje como enviado internacional.

Un año antes había cubierto el Mundial de futbol en Francia, pero lo hice como parte del grupo que hizo la cobertura del torneo y sólo como responsable de la oficina de edición que Notimex montó en París. Aunque estuve 45 días en la capital francesa, los cuales aproveché para conocer hasta el último rincón de la “Ciudad Luz”, no asistí a un solo juego. Mi labor fue exclusivamente en la oficina parisina, editando la información que enviaban los cuatro reporteros acreditados, encabezados hábilmente por el coordinador Alejandro Brito, que tuvieron a su cargo las incidencias mundialistas. Sólo recibía las notas de los reporteros, las editaba y las enviaba directamente al satélite donde en instantes eran colocadas en el llamado hilo de Notimex, que no es otra cosa que el sistema donde se acumula toda la información que envía la agencia.

Por ello, aquel viaje a Houston por invitación del piloto Adrián Fernández para cubrir una carrera de la entonces llamada serie CART siempre lo he considerado el primero propiamente dicho como reportero enviado internacional de Notimex. No es que no haya sido importante el viaje de un año antes a París, a la que por cierto considero la ciudad más hermosa del mundo, sino que aunque

me gustó mi trabajo, no cubrí ningún partido y no pude escribir más que crónicas cotidianas de la “Ciudad Luz”, las cuales me entretuvieron bastante; fueron un estímulo en mes y medio de estancia en Francia, pero siempre me quedó la espinita clavada de que aunque era parte del equipo mundialista, no fue lo mismo sin una acreditación para ingresar a los estadios.

Además de escribir sobre cuestiones ciudadanas como la Torre Eiffel, la catedral de Notre Dame, los museos, los espléndidos jardines, palacios y castillos parisinos, los cementerios llenos de celebridades que van desde Chopin y Oscar Wilde hasta Jim Morrison y Porfirio Díaz, mi única gran hazaña fue ingresar sin acreditación, más que con puro verbo (para eso me sirvieron seis semestres de la posesión de francés en Aragón), al Centro Internacional de Medios, que se ubicaba hacia la Puerta de Versalles, para cubrir algo parecido a un congreso de la FIFA.

El Mundial de Francia fue una experiencia enriquecedora. Nunca olvidaré aquella noche del domingo 16 de julio cuando la selección gala se coronó y millones de personas tapizaron las calles de París celebrando no sólo un triunfo futbolero, sino el triunfo de estar vivo y poder salir a gritar, bailar y beber por las calles con gente de todo el mundo sin ser molestado. Aún guardo en la memoria que en las pantallas gigantes colocadas en toda la ciudad la gente ni siquiera alcanzaba a ver el partido. Fueron pocos los que en verdad vieron el juego en París, sólo los que estaban en el Stade de France y los que lo siguieron por televisión pudieron hacerlo, pero la cifra no se comparaba con los millones que se habían apoderado de las calles. Si hubieran querido, podrían haber tomado la Bastilla. No estaban viendo el partido, que no era sino un pretexto para conquistar la ciudad, pero cuando alguien gritaba “gol”, que en francés es una extraña palabra que suena como “but”, entonces todos gritaban frenéticos siquiera sin estar seguros de que en verdad la pelota había entrado a la portería o que hubiera sido gol de Francia y no de Brasil, cuyos seguidores eran, desde

luego, minoría. Por fortuna, fueron tres los gritos galos y la felicidad siguió reinando en las calles.

Más aún, yo tenía poco más de un año en Notimex y fui elegido por Brito como editor por encima de otros compañeros de mayor experiencia, desatando toda una serie de intrigas e inconformidades en la redacción de quienes no me creían merecedor a un viaje de ese calibre, aunque desde luego estaban equivocados, pero me quedó esa espinita de que siempre es preferible escribir a corregir lo que otros escriben. Digamos que es como ir a una fiesta y no poder echarse un trago porque eres el conductor designado.

Pero en Houston, poco más de un año después del Mundial de Francia, yo era el único responsable de lo que Notimex escribiera. El teclado era mío al 100 por ciento, no tenía que tragarme lo que otros habían escrito, sino que tendría el placer de escribir sobre lo que pasaba en ese autódromo improvisado en las calles del centro de Houston y podía poner la típica firma “por Francisco Ciprián Hernández, enviado”.

Supongo que por eso no me importaba esperar a Montoya el tiempo que fuera, ni soportar sus poses de estrella, los golpes de las cámaras y los empujones de los “gorilas” de seguridad. Cuando terminó con la televisión, se enfiló por los pits hacia el sitio que le correspondía a su equipo, donde hablaría con los ingenieros y checaría los tiempos antes de regresar al trailer llamado *motor home*, donde los pilotos pasan el tiempo cuando no están en la pista y que lo mismo les sirve de oficina que de recámara provisional mientras llega el momento de regresar al hotel.

La jefa de prensa de Montoya lo jaló y abrazó por el hombro para llevárselo, diciéndome una y otra vez que no me daría la entrevista, y mientras caminaban se interpuso en medio, entre el piloto y un servidor, para que no tuviera oportunidad de acercarme.

-Juan Pablo, sólo una pregunta... Juan Pablo, sólo una pregunta –le decía una y otra vez, pero Juan Pablo ni siquiera volteaba y se dejaba proteger por la iracunda tipa de relaciones públicas.

Esquivando empujones logré evadir a la mujer y pasarme del otro lado para caminar al costado derecho del colombiano, que mientras caminaba accedía de mala gana a dar un autógrafo o a tomarse una fotografía con algún aficionado insistente.

Comprendí que lo más tonto en ese momento era pedirle un minuto, una entrevista o repetirle aquello de “sólo una pregunta”. Es como cuando le quieres dar un beso a una mujer. Si se lo pides es probable que te diga que no, quizá no porque no quiera, sino porque no se va a evidenciar verbalmente de que, en efecto, quiere que la beses. Por eso es mejor no pedir permiso y simplemente besarla. Si lo haces en el momento adecuado las posibilidades de éxito son muy cercanas al 100 por ciento. Así que ahí tenía al “besucón” de Montoya que no quería dar su brazo a torcer, me acerqué casi románticamente hasta poner mi brazo izquierdo en su hombro derecho, incluso por encima de la mano de su celadora que lo seguía abrazando, con la mano derecha prendí la grabadora y la aproximé lo suficiente para que supiera que estaba grabándolo, y le hablé casi al oído hasta donde sabía que me escucharía. La lancé a primera pregunta, después la segunda y todavía tuve tiempo para una tercera. Y no tuvo de otra que responderme. Enojón y caprichoso como esas mujeres que no quieren demostrar que les gusta lo que les estás haciendo. Finalmente no tuvo escapatoria. Quedó acorralado. No contestó tan lacónicamente como acostumbra, sino que me dijo las palabras suficientes como para escribir una nota decente y darle a las declaraciones la etiqueta de “exclusiva”.

Cuando obtuve lo que quería, me desprendí del nutrido grupo que lo rodeaba y me quedé en el carril de pits, mientras apagaba la grabadora, bajo el

tremendo sol que pegaba inclemente. Recuerdo haber esbozado una sonrisa. Lo que no recuerdo es qué le pregunté al escurridizo colombiano. Estoy seguro que le hice tres preguntas, que me contestó más o menos de buena forma y que no fue tan breve como supuse que sería. Pero no recuerdo las preguntas exactas. Me parece que fue algo sobre la pista y la calificación, seguido por las expectativas para la carrera de domingo y, por último, algo de lo que ya no tengo la menor idea. Lógico, tampoco recuerdo lo que respondió, pero seguro fue algo sobre que sentía muy bien, que tenía un auto fantástico y que esperaba salir de Houston con la victoria.

Por alguna razón, supongo que tenía buenos presentimientos sobre la terquedad de entrevistar a Montoya, un colega del periódico El Informador de Guadalajara se quedó junto a mí durante la caza del colombiano. Mientras yo insistía en emboscar al piloto, él trataba de persuadirme, a veces con la mirada, a veces diciéndome “vámonos ya, no te van a dejar entrevistarlo”, para que dejáramos el asunto por la paz. Lo curioso es que en ese entonces yo no lo conocía, apenas nos habíamos visto en la camioneta que nos llevó del hotel a la pista, pero si yo insistí en buscar la entrevista, él insistió en seguirme y, oportunista, estiró la grabadora cuando vio que estaba entrevistando a Montoya. No me molesté, por el contrario. Incluso me preguntó si había problema si utilizaba esas declaraciones y realmente no me importó. Le permití que fuera parte de ese pequeño triunfo en Houston.

Por la tarde, después de comer, enviamos información desde la habitación, que nos tocó compartir. Trabajamos algunas horas escribiendo sobre las incidencias de la jornada, platicamos un rato y me volvió a pedir autorización para usar las declaraciones en un programa de radio en el que colaboraba. Le dije que adelante, que no había problema. Horas más tarde, cuando entró al aire en el noticiario deportivo –no recuerdo si en Acir o Radio Centro- contó todas las peripecias sufridas para lograr la entrevista con Montoya. Gentilmente, me dio todo el crédito y reconoció el esfuerzo realizado para atrapar al divo bogotano.

Sorpresivamente, mencionó que en sus años de reportero (debía tener poco más de 40 años de edad en ese entonces así que no era un iniciado en los medios) pocas veces había tenido el placer de presentar unas declaraciones que le hayan dejado tanta satisfacción conseguir.

“Si sólo estiraste la grabadora”, pensé.

Pero, una vez más, fue caballeroso y reiteró que el crédito total lo había tenido “mi amigo Francisco Ciprián, el enviado de Notimex” y continuó dando su nota sobre Montoya y pasando al aire sus palabras extraídas de la grabadora. Francamente, me pareció que estaba exagerando un poco, tampoco había sido para tanto. Vaya, sí había costado trabajo, Montoya era ya una estrella del automovilismo, pero aún no había llegado a Fórmula Uno; Houston no era un escenario de la máxima categoría y lo que me dijo tampoco iba a causar conmoción. Simplemente había sido complicado y, por lo tanto, resultaba satisfactorio. Pero nada más. Supongo que los elogios eran una forma de agradecer que le cediera la entrevista sin que él hubiera hecho más esfuerzo que estirar la grabadora. Tal vez se sentía un poco mal por usar como suya una entrevista que no le había costado absolutamente nada, así que aquellas palabras de reconocimiento no eran sino una forma –caballerosa al fin y al cabo- de darme las gracias.

Visto en retrospectiva, sigo sintiéndome orgulloso de aquella entrevista en Houston, pero a la vez me parece que fue un esfuerzo algo infructuoso, simplemente porque creo que no vale la pena entrevistar a alguien que sencillamente no quiere hablar. ¿Cómo puede una persona, por más famosa que sea, decir algo importante si ni siquiera tiene deseos de hablar?

No digo que no lo volvería a hacer, probablemente sí lo haría si la ocasión lo ameritara, pero con el transcurso de los años me he dado cuenta que cualquier estrella del deporte, un verdadero profesional, siempre se da tiempo para hablar y

hacerlo inteligentemente. A menos que sea arrebatarle una declaración a algunos genios como Pelé y Maradona, o a otros (ya fallecidos) como Ayrton Senna, pocas figuras deportivas valen la pena seguir con tanto afán si ellas no se dan precisamente el tiempo para hablar con la prensa. Es parte de su trabajo. Hasta Roger Federer, Michael Schumacher, Lance Armstrong y Tiger Woods saben que es su deber ponerse al micrófono y contestar todo lo que venga. En culturas anglosajonas y algunas europeas como la alemana y francesa se da por hecho que el atleta debe conceder tiempo a la prensa y lo hacen en la forma más profesional posible; nunca se mofan de una pregunta, siempre tratan de responderla en la forma más inteligente posible. En el ámbito latino, a las figurillas siempre les gusta ser acosadas, les fascina colocarse en un altar inalcanzable y saber que hay alguien que los desea y los persigue. Y si acaso se sientan como dicta la decencia y el decoro para hablar con la prensa no es raro que se muestren déspotas y desechen preguntas simplemente porque no tienen la capacidad para responder.

Alguna vez me encontré al futbolista brasileño Romario en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Andaba en viaje de placer y la que supuse era su esposa, o algo por el estilo, tenía un problema porque había perdido el boleto de avión. Intenté acercarme y pedirle al brasileño un minuto de su tiempo pero me rechazó en la forma más grosera posible. Quizá se hubiera merecido un escupitajo en la cara. Pero también comprendí que hay que darle su espacio a la gente y no hacerla hablar si no quiere hablar. El periodismo deportivo no va a transformarse por unas cuantas declaraciones de más o de menos.

En febrero de 2004, durante una convención del beisbol mexicano en Mérida, los organizadores rindieron un homenaje al veracruzano Roberto “Beto” Avila, el único pelotero mexicano en la historia en conseguir un título de bateo en las Grandes Ligas, el cual logró en la temporada de 1954 cuando jugaba para los Indios de Cleveland. La fiesta de gala fue en las ruinas mayas de Uxmal, cerca de Mérida, con un gran espectáculo y una cena para aderezar el momento. Cuando caminábamos sobre un sendero terregoso y poco iluminado hacia el sitio

donde estaban colocadas las mesas para la cena, me acerqué al señor Avila y le pedí una entrevista. No había hablado con él en exclusiva y sólo había escrito las declaraciones que había vertido en los diferentes actos de la convención. Pero Don Beto me dijo que ese no era un buen momento. Era un anciano de 80 años y no podía arriesgarse a conceder entrevistas sin ver por dónde caminaba, pues corría el peligro de caerse y poner en predicamento su integridad física debido a su edad.

Desde luego que no me gustó la negativa. A nadie le cae bien que le digan que no, pero segundos después me pareció bastante razonable la respuesta. ¡Qué idea la mía de entrevistar a un anciano que podía encontrar la muerte en Uxmal el día de su gran homenaje! Incluso me sentí un poco impertinente al pedir una entrevista en un lugar tan poco adecuado. Finalmente, no logré entrevistar a Don Beto Avila en toda la convención. Me remití a sus declaraciones al micrófono. De hecho, ya no lo busqué. Tenía muchas notas pendientes y no sentía una gran necesidad de hablar con él. Desafortunadamente, Don Beto murió meses más tarde en su natal Veracruz. No parecía enfermo durante el homenaje en Mérida. Delgado y correoso como Pedro “Mago” Septién, aquel veterano de la crónica beisbolera, cualquiera hubiera pensado que le quedaban muchas entradas por delante. Pero no fue así. Se fue sin dejar que lo entrevistara.

- **¡Tom, cástate conmigo!**

Viendo el tema con mayor mesura, en el mundo deportivo pocas veces valen la pena las “misiones imposibles”. De hecho, en verdad dudo que existan. Si acaso es más probable que el problema provenga de la falta de confianza del reportero para preguntar o abordar a una figura del deporte. En incontables ocasiones no nos acercamos a alguien para entrevistarle porque de entrada nos parece que recibiremos una negativa por respuesta. Ya en la entrevista misma, por falta de información y de curiosidad, también es frecuente que un reportero

pregunte alguna tontería o que cometa el error de no preguntar por miedo a parecer tonto.

En particular, pienso que el periodismo deportivo debe negarse a caminar por los rumbos controvertidos del periodismo de espectáculos, donde el reportero pondera el sensacionalismo y el escándalo. Realmente es vergonzoso ver cuando una manada de reporteros hambrientos, instigados por sus jefes, persiguen cual hienas a su víctima, que por otra parte se presta al juego de la ridícula persecución.

Muchas veces, los grandes trabajos periodísticos en el ámbito deportivo se dan porque alguien tuvo el valor, ingenio y sagacidad para acercarse al entrevistado que tiene en mente y preguntarle con aplomo y eficacia justamente lo que tiene en mente, o bien cuando ese mismo reportero toma su agenda telefónica, llama a su entrevistado y guía la charla al lugar adecuado donde sabe que le dirán justamente lo que estaba esperando. Pero el *show* de las persecuciones francamente debe mantenerse fuera del panorama deportivo, al igual que esa información donde se hurga demasiado en la vida personal de los atletas. Hoy en día es común ver en algunos diarios cómo ha crecido el interés de escrutar muy de cerca la vida privada de los deportistas. Supongo que hay motivos para pensar que el lector puede interesarse en las intimidades de un deportista, pero ninguno de ellos me parece periodístico. En más de una ocasión, me he encontrado pilotos, tenistas y beisbolistas a altas horas de la noche en sitios poco recomendables para un deportista de alto rendimiento, y la publicación de una nota al respecto me habría dado mucha popularidad, pero al atleta le habría costado al menos su matrimonio. Tengo unas fotografías de un piloto de Malasia, ex Fórmula Uno y millonario, que sale tan ebrio que si lo chantajeo podría volverme millonario yo también o al menos tendría una gran exclusiva. Pero me convertiría en un miserable.

Hay un fotógrafo mexicano que ha pasado por varios medios. Se dice que es un excelente trabajador de la lente. Siempre trata de sacar los mejores ángulos. Pero por alguna razón, siempre se mete en líos. Alguna vez, Lavolpe lo jaló de las orejas, casi le da de nalgadas aprovechando la diferencia de físicos, y en repetidas ocasiones ha tenido líos que han llegado hasta los golpes con gente de seguridad. Desde luego que jamás debe justificarse una agresión contra un reportero, fotógrafo, anesthesiólogo o mujer oriunda de Ciudad Juárez, pero algunos de sus colegas me explican que, en el fondo, al fotógrafo le gusta meterse en problemas, suele provocar con la cámara fotográfica y le fascina hacer polémica.

Y es que, reitero, la misión imposible prácticamente no existe en el periodismo deportivo. Simplemente hay que planear, programar, prepararse, solicitar, cumplir con algunas formas –como puede ser pedir una entrevista a través de los canales adecuados-, atreverse, insistir y nunca dejar de intentarlo por miedo al fracaso. Pero no hay necesidad de corretear a nadie por los pasillos del aeropuerto. Si te encuentras a Joe Montana de vacaciones con su familia en Hawai y tratas de entrevistarle cuando está desayunando, muy probablemente te dirá que no. Pero si te acercas, lo saludas y le pides atentamente que te conceda cinco minutos en el momento en que tenga libre, quizás tengas alguna oportunidad, y seguramente, si lo dejas en paz en Hawai y abordas, por ejemplo, durante una entrega de premios o algún acto de la NFL, te dirá que sí.

En el fondo, el periodismo de exclusivas sensacionalistas está sentando un mal precedente e incluso haciendo escuela. Hoy en día, un reportero que acecha todo el día enfrente de la casa de una supuesta celebridad es visto como un gran periodista, un dechado de profesionalismo, cuando en realidad no es más que un impertinente acosador.

Y ese estilo ha amenazado con salirse del mundillo de los espectáculos e invadir otras fuentes. En el Supertazón de Phoenix (2008), una conductora de TV

Azteca, que ya un año antes, dejando al descubierto el 70 por ciento de sus protuberantes pechos y el 90 de sus bronceadas piernas, había dado la nota exigiendo ser manoseada por los sorprendidos jugadores, volvió a insistir en ser el centro de atracción. En plena conferencia de prensa con la máxima figura del partido, el mariscal de campo Tom Brady, la enviada de Paty Chapoy le propuso matrimonio al solicitado quarterback. La televisora de Ricardo Salinas publicitó tal impertinencia como una arrojada ocurrencia que merecía la pena ser resaltada y celebrada. En realidad, no fue más que una estupidez, un pobre y facilón recurso para cobrar notoriedad y sobresalir en la guerra del “rating”. Mientras se define si la voluptuosa chica es atrevida, exhibicionista o simplemente imbécil, TV Azteca se hace de algunos puntitos que, a falta de ingenio, no habría podido agenciarse de otra forma. Quien más lamentó el bochornoso espectáculo fue un periodista gringo, que preguntó algo a Brady antes de que la libertina reportera interrumpiera con su solicitud de matrimonio, es decir, era tal su calentura por el mariscal de campo que ni siquiera tuvo la decencia de esperar su turno, sino que interrumpió apenas el periodista había hecho su cuestionamiento. Si se toma en cuenta que muy probablemente el reportero esperó muchas semanas, tal vez toda la temporada, para tener la gran oportunidad de hacerle una pregunta a Brady antes del Supertazón, seguramente nunca olvidará a la impertinente joven mexicana quien le echó a perder uno de sus mejores momentos en la cobertura del partido y que podría haber recordado el resto de su vida, pues no diario se entrevista a un multiganador de Super Bowl.

Las misiones imposibles, evidentemente, amenazan con convertirse en un espectáculo de la manipulación, la decadencia y el exhibicionismo. Por ello, si hay una gran nota a la redonda nunca hay que dejar de ir por ella, pero hay que saber darse cuenta cuándo es un mal momento, cuándo vale la pena y cuándo no, y estar listos para el triunfo y la derrota, pero nunca, por el amor de Dios, proponerle matrimonio a un entrevistado.

7. Peripecias del enviado internacional

“No soy un embajador con inmunidad diplomática”.

Bart Simpson cumpliendo un castigo en el pizarrón del salón de clases.

A fuerza de tanto empacar para un viaje de trabajo, no me preocupaba que sólo quedaran unas cuantas horas para volar rumbo a Brasil y aún no estuvieran listas mis maletas.

Aunque alguna vez, en 2001, llegué a Toronto a cubrir una carrera de automovilismo sin ropa interior en la maleta y tuve que lanzarme de urgencia al centro comercial más cercano para abastecerme de trusas, en general no cometo muchos olvidos.

Francamente, lo único indispensable para mí en un viaje como enviado de Notimex –y también en viajes de placer- es crema para el cuerpo y unas aspirinas. Me imagino, en cuanto a la crema, que porque mi madre me embadurnaba de cuanto menjurje se encontrara cuando era pequeño y eso me generó una piel infantilmente sensible, y lo segundo porque no soy bueno para soportar un dolor de cabeza por ligero que sea, mucho menos después de una noche en el extranjero en que una cena se convierte, invariablemente, en una serie de brindis repetitivos.

Por lo demás, puedo vivir sin calzones o algún otro atuendo o accesorio como lentes para sol, pero lo que nunca puede faltar si se trata de hacer una cobertura lejos de casa es un medio para enviar información. Anteriormente, podía variar desde una máquina de escribir, un fax o un teléfono. Hoy en día, basta con una *laptop* con internet y asunto arreglado. Pero para enviar información, naturalmente, hay que llegar al país al que eres comisionado.

Así que, como decía, quedaba poco tiempo para subir al avión que me llevaría a Sao Paulo en aquel octubre de 2006, cuando el alemán Michael Schumacher, después de cinco títulos mundiales, correría su última carrera y, en la misma función, dirimiría el campeonato mundial de la Fórmula Uno con el español Fernando Alonso, para entonces campeón reinante.

Aunque ese miércoles por la noche debía iniciar el largo viaje a Sudamérica, durante el día tenía que trabajar normalmente, así que pese a que ya eran como las tres de la tarde y el sol otoñal se dibujaba en las ventanas de mi departamento, que frecuentemente hace las veces de oficina, aún estaba checando información de las fuentes a mi cargo, me comunicaba por *messenger* con algunos colegas y terminaba de preparar material previo alusivo al Gran Premio de Brasil.

-¿Ya tienes tu visa? –preguntó por *messenger* un desagradable y malagradecido colega que gusta siempre de meterse en lo que no le importa.

Ni siquiera le contesté. Sabía que él sabía que yo iba a viajar a Brasil, así que seguramente me preguntaba por la visa brasileña porque se necesitaba visa brasileña. Sabía que él sabía que yo tenía visa estadounidense, y que no iba a viajar a Estados Unidos, así que no tenía sentido que me preguntara por la visa “gringa”, una herramienta obligada de cualquier reportero. Estaba todo muy claro. Me preguntaba por la visa brasileña. Al menos eso fue lo que deduje en algo así como cinco segundos.

Pero, santo Dios, cuando recogí el boleto de avión en el departamento de Adquisiciones de Notimex, la encargada me juró y perjuró que no necesitaba visa para entrar a Brasil.

-Siempre que necesitan visa los de la agencia de viajes nos avisan –dijo sin interrumpir lo que estaba haciendo.

Ahora que lo recordaba, me pareció que dudaba cuando le pregunté si estaba segura de que los mexicanos no requerían visa para entrar a Brasil. Y ya que recordaba mejor, me tomé muy en serio las palabras de una empleada poco confiable, de capacidad similar a la de los burócratas del gobierno (cualquier gobierno) y no corroboré la versión en la Embajada de Brasil.

Tampoco había reparado en que el entonces presidente Vicente Fox, en uno de sus tantos desvaríos de ranchero tequilero, había peleado con el gobierno de Brasil, igual que como lo había hecho con los de Venezuela, Cuba y Bolivia. Ya no éramos la nación hermana que solíamos ser en Latinoamérica y, por lo tanto, los brasileños habían dejado de vernos con ojos fraternos y, como hicieron con Estados Unidos, aplicaron el “ojo por ojo, diente por diente” endureciendo la política migratoria con ciertos países, entre ellos el nuestro.

De inmediato, exploré en el sitio en internet de la Embajada de Brasil y sí, en efecto, me di cuenta de que necesitaba visa para viajar a tierra del rey Pelé y sólo tenía cinco horas para resolver el inconveniente. Rondando la desesperación, copié los teléfonos de la Embajada y llamé en el acto.

Ni siquiera me contestaron. Ya había terminado el consabido horario de oficina. Estaba activada la contestadora automatizada y ahí, una voz árida e impersonal, me confirmó que sí necesitaba visa y que, peor aún, el trámite no duraba menos de dos días.

-Maldita sea.

Aunque ya tenía como 20 viajes como enviado internacional de Notimex, y más aún en coberturas nacionales, aquél a Brasil era, para entonces, el más

importante. No sólo era mi primera carrera de Fórmula Uno, el retiro de Schumacher y la definición del campeonato mundial, sino que era de los pocos que Notimex había autorizado costear por entero con recursos propios, pues muchos viajes de trabajo, al menos en el caso de Deportes, son por invitación.

Peor aún, el director general en turno –uno de los tantos que han pasado por Morena 110 durante la era panista- había autorizado el viaje con suma antelación, así que no había pretexto. No podía excusarme en la falaz información proporcionada por una burócrata incompetente. Tampoco podía perder el vuelo de esa noche para quedarme a sacar la visa en México. Tenía que idear un plan emergente. Tenía que entrar a Brasil a como diera lugar.

Después de algunas llamadas infructuosas, tratando de encontrar a un salvador que nunca apareció, me metí a bañar. Nótese que toda mi angustia por no contar con el susodicho documento la había vivido prácticamente en calzoncillos, una de las prerrogativas de trabajar en casa sin más compañía matutina que el gato.

Mientras me duchaba, me increpaba por haber confiado en una empleada inútil. Pero no me engañaba, los improperios contra la tipa aquella no tapaban la realidad, pues yo era el principal culpable por no haberme cerciorado de que, en efecto, no necesitaba visa. Me parecía por demás estúpido que nunca hubiera tenido un problema en Estados Unidos, a donde había viajado unas 20 ocasiones y donde las condiciones son aún más rigurosas.

Por si fuera poco, yo mismo me había hecho cargo de tramitar con prontitud la acreditación para el Gran Premio de Brasil ante la Federación Internacional de Automovilismo (FIA), con sede en París, con meses de antelación. De hecho, los trámites son casi tan engorrosos como abrir un negocio (legal) en México, ya que hay que enviar documentación original por mensajería a la capital francesa.

El avión despegaba casi a las 11 de la noche, por lo que debía estar en el aeropuerto poco después de las ocho. Ya eran las cuatro de la tarde, apenas me estaba bañando, no había comido, no había hecho maletas y, lo peor, no tenía visa.

-Te ves muy preocupado –me dijo mi pareja minutos después mientras comía. En realidad, pude comer muy poco. Una repentina y violenta gastritis impedía el paso de los alimentos hacia mi estómago.

No le contesté más que con un gesto de aflicción, pero pensé: “¿Y cómo quieres que esté? ¡Maldita sea!”

Sólo pensaba en un posible plan B, pero tan pronto como se me ocurría alguna idea, muchas de ellas disparatadas, como viajar por tierra desde algún país vecino, la desechaba, así que no estaba de más pensar en una buena defensa que evitara mi despido de Notimex.

De pronto, una luz brilló en el negrusco camino. Me acordé que mi vuelo era por LanChile y que hacía escala en Santiago, muy temprano al día siguiente. Chequé por enésima vez el boleto de avión y noté que la conexión hacia Sao Paulo salía por ahí de las 14:30 horas.

Comencé a hacer cuentas. Tenía seis horas para entrar a Santiago e ir a arrodillarme a la embajada brasileña en la capital chilena para que me dejaran entrar a su bello país.

“¿No se ha peleado Fox con Chile?... no, parece que no. Chile sigue siendo una nación hermana”, pensé con una leve esperanza.

Y también pensé en Salvador Allende y en Augusto Pinochet, y en que Chile sería un país injusto si pidiera visa a un ciudadano mexicano después de todo lo que hemos hecho por ellos. Ni el peor de los exabruptos de “Chente” justificaba acabar con esa relación fraterna entre andinos y aztecas.

No sé por qué, debió ser por la desesperación, pero también pensé en Carlos Reinoso y su gol al Boca Juniors en el Azteca, en el “Bam-Bam” Zamorano y hasta en el “Chamagol”. Obviamente, Pablo Neruda ni siquiera me pasó por la mente.

Volví a recurrir al internet para averiguar los teléfonos de la embajada de Chile en México y, felizmente, una amable grabación con acento chileno me confirmó que, “ciertamente” como decía Fox, un ciudadano mexicano sólo debe pagar un impuesto de 15 módicos dólares para entrar a sus anchas al país andino.

Seguí perfeccionando el plan. Incluso, acordé conmigo mismo que en caso de que esas seis horas de estancia en Santiago no fueran suficientes, podía quedarme un día más en Chile, es decir hasta el viernes, y tomar el mismo vuelo de las 14:30 horas a Sao Paulo. Podía sacrificar un día, lo que no podía hacer era no estar en Brasil al menos sábado y domingo. Incluso podía sacrificar el vuelo corto Santiago-Sao Paulo, pero no podía sacrificar el larguísimo México-Santiago.

Por fin hice maletas y, llegada la noche, el colega Francisco Hernández reportero de Radio Centro, pasó por mí amablemente a mi casa para darme un aventón al aeropuerto. Documenté mi equipaje y, después de unas últimas oraciones, subí al avión rumbo a Santiago.

Mi compañero de asiento fue un amable jalisciense que viajaba a Buenos Aires. Me fue contando todos los azares y avatares por los cuales viajaba solo, sin su esposa. No le puse demasiada atención o, más bien, no le di importancia a

su relato. Estaba demasiado preocupado, si bien una historia de desventuras ajenas podía distraerme un poco mientras completábamos al largo viaje de nueve horas a Chile.

Concluida la charla, sirvieron la cena, pero apenas pude picotear la comida. Un vino chileno me relajó ligeramente y al menos logré dormir un poco, sólo que tuve una pesadilla que involucraba a empleados de ventanilla, a Salvador Allende y a los sobrevivientes de los Andes. No porque fueran chilenos, sino porque habían encontrado la tragedia en la tierra del “Bam-Bam” Zamorano. Todos en una historia caótica sin pies ni cabeza que me hizo despertar casi de inmediato.

Creo que bebí una botellita de vino más, traté de leer un poco, me pasaron por la cabeza los relatos de un viejo compañero de la entonces ENEP Aragón que estuvo en Chile cuando el Colo-Colo ganó la Copa Libertadores en 1991, una historia social-político-futbolera que había conmocionado a todo el país y que inevitablemente terminaba en un encuentro amoroso entre mi amigo y una simpática chilena.

Finalmente, logré conciliar el sueño.

Desperté ya en el Cono Sur. Ya había amanecido. Los sobrecargos iban de un lado a otro cumpliendo los preparativos para servir el desayuno. Aunque me tocó junto a la ventanilla, me levanté para ir al baño a cepillarme los dientes despertando a mi vecino tapatío y al pasajero del lado del pasillo. No quería incomodar a mi compañero de vuelo con un desagradable aliento matutino, recrudescido por las secreciones gástricas de la angustia.

Regresé del claustrofóbico retrete a tiempo para el desayuno, horrible como casi siempre. Como en la cena, apenas logré comer una pequeña cantidad.

Intenté con fruta y jugo de naranja industrializado, y por lo menos mi estómago se calmó un poco.

Siguió la charla con mi vecino, ya sin confesiones de por medio, sino ahora sobre temas triviales para matar el tiempo, y entonces la nave estaba lista para aterrizar en Santiago, donde enfrentaría el reto más grande en, para entonces, mis casi 10 años en la Agencia Mexicana de Noticias.

El capitán hizo un aterrizaje casi perfecto y un pequeño escalofrío me pasó por todo el cuerpo. Había llegado la hora de suplicar por una visa. Tan pronto como descendieron los primeros pasajeros, fui a toda velocidad por mi equipaje y tomé camino rumbo a la salida del aeropuerto de Santiago. Fui de los primeros en llegar a las ventanillas, así que no tuve que hacer fila para pagar los 15 dólares e internarme en la capital chilena.

No acostumbro confiar en el primer taxista que se me pone enfrente en ningún lado, pero en esa ocasión no tenía mucho tiempo para elegir. Accedí a subirme con el primer sujeto que se me acercó, ataviado con un desgastado pero aún elegante abrigo, para ofrecerme el servicio de taxi.

Arrastrando mi maleta de rueditas, el taxista me llevó por el estacionamiento de la terminal aérea como si estuviera recorriendo un laberinto. Fue entonces cuando recordé que, como buen chilango, debía ser desconfiado por naturaleza. Pero ya era demasiado tarde.

Llegamos a su camioneta-taxi y subimos. Hasta entonces pude lanzar una mirada escrutadora al chofer. Parecía confiable, pero sólo Dios sabía. Incluso pensé que si me asaltaba o me secuestraba, ahora sí tenía un buen pretexto para no entrar a Brasil.

Me dijo que se llamaba Vicente y eso le dio cierta familiaridad al momento. No sabía que alguien en Chile pudiera llamarse Vicente y por instantes albergué la posibilidad de que a su loco padre le hubiera dado por llamarlo así en homenaje a Vicente Fernández. He visto eso y cosas peores en algunos viajes.

Le expliqué rápidamente mi compleja problemática y, notando mi impaciencia, me miró con condescendencia y simpatía tratando de calmarme.

-No te preocupes, todo va a salir bien.

Vicente me llevó en unos 10 minutos a la embajada brasileña y no sólo eso, sino que me dejó en la embajada, fue a estacionar el vehículo en una calle cercana y me fue a esperar al cuarto piso de aquel viejo edificio en pleno Centro Histórico de Santiago.

-¿Tiene cita?

-No, no tengo cita.

-Necesita cita... o venga mañana y le dan la visa el lunes.

-Mañana no puedo, vengo de México, la necesito ahora... podría hablar con el cónsul, es una emergencia.

-Todos tienen emergencias –me dijo el vigilante de la entrada mientras abría la puertecilla con fastidio y desinterés. Ya había cumplido con su deber de persuadirme de que volviera después, así que lo demás ya no era de su incumbencia.

Las oficinas, en un solo piso, consistían en unas pocas ventanillas, algunos privados improvisados al fondo, y unos sillones anaranjados con revistas en mesas de centro.

Tomé asiento y traté de hojear una revista, pero las manos me temblaban y mi estómago seguía protestando. De hecho, lo único que intentaba era conservar la calma mientras llegaba mi turno en la ventanilla. Sólo buscaba algo en qué entretenerme unos segundos para no seguir alimentando mis nervios.

-Adelante –dijo un tipo casi calvo y entrado en años, de voz amable, que parecía chileno.

Caminé hacia la ventanilla, me senté y comencé mi perorata. Mi mente lanzó de todo hacia la boca: la inútil burócrata de Notimex, la agencia de viajes, el Gran Premio de Brasil, Schumacher, Alonso, la pomposa acreditación de la FIA, la importancia de Notimex, mi trayectoria como reportero, Pinochet, Allende, Fox, Reinoso, Zamorano, “Chamagol” y su obsesión por “Chespirito”, el Colo-Colo, los sobrevivientes de los Andes y esa película sobre ellos que pasaban los sábados por la noche en el canal dos.

Si hacía falta, estaba listo para hablar de mis discos de Los Prisioneros y La Ley. No iba a escatimar en sólidos argumentos.

El amable sujeto, tratando de comprender mi enredado discurso, revisó mis papeles, echó un vistazo a la acreditación de la FIA, al programa del fin de semana en el autódromo de Interlagos, mi pasaporte con docenas de sellos y mi credencial de Notimex pasadísima de moda, con menos presencia y elegancia que una tarjeta de Liconsa.

Con lentitud se levantó con mis papeles y me pidió que regresara al sillón, a donde volví a frotarme las manos, observar el reloj de mi celular sin señal y

reanudar oraciones que siempre eran interrumpidas cuando apenas las había comenzando.

Si acaso pasaron tres minutos, que se me hicieron tres eternidades, y el hombre regresó a la ventanilla. Me dijo que le había explicado mi caso a la cónsul en jefe y que le había aclarado que debía estar en Sao Paulo el viernes temprano, que todo estaba en regla y no me preocupara más porque sí me iban a dar la visa.

No pude besarlo y abrazarlo porque, afortunadamente, había un cristal que lo impedía, pero al menos pudo observar con nitidez cómo la vida volvía a mi rostro y mis signos vitales, alterados desde hacía 20 agónicas horas, regresaban a la normalidad. Hace poco vi un documental sobre unos náufragos que pasan tres días en una isla sin agua y cuando una embarcación los rescata y les da de beber, su cuerpo se encarga de volverlos a la vida en cuestión de segundos tan pronto el agua comienza a fluir. Así debió suceder conmigo, después de mucho tiempo de angustia, mi cuerpo fue capaz de recobrase en cosa de segundos.

Volví a recorrer los aproximadamente cuatro metros que separaban las ventanillas de los sillones, aliviado más que feliz, y haciendo cuentas me percaté de que incluso me iba a dar tiempo de tomar un desayuno decente antes de regresar al aeropuerto a tomar el vuelo de las 14:30 en el que atravesaría los Andes y la ciudad argentina de Mendoza para llegar a Sao Paulo. Vaya, si acaso era pasadas las 10 de la mañana y ya había resuelto en unos cuantos minutos un conflicto que me hizo temer seriamente por mi empleo.

Traté de nuevo de echar un vistazo a las revistas de las mesitas, pero no conseguí entretenerme con ninguna. Tampoco había alguien con quien echarse una platicadita. Pero bueno, asunto resuelto, ya no había nada que temer.

De pronto, el hombre que me atendía volvió a aparecer entre los cristales de las ventanillas. Traía cara de duda así que mis pesares volvieron a dispararse de inmediato.

-¿Has viajado a Ecuador? –preguntó mientras hojeaba mi pasaporte.

“Me lleva”, pensé, “¿por qué me estará preguntando?”.

No podía mentirle. No tenía caso, él tenía mi pasaporte en las manos y estaba viendo una visa anterior de reciente ingreso a Ecuador.

-Sí –contesté titubeante.

-¿Te pusieron la vacuna contra la fiebre amarilla?

Me detuve algunos segundos a pensar la respuesta. Si la decía que sí, me iba a hacer alguna pregunta que me haría tropezar y entonces sí estaría perdido.

“¿Cuántas gotas te pusieron?”, me diría. Yo contestaría un número y entonces él me desmentiría diciendo que no eran gotas sino inyecciones. Y viceversa.

Decidí decir la verdad:

-No me la puse porque me dijeron que no era necesario. Fui a una zona urbana y la gente de la embajada de Ecuador me dijo que sólo había que vacunarse si vas a una zona rural...

-Mi amigo, si vas a entrar a Brasil y previamente estuviste en Ecuador, tienes, por fuerza, que ponerte la vacuna contra la fiebre amarilla.

“Maldita sea”, pensé. Entonces, vinieron en cascada los sentimientos fatalistas. Traté de refutar, pero me atajó.

-Mira, yo puedo ayudarte todo lo que quieras, pero si estuviste en Ecuador, no puedo hacer nada. Tienes que vacunarte contra la fiebre amarilla.

Y ahora dónde me voy a vacunar. Qué tal si hay que encargar la vacuna con semanas de anticipación. Qué tal si están en huelga. Qué tal si me dicen que regrese el lunes. Qué tal si simplemente no les da la gana vacunarme.

-Te voy a dar la dirección de un vacunatorio –dijo otra vez amablemente cuando vio que la angustia me regresaba al rostro.

“¿Vacunatorio?”, repetí para mis adentros. No sabía que esa palabra existiera.

-Es en el Hospital Salvador Allende, aquí cerca–dijo mientras anotaba la dirección en un pedazo de hoja.

Tomé el papel rápidamente pensando en que Salvador Allende no podía fallarme. No creí que prestara su nombre a un hospital que ni siquiera tuviera vacunas contra la fiebre amarilla para un angustiado periodista mexicano en busca de visa brasileña.

Salí hacia el elevador y ahí estaba Vicente, sentado junto a los elevadores, con su carota de buena gente y su abrigo de personaje de Onetti. Hasta entonces, no sabía que me esperaba.

Le expliqué el nuevo inconveniente y de inmediato tomamos el elevador. Había estacionado la camioneta a unas cuatro calles, mismas que caminamos a toda velocidad. Por primera vez, di una probada de la ciudad de Santiago.

Cuando llegamos a la embajada minutos antes era todavía muy temprano, pero ahora el bullicio reinaba en las calles.

Vicente me alertó que primero tenía que ir al banco a pagar el derecho de visa, que por cierto no era nada barata y de ahí iríamos al vacunatorio.

Pasamos al banco, lo cual nos desvió algunas calles, y nos dirigimos al vacunatorio. Pasamos por el Palacio de la Moneda, y lo noté ileso, sin un rasguño, llena de dignidad pese al paso del sanguinario dictador.

Llegando al hospital, Vicente no encontró sitio para estacionarse, así que me adelanté y entré a una salita que estaba atiborrada de chilenos que también tenían una emergencia. Vi muchas mujeres embarazadas, otros hastiados esperando por algo que supuse era una incapacidad y a otros que en verdad les dolía algo.

Llegó Vicente y preguntó por la vacuna. Ahí no era, no estábamos en el sitio correcto, teníamos que ir al otro lado, por la puerta principal de un edificio muy viejo, pero relativamente en buen estado. Algunos jardines por aquí, otros detalles acogedores por allá y un vacunatorio que nadie sabía dónde estaba.

Llegando a la recepción, vimos en un gran letrero todas las áreas del hospital. Por fin leí “vacunatorio”. “Siga la flecha blanca en el piso”, decía. Bajé la mirada y sí, en efecto, había una larga flecha blanca que se extendía como manguera por los corredores del hospital. La seguimos. Fuimos hasta el fondo, dimos vuelta a la derecha, luego a la izquierda, seguimos de frente, pasamos una gran cantidad de áreas y la flecha nada más no se terminaba. Después de un pequeño patio, por fin apareció el vacunatorio.

-¡Ya ves, amigo mexicano, ahí está! –me dijo Vicente con una gran sonrisa.

Pero de nuevo malas noticias.

“Regresamos en cinco minutos”, decía en un informal papelito pegado en la puerta del vacunatorio.

De nuevo, la cascada de malos pensamientos.

“Y si lo pegaron ayer, y si son los mismos cinco minutos de la burocracia mexicana, y si no regresan, y si en lugar de cinco minutos son cinco horas, y si se fueron porque se les acabó la vacuna de la fiebre amarilla y fueron a comprar más, y si hay desabasto de vacunas...”

Esperamos justo en la puerta. Pasó un minuto, que fue como un año, pasaron dos, pasaron tres, pasaron cuatro y pasaron cinco. Y nada. Nadie llegó. “Salvador Allende debe estar muy apenado en su tumba”, pensé indignado.

Luego de unos tres minutos adicionales, por fin apareció una enfermera de peso completo. Le conté de mis apuraciones y me dijo que tenía que ir a pagar a la caja. Para ahorrar tiempo, Vicente amablemente fue a pagar, algo así como 20 dólares, mientras a mí me pinchaban el brazo.

La enfermera me pasó al consultorio, me pidió que me sentara en una camita como las que tienen todos los doctores, sacó del refrigerador unas botellitas, preparó la jeringa y por fin me inoculó los microorganismos debilitados de la fiebre amarilla.

Llegó Vicente y le entregó el comprobante de mi pago y ella me dio una cartilla que da fe de mi resistencia contra la fiebre amarilla, enfermedad que, por cierto, no tengo ni la menor idea de qué pueda ser.

Cartilla número 32815.

Gobierno de Chile

Secretaría Regional Ministerial

Región Metropolitana

Certificado Internacional de Vacunación

Nombre: Francisco Ciprián Hernández.

Certificado Internacional de Vacunación contra la Fiebre Amarilla

Con el sello del Ministerio de Salud de Chile. Vacunatorio Internacional.

19 de octubre de 2006.

- **Después de la tempestad, viene la samba**

Por la noche, jugué billar y bebí cerveza brasileña en un bar donde un grupo toca samba los fines de semana. Pero apenas era jueves, así que los parroquianos debían limitarse a jugar una extraña versión brasileña de “pool” y entrarle duro a la “Brahma”. Muy buena, por cierto.

Mis anfitriones, un colombiano y un brasileño, estudiantes de posgrado en Matemáticas en la Universidad de Sao Paulo, que me dieron posada en una casa en algún sitio de la caótica ciudad, fueron muy amables y muy pronto olvidé la pesadilla diplomática que se había prolongado por más de un largo día.

Cuando regresé con la cartilla y el pago bancario esa mañana en Santiago, la embajada brasileña ya no tuvo objeción alguna en extenderme la visa. “Se la vamos a dar por cinco años”, me dijo el hombre lleno de satisfacción, como si hubiera hecho su buena obra del día. “Qué bien, yo la quería nada más por cinco días, pero bueno”, le respondí ya con ánimo para bromear.

A final de cuentas, me la dieron sólo por tres años, no sé por qué razón. No creo que haya sido porque amenacé al individuo que me atendía con hacerlo

vacunar contra cuanto bicho extraño se me ocurriera cuando él viniera a México. “Se la redujimos a tres años por esa amenaza”, dijo sonriente mientras yo seguía sobándome el brazo.

Siempre no pudimos pasar a desayunar, pero compramos algunas provisiones en un “súper” en el centro de Santiago. Vicente me contó que estaba crudísimo, así que aquel yogurth de una fruta muy parecida al durazno, cuyo nombre no recuerdo, le caía de maravilla. A mí también, porque mi estomago había vivido más de 24 horas de angustias.

Llegué con tiempo de sobra al aeropuerto, el taxista me despidió afectuosamente, me dio su tarjeta y dijo que lo llamara para que le contara mis aventuras en Brasil.

-Llámame para que me cuentes qué te dijo Schumacher. Seguro vas a regresar feliz y ya podrás tomarte unas cervezas tranquilamente -, dijo Vicente.

Por un malentendido con la línea aérea, fui el último en subir al avión hacia Sao Paolo, y perdí el vuelo de regreso a Santiago, para tomar la conexión hacia la Ciudad de México, así que no pude llamarle a Vicente para darle las gracias con cerveza en mano.

Pero ya no importaba. Pese a todas las vicisitudes, pude cubrir sin (más) problemas el Gran Premio de Brasil¹, vi campeón a Alonso y a Schumacher, despedirse con discreción. Bailé samba rudimentariamente, bebí cerveza y dormí muy poco. Casi nada en cinco días de estancia.

Inevitablemente, aquel episodio siempre me recuerda que, cuando se está lejos de casa, las eventualidades siempre están a la vuelta de la esquina. Las *laptops*, caprichosamente, a veces no funcionan (a un colega de Ovaciones

¹ Ver Anexo, pags. 150-153

siempre se le desbarataba la computadora en la maleta); en otras ocasiones simplemente no hay internet y hay que enviar información a la antigüita, o hay sitios recónditos donde los aparatos explotan tan pronto como los conectas.

Hay un reportero de deportes que siempre es recordado con hilaridad porque en un par de ocasiones le negaron la entrada a Estados Unidos porque no llevaba visa de trabajo, sólo de turista. Y es que no puedes decir que vas a trabajar si llevas visa de turista. U otra ocasión, no menos simpática, en que se conectó a internet en Montreal marcando de larga distancia a México. ¡La cuenta fue de 250 dólares!

“Tengan cuidado hasta cuando crucen la calle”, nos suplicó el doctor Jorge Medina Viedas, que dirigió brillantemente Notimex en la década de los 90, a los enviados que cubrimos el Mundial de futbol de Francia en 1998.

Siempre he tomado en cuenta ese consejo. Nada está de más. Mucho menos aquellas mañanas en el metro parisino cuando me topaba con turbas iracundas de aficionados holandeses, ingleses y/o argentinos, cuyos desafiantes cánticos retumbaban en los andenes.

El caso es que, para hacer frente a las complicaciones de un enviado internacional, una buena lección es la postura de un rollizo reportero de Radio Centro, que a donde quiera que va siempre lleva su hospital ambulante en una bolsa de plástico. Yo mismo me he curado de dolorosos males con las medicinas de esa bolsa mágica que, me imagino, debe contener hasta Viagra.

Y es que nunca se sabe cuando vas a llegar a un país lejano sin calzones, sin aspirinas, sin computadora o de plano sin una visa que ahorre una buena cantidad de sufrimientos.

8. Renovarse o morir. Cuando la monotonía se apodera del teclado

“Papi, nuestra bebé se ha ido... Ella (¿qué hicimos mal?) se está (no sabíamos que estaba mal) divirtiendo (diversión es una cosa que el dinero no puede comprar). Algo adentro que siempre negaste por muchos años (adiós, adiós). Ella se va de casa”.

The Beatles en “She’s leaving home”

He trabajado los fines de semana casi desde que tengo uso de razón o hasta donde me llega la memoria. Primero fue en un negocio familiar cerca de casa que atendía sábado y domingo durante algunos años para costear mis necesidades más elementales. Después, al terminar la carrera, en El Herald de México, donde no sabía nada de fines de semana, fiestas familiares, bodas o bautizos porque había que estar en la redacción. Después tuve algunos fines de semana libres, cuando hacía síntesis informativas en horario madrugador, pero en cuanto me contraté en la sección cultural del Unomásuno, otra vez los sábados y domingos dejaron de ser míos y pasaron a ser propiedad de una empresa.

Cuando ingresé a Notimex, los fines de semana, excepto por las noches, no tenían algún significado familiar para mí. De hecho, mi familia se acostumbró a no verme esos días y ya ni siquiera se tomaba la molestia de invitarme a algunos festejos. Vaya, ni me enteré cuando mi sobrina Paola, ya fallecida, hizo su primera comunión. Tampoco me enteré de muchas otras comidas en casa. Ya como reportero en esta década, alcancé una racha de cuatro cumpleaños consecutivos fuera de casa.

El asunto se complica más porque mi papá cumple años un día antes que yo, por lo cual ausentarme de un cumpleaños mío también es ausentarme de un cumpleaños suyo. De hecho, recuerdo en los últimos años haber estado en Costa Rica un par de veces, Colombia, Ecuador y hasta Saltillo el día de mi natalicio,

pero no recuerdo cuándo fue el último cumpleaños que verdaderamente estuve en casa y no a través de una llamada telefónica.

A mi llegada a Notimex, pronto hice una rutina llevadera, en particular los fines de semana. Como editor en esos primeros años en la agencia, había que llegar a las cuatro de la tarde a la redacción, ponerse al tanto de la información que se había enviado y de la que faltaba por manejar. Había momentos verdaderamente intensos, sobre todo el domingo, porque justamente es cuando se juega todo: fútbol, beisbol, fútbol americano y todo lo habido y por haber en el mundo deportivo.

Cuando había pasado el vendaval dominical, por ahí de las ocho de la noche, nos tomábamos unos minutos para cenar, relajarnos un poco y en general hacer algo que nos hiciera olvidar un poco la carga dominical de trabajo.

En otros pisos de Notimex, en otras secciones, sucedía lo mismo, así que compañeros de otras áreas, cuando estaban más despejados, pasaban un rato a Deportes, se ponían al tanto de lo que había pasado con su equipo favorito y algunos charlaban un rato con nosotros.

Uno de ellos en especial, un jefe intermedio de la llamada Mesa de Operaciones Nacionales, solía hablar cada domingo del ejercicio periodístico, tanto de lo teórico que todo mundo sabe, incluso las universidades, como de lo práctico, que sólo viven y sufren los que han estado en una redacción hasta la una o dos de la mañana o los que reiteradamente tienen que estar lejos de casa haciendo alguna cobertura.

Invariablemente, después de hablar de todas las comidas familiares que se había perdido, de todo lo que había crecido su hijo mientras él no estaba en casa, de lo linda que era su familia pese a todo y de los sacrificios que debe hacer un

periodista no tanto para alcanzar la fama, sino para pagar las cuentas del hogar, remataba con la frase: “Y si volviera a nacer, lo volvería a hacer”.

Supongo que con esas palabras aquel viejo compañero, cuya vida se fue completamente al carajo no por el periodismo sino por una colombiana de Internacionales que, abusando del poder de su fino trasero, lo hizo como trapo y le hizo perder a su familia, tenía la intención de ilustrar su amor por el periodismo, el cual era de tal magnitud que si llegaba el caso de vivir una segunda vida, la viviría de la misma forma, atado a la tarea periodística.

No era que abiertamente discrepara de la frase del compañero. Respetaba su amor por el periodismo, aunque en el fondo no me parecía que fuera mayor al que teníamos mis compañeros de redacción y yo. Simplemente, aunque siempre he sentido cierta pasión por el trabajo cotidiano, no estaría dispuesto, si se diera el caso, a vivir una segunda vida exactamente como la primera. Sería una tontería. Y no por los sacrificios, sino por todo lo que me he perdido, lo que no he logrado hacer, simplemente por ser periodista o reportero.

Mi punto en ese entonces –y ahora también- es que si Dios, o quienquiera que esté a cargo, me diera una segunda oportunidad de vivir, aprovecharía para cumplir otros sueños que he tenido que postergar como tener una casa en la playa, y ser unos de esos pescadores que nunca se agobian ni estresan pese a que tienen varias mujeres, muchos hijos y muchas deudas, y eso no parece importarles.

Y es que el periodismo es una profesión como cualquier otra. Es tan emocionante o predecible como cualquier otra. Tan estimulante o sucia como cualquier otra. Tan maravillosa o vergonzosa como cualquier otra. Tan mal pagada como cualquier otra.

Por alguna razón que no entiendo algunas personas piensan que un periodista es una persona especial, una celebridad. Cuando uno dice que es “periodista” inmediatamente aparece una extraña sensación que no he alcanzado a comprender, como si en verdad fuéramos celebridades o algo por estilo, porque el oficio de periodista, aunque importante, no lo es más que el de un médico, un astrónomo, un taxista, un profesor de universidad o un albañil.

En muchas ocasiones, un periodista es testigo de la historia, los ojos y los oídos del lector, y eso desde luego que es un privilegio. Sin embargo, ser testigo no implica ser protagonista, lo cual es infinitamente más importante. Nosotros no tiramos penales, ni pegamos jonrones, ni lanzamos pases de anotación. Sólo lo cronicamos. Eso no cambia porque Televisa organice esa farsa en la que algunos de sus comentaristas se hacen pasar por atletas olímpicos. Una total falta de respeto, ni duda cabe, para los verdaderos atletas. Como si para ser deportista de alto rendimiento bastara con unos cuantos días que si acaso servirán para bajar la panza. Pero es el circo de los medios de hoy en día. Como la televisión piensa que un atleta, que no sea un futbolista, no importa a ninguno de sus televidentes, y le da pereza elaborar el trabajo periodístico que desvele el talento y mérito de un deportista de verdad, prefiere disfrazar al “Perro” Bermúdez, o a quien sea, de atleta, para que los simples mortales vean qué interesante puede ser un deporte cuando lo practica una figura de la pantalla.

En viajes internacionales, me ha tocado que nos llegan a preguntar sobre el motivo de nuestra visita a tal o cual país. Cuando se le explica a la gente nuestro trabajo, de inmediato se piensa que somos una especie privilegiada que viaja mucho y disfruta las mieles de la fama. “Se la deben pasar de maravilla”, me dijo una mujer cuyo esposo nos dio –a mí y a un colega de El Sol de México– un aventón del hotel a un autódromo en Fontana, California. Y es que mucha gente tiene la percepción de que el periodista es aquel sujeto que entra gratis al fútbol y a los conciertos musicales. Desde luego, no se trata de eso. Hay muchos viajes de por medio, pero distan mucho de ser vacaciones. Por supuesto, no lo

son. Siempre pongo el ejemplo de que he estado en Atlanta en cuatro ocasiones, pero nunca he puesto un pie fuera del aeropuerto. En la misma redacción, surge la envidia cuando un reportero llega a hacer viajes frecuentes. Se piensa que vamos a pasear y a divertirnos, nunca que estamos haciendo un trabajo como cualquier otro, que estamos lejos de casa mientras nuestros hijos crecen y que muy seguramente pasamos la noche en un hotel pestilente porque en muchas ocasiones los viáticos no alcanzan para gran cosa.

Desgraciadamente, al menos en México, ser periodista no tiene nada de especial porque cualquiera puede serlo. No cualquiera puede levantarse temprano y pegar tabiques todo el día bajo los rayos del sol apenas con una pobre comida en el estómago. Pero cualquiera puede ser reportero, sin necesidad de estudiar o realmente tener vocación. Lejos han quedado aquellos tipos cultos que, habiéndose formado en otros campos, llegaban al periodismo porque en ese oficio encontraban su verdadera vocación. De hecho, el periodista de aula es una cosa realmente reciente. Antes, los grandes periodistas se hacían en la vida y justificaban su llegada al oficio con creces.

Pero los tiempos han cambiado. Los Manuel Seyde y Fernando Marcos no se dan en maceta. En deportes, cualquiera con ciertos conocimientos sobre los campeonatos del Guadalajara, los goles de Hugo Sánchez o el “gancho espacial” de Kareem Abdul-Jabbar se cree con derecho a ser periodista. Existe una leyenda, confirmada hasta el cansancio por fuentes cercanas, incluso testigos presenciales, de que dos famosos cronistas deportivos de Televisa eran taqueros antes de convertirse en flamantes contrataciones de Chapultepec 18, y todo porque sorprendieron al entonces jefe de Deportes porque sabían quién había anotado los goles del juego América-Zacatepec del torneo de liga 1983-1984 o cuántos penales falló el Irapuato una temporada después. Eran taqueros obsesionados con el fútbol, y algunos otros deportes, y eso los hizo periodistas.

En efecto, cualquier taquero bien informado puede ser periodista. Muchos son taqueros bien informados y por eso no importa si tienen talento para hacer una transmisión por televisión, tomar un micrófono de radio o teclear una nota. Cada año, cientos de personas, habiendo o no pasado por una universidad, habiendo o no estudiado periodismo, buscan ganarse la vida en el periodismo, sobre todo en el deportivo, no obstante que no tengan una pizca de talento y/o vocación, simplemente porque, como aquellos taqueros fanáticos, más o menos están bien informados. No en balde esa obsesión de convertir a los deportistas o exdeportistas en analistas o columnistas, cuando ni siquiera saben escribir su nombre.

La gran mayoría no encontró otra cosa a qué dedicarse, a otros los deslumbra y les llena el ego el decirse “periodistas” y otros cínicamente lo ven como tabla de salvación por no haber hecho nada por su vida cuando tenían menos de 20 años. Porque nadie puede fingir ser médico, abogado o ingeniero, aún siendo bueno o malo, pero muchos pueden fingir ser periodistas.

En ningún lado como en México, por ejemplo, los seriales internacionales de automovilismo reparten tantas acreditaciones. En especial en la Ciudad de México, cuando corren en el Autódromo Hermanos Rodríguez, los campeonatos tienen que ingeniárselas para acreditar a todos los solicitantes. Increíblemente, en ciudades como Nueva York, Houston, Los Angeles, Chicago o Miami no existe ese problema. Sólo en la capital mexicana. La razón es que en México todo mundo con una página de internet o un suplemento que ensucia las manos con sólo agarrarlo se siente periodista. En esas carreras internacionales en el Hermanos Rodríguez, los reporteros de la fuente vemos a gente que nunca habíamos visto, pero que tiene un portal de internet, una revista que sale una vez al año y por eso se acreditan ellos, sus amigos, familiares y conocidos. Les gusta sentirse influyentes y pensar que pueden repartir acreditaciones a los vecinos. Y van a la carreras no a ejercer de periodistas, a realizar un trabajo periodístico,

sino a ver si les regalan una gorra o un llavero y, supuestamente, a sentirse importantes por un día.

Lo hacen en el medio periodístico porque no lo podrían hacer en un quirófano, un tribunal o en la cocina de un restaurante. Quizá también podrían encontrar cabida en la política, donde no hace falta ni preparación, ni ética, ni escrúpulos, pero cuesta más trabajo por aquello de las palancas. No es casual que Jorge Kahwagi sea diputado, *playboy* y ¡director de un periódico! Por el contrario, es la combinación perfecta para quien realmente no sabe hacer nada.

Entre los golpes del poder y la economía, la pobreza periodística es escandalosa en todos los niveles. Por un lado hay que escribir sin molestar a algún poderoso y por otro lado, sin bases, preparación y talento, hay que hacerlo sólo para llenar espacio. Basta echar un vistazo a una crónica deportiva en cualquier diario español y de inmediato se ve la diferencia de capacidades entre el periodista talentoso, que se ha preparado para ello y que se le paga por ello, y el taquero bien informado, el exfutbolista transformado en comentarista televisivo que sólo gimotea y balbucea porque no sabe hablar y el muchacho que no encontró otra forma de ganarse la vida, tratando de hacerse pasar por periodistas.

Hoy en día en el ámbito deportivo, y lo digo con pleno conocimiento de causa, prácticamente ningún medio, ni siquiera La Jornada, se atreve a desafiar a los poderosos. Basta una llamada telefónica de un poderoso, molesto por una información que no es capaz de desmentir pero tampoco reconocer, para que un reportero sea cesado, relegado u olvidado. A veces ni siquiera es necesaria una represalia contra el reportero, basta que el influyente hable/almuerce/negocie con el jefe o los jefes para escabullirse de una polémica. Por eso pocos medios se mostraron solidarios con Ana Guevara, porque en México toleramos a alguien que critica, pero sólo un poquito y enseguida lo hacemos a un lado y tratamos de hacer como que no existe, porque no podemos soportar a un empecinado que

habla y habla no para ser escuchado, sino para que se corrija lo que está mal como pretendía la velocista sonorenses. “Ya se cree Dios”, decía frecuentemente un conocido hombre de la televisión deportiva cuando se refería a Ana, sólo porque sus jefes no podían tolerar semejante desafío, y al periodista, desde luego, le fascina decir lo que sus jefes –parte del poder- quieren escuchar.

Porque si la gente común y corriente piensa que el periodista es alguien especial, el poder lo ha reducido a poca cosa. Ciertamente es que algunos que se hacen pasar por periodistas sólo van a desayunar a las conferencias de prensa o incluso a robarse los sobrecitos de azúcar, pero el poder se ha aprovechado de la coyuntura y ha golpeado con todo al gremio. Un reportero debe cobrar poco, porque siempre hay miles dispuestos a hacer el mismo trabajo por menos dinero, y no debe incomodar a algún poderoso que bien puede ser dueño de un medio de comunicación o amigo de algún propietario de medios. Pero la dura crisis económica es mala consejera. Y la avaricia también lo es. Cualquiera es capaz de traicionar a su propio padre, como hicieron los actuales dueños del Reforma, con tal de apoderarse de una empresa, y cualquier polluelo se convierte en un buitres temible como los que crió durante años José Ramón Fernández, a quien tan pronto como salió de TV Azteca le tiraron violentos picotazos. Ebrios de poder y vanidad, los buitres corrieron al hijo de la empresa, luego de adularlo por años, apenas el padre dio la media vuelta.

La necesidad, como decía, es dura. Ahí mismo, en TV Azteca, contratan reporteros a prueba durante tres meses sin un peso de sueldo. Después les dan algún contrato desventajoso a cambio de 4 mil pesos y finalmente los corren para iniciar de nuevo el ciclo con algún otro necesitado.

En ese escenario discurre el trabajo periodístico. Como cualquier otro asalariado, el reportero no se levanta maquinando una gran nota, pensando en un trabajo que pueda marcar la diferencia respecto a lo que hizo el día anterior, sino

en checar el saldo de su tarjeta para saber si tiene posibilidades de llegar sano y salvo a la quincena.

En un diario, sobre todo en los no especializados en deportes, que sólo publican una sección deportiva cotidianamente, el reportero no está obligado a escribir notas como si su vida dependiera de ello y muchas veces se privilegia algún género más elaborado que requiere de tiempo, pero no de miles de teclazos sin ton ni son.

Pero en una agencia de noticias como Notimex, hay que hacer la tarea diaria. Si surge alguna entrevista especial o algún tema en particular, eso no implica que el reportero pueda descuidar las notas del día. Por nada del mundo se debe descuidar la información cotidiana, porque al fin y al cabo esa es la esencia de una agencia informativa, pero eso quita tiempo y espacio a la hora de tratar de salir de la rutina y la monotonía.

En Notimex no existe un mínimo de producción requerido, pero la única evaluación que se llega a hacer es numérica, es decir, cuántas notas hizo un reportero durante un mes. Nunca se cuenta el número de exclusivas, entrevistas a fondo y reportajes, sólo se determina el esfuerzo y la rentabilidad de un reportero de acuerdo al número de notas que hizo, sin importar lo horrible que pudieran haber estado. Una entrevista rutinaria con el “Conejo” Pérez al final de un entrenamiento vale lo mismo que un reportaje bien trabajado. Como he citado en otros capítulos, en Notimex hay reporteros que dictan notas a la redacción no por una necesidad informativa en particular o porque en verdad valga la pena, sino porque es su mejor forma de justificar su presencia en la nómina.

¿Cómo mantener la pasión y el interés cotidiano por un oficio que poco a poco se va tornando monótono, cuando hay que hacer cinco, seis, siete notas informativas de los mismos temas que el día anterior sin oportunidad para experimentar en otros géneros?

En realidad no lo sé. Después de más de 11 años en Notimex, en ocasiones, debo admitir, el trabajo me empieza a parecer rutinario e insípido.

Supongo que la respuesta es la misma que en cualquier otra profesión. A la fecha, no concibo hacer mi trabajo sin alicientes ni motivaciones, y supongo que los mejores siempre salen de uno mismo. Por eso, cada mañana se debe escudriñar en qué podría ser interesante para el lector. Nunca olvidar que el lector es inteligente y por tanto no se conforma con poca cosa. Los viajes y los grandes eventos despiertan un interés natural, no así la información rutinaria que aparece todos los días.

Por dentro, no hay que olvidar que un poco de ingenio puede hacer la diferencia entre una crónica bien hecha y una que debe ir a parar al cesto de la basura. Pero la principal motivación para mantener la pasión bien puede estar por fuera. Supongo que un periodista nunca debe olvidar prepararse, ir al cine, leer, tomar vacaciones, viajar, estar con la familia, escuchar música, bailar, salir a pasear, hacer el amor y todas esas cosas, extremadamente sencillas, que hacen que la vida en verdad valga la pena. La pasión por el trabajo no debe estar reñida con la pasión por la vida. Habrá sus excepciones, pero no me concibo como un periodista, cuyo género favorito es la crónica, capaz de crear alguna frase que pueda cautivar al lector si no existe pasión en las cosas más elementales de la vida. Porque escribir es un acto creativo. Y para crear se necesita una mente trabajadora, propositiva, curiosa, feliz.

En septiembre de 2005, cuando inventé aquella horda de pretextos para pasar un mes en Nueva York, hubo una tarde en que me sentí verdaderamente triste, deprimido, sin motivación para salir de aquel cuarto miserable que me había dado la YMCA a precio de oro. Por absurdo que parezca, no era suficiente aliciente estar en Manhattan, cubrir juegos de los Yanquis, estudiar inglés y escribir sobre lo que me diera la gana. En particular, ser un tipo depresivo me

pareció una completa patraña en la misma ENEP Aragón aun siendo escucha de The Cure y Pink Floyd, así que no iba dejarme llevar por un mal sentimiento y de pronto, para paliar la soledad, se me ocurrió salir a la calle, caminar y tomar fotos. Caminé desde West Side en Central Park hasta la Quinta Avenida y empecé a tomar fotos. Con una cámara de turista, traté de tomar algunos encuadres más o menos interesantes. Tomé todo lo que se me ponía enfrente, desde los carruajes que dan paseos a los turistas por Central Park, hasta calles, museos, edificios, gente, carritos de *hot-dogs*. Y funcionó. Hoy, a la distancia, lo veo como el ejercicio más estimulante que hice durante un mes completo en Nueva York. Nada me motivó más para seguir adelante en mi aventura neoyorquina que un par de horas tratando de captar la vida en una cámara Cybershot de 3.5 megapíxeles.

Incluso un aumento de sueldo, que no le cae mal a nadie, no siempre es el aliciente para sacar del letargo a la masa reporteril. A principios de 2008, como parte de la transformación de la Agencia Mexicana de Noticias en Agencia del Estado Mexicano, a todos los reporteros se les unificó en una misma categoría, de tal manera que el sueldo de un categoría A y AA pasó a ser el nada despreciable AAA. Desde luego, la buena noticia fue tomada con júbilo por todos nosotros. Muchos pensaron que, al tener reporteros bien pagados, era el inicio de un verdadero cambio en Notimex que, ni duda cabía, transformaría la agencia casi desde la raíz.

Naturalmente, no fue así. En nuestros rostros había la genuina convicción de, ahora sí, convertirnos en los periodistas que el país reclama. Pero fue como la promesa del niño malcriado que jura portarse bien. Unos meses después, en este mismo 2008, no he visto una sola línea en alguna nota que refleje algún cambio positivo en nuestro trabajo. El jugoso aumento sólo hizo que los reporteros se aferraran aún más a su puesto, porque nadie va a renunciar a un sueldo más o menos decente, compensaciones, bonos y una buena cantidad de vales de

despensa, en especial a final de año, pero no hizo que el material informativo de Notimex fuera mejor.

Supongo que un buen sueldo ayuda, eso es innegable, así como adecuadas condiciones de trabajo, porque actualmente muchas áreas de Notimex trabajan con 0.1 computadoras per cápita, la mayoría de ellas de cuando los “walkman” estaban de moda, o sea que ahora ya son inservibles. Pero, insisto, un reportero necesita de un buen mariscal de campo, un guía que le indique el camino. Requiere, además, de ingenio, amor, pasión, preparación y talento para hacer su trabajo, pero también de cierta adicción por la vida que le permita no dejar de hacerlo.

Como hace casi 20 años, cuando no me pareció estimulante dejar la escuela como algunos de los vecinos con los que crecí, la Universidad vuelve a ser la respuesta. No la única, pero sí una de ellas.

Una de mis grandes pasiones ha sido escribir, pero a principios de 2008 estaba un poco harto de hacer siempre lo mismo, así que se me ocurrió que, para variar, podía escribir algo diferente. Y no encontré mejor pretexto que trabajar en mis memorias de desempeño profesional. Fue curioso darme cuenta que aunque me gano la vida escribiendo, me fue algo complicado dejar por un rato el estilo al que estaba acostumbrado en el trajín de la vida diaria y explorar una prosa diferente.

Visto en retrospectiva, me doy cuenta que cuando me fatigo de la faena cotidiana simplemente dejo de hacerla. La mejor forma de mantener la pasión por el trabajo cotidiano es dejarlo por un rato y hacer otras cosas. Viajar, hacer la tesis, tomar algún curso, practicar algún deporte extremo, ver Los Simpson con los hijos y tomar un curso de cocina son la mejor receta para mantener el interés por el periodismo cotidiano.

Algunas figuras del periodismo deportivo, que cobran cientos de miles de pesos con tanta aparición en la pantalla o programas de radio, son infatigables, aparecen en todos lados. Llevados más por la ambición que por el profesionalismo, son capaces de no descansar un día al año. Ciertamente que no es lo mismo hablar que escribir. Siempre será más sencillo hacer algún comentario en un programa de una hora que crear a partir del lenguaje escrito. Pero aún así se nota cuando esas figuras no tienen nada más que decir y por eso dicen lo mismo todos los días y en todos lados, aunque no son capaces de aceptarlo. Siempre será preferible acaparar espacios que darle oportunidad a alguien que verdaderamente tenga algo que decir. Me he preguntado cómo le hace Antonio de Valdés para hacer tantas apariciones en radio y televisión. Pero me he preguntado más cómo le hace el público para soportarlo en todos lados, siempre diciendo lo mismo, desde que amanece hasta que anochece.

En síntesis, quizá la mejor receta contra la monotonía la descubrió el malévolo señor Burns de Los Simpson, que ante una queja de Homero se dio cuenta que un poco más de salsa tártara en el almuerzo podría hacer obreros felices y ahorrarle millones de dólares en accidentes.

“Cinco centavos más de salsa tártara podrían ahorrarnos millones en una fisión nuclear. Denles más salsa tártara”, ordena Burns en ese capítulo.

En la vida cotidiana de un reportero, quizá cinco centavos de salsa tártara serían suficientes para hacernos felices y mantenernos motivados en el día a día ante los embates de la realidad.

9. El camino hacia la profesionalización

"Nosotros trabajamos mucho, intensamente, todo el tiempo. No hay una inspiración momentánea que llegue a darnos la respuesta. Al contrario, hay que trabajar y trabajar para poder obtener un resultado satisfactorio. Pienso que las ideas se deben meditar, comentar, imaginar, aun antes de hacer la primera línea. Después vendrá una laboriosa búsqueda de la respuesta que creamos correcta. Esta búsqueda, al igual que a ustedes, nos cuesta mucho trabajo".

Luis Barragán (arquitecto mexicano)

Previo a la serie final de la Liga Mexicana de Beisbol entre Tigres de Puebla y Saraperos de Saltillo en la temporada 2005, a finales de agosto, yo sufría de una fuerte infección en la garganta y regiones aledañas que me tenían en pésimo estado tanto físico como anímico.

No me hacía la menor gracia salir de mi casa y viajar a Saltillo, donde seguramente me esperaba un calor infernal típico del verano, ni trasladarme al horrendo clima de Puebla, donde siempre llueve, hace mucho frío y mucho calor, y no se diga el viento gélido que llega del Popocatepetl. A veces todo en un mismo día. Además del clima, francamente no es muy agradable viajar a la "Angelópolis", pues la gente no es muy amable que digamos, menos cuando se pone ebria en un estadio deportivo, y la comida poblana tiene gran fama pero, ya sea por mala suerte o por crueldad del destino, cuando voy a Puebla siempre me toca algo frío y en el Estadio Hermanos Serdán, aledaño al Cuauhtémoc de futbol, las semitas están tan duras como piedra de molcajete.

Pero no tenía opción. No podía reportarme enfermo, pues la Liga Mexicana ya tenía comprados mis boletos de avión a Saltillo, y hoy en día cambiarlos resulta virtualmente imposible, y tan pronto como terminara la serie

final viajaría un mes a Nueva York en la aventura que ya relaté. Por supuesto, no iba a permitir que una infeccioncilla me alejara de mis deberes periodísticos.

Tuve que ir al doctor un día antes de viajar y adquirí todo el paquete de penicilina para hacer frente a la enfermedad. Pero había un problema: no tenía quién me inyectara. Por la tarde, busqué cerca de mi casa alguien que me pinchara el glúteo pero no encontré a nadie disponible. El clima era terrible, llovía y hacía frío, así que no tuve ánimos de continuar la búsqueda y decidí regresar a casa todavía con la jeringa en la mano.

Después de pensarlo seriamente, me di cuenta que no tenía más alternativa que inyectarme yo mismo, no sólo porque en ese momento no encontraba a alguien más que lo hiciera, sino que si iba a andar más de una semana fuera de casa cubriendo siete juegos de la serie final, era muy probable que se me volviera a presentar el mismo problema.

Inspirado en los pitchers del beisbol, que calientan y calientan antes de lanzar su primera bola de verdad, comencé a calentar el brazo, ayudado por el espejo, imitando el movimiento exacto que necesitaba para inyectarme yo mismo. Repetí el movimiento una y otra vez, calculando dónde debía entrar la aguja exactamente, con qué fuerza y a qué distancia debía iniciar a tomar vuelo para que se enterrara con firmeza pero sin dolor al mismo tiempo. Cuando sentí que dominaba el movimiento a la perfección, me envalentoné y comencé a preparar la solución. La agité con vigor, mojó un algodón (ya tenía el pantalón abajo) y retomé la perspectiva que me daba el espejo. Hice el movimiento un par de veces más, me prometí no vacilar y hacerlo tal y como lo había entrenado. Entonces me decidí y enterré la aguja en la nalga derecha. No sentí dolor y me di cuenta que el movimiento había salido perfecto. Donde puse el ojo, puse la aguja. Empecé a presionar para inyectar el líquido, lo cual me costó un poco más de trabajo pues eso, por razones obvias, no lo pude practicar, pero pronto encontré la técnica adecuada y logré hacer la maniobra sin contratiempos. Saqué la aguja

con firmeza y puse el algodón en la incisión. Fue un rotundo éxito. Me sentí triunfante, eufórico.

Al otro día empezó la final. El periplo era México-Puebla-México-Salttillo-Puebla-México. El grupo de reporteros viajó a Puebla en autobús para los dos primeros juegos, regresaría a México para tomar el vuelo a Saltillo y así sucesivamente hasta que algún equipo ganara cuatro juegos de siete posibles.

Instalado en el hotel de Puebla, unas horas antes de salir al Hermanos Serdán para cubrir el primer partido, dejé el cuarto y fui a comer algo. Comprobé que el clima era terrible. Hacía mucho frío y amenazaba con llover. De regreso a la habitación, la cual no compartía con ningún colega, llegó la hora de ponerme la segunda inyección del tratamiento. Desafortunadamente, había que empezar de cero completamente porque ese día tocaba el glúteo izquierdo. Todo había sido un éxito con la mano derecha, pero la izquierda era otro asunto. Por un momento intenté buscar a alguien que me auxiliara, quizá el médico del equipo visitante que se hospedaba en el mismo hotel, pero no encontré a nadie. Era inútil, en el *looby* había mucha gente, era un desorden tremendo, pero no había alguien que tuviera facha de doctor. Incluso pregunté en la recepción pero no supieron que hubiera un médico a bordo. Regresé a mi habitación, bastante cansando y desmejorado, y repetí la rutina del día anterior, sólo que con la izquierda. Desde el principio no me sentí muy confiado. Ayudaba en algo que en la puerta del baño hubiera un espejo casi de piso a techo que al menos me permitía tener una perspectiva completa. No había opción, tenía que inyectarme o seguir la serie final enfermo y débil, y de ahí viajar a Nueva York en pésimo estado. Me hice de valor y enterré la aguja. Lo hice en el lugar correcto, lo cual me animó en cierta forma a seguir adelante, pero no con la fuerza suficiente para que la aguja se enterrara del todo, así que tuve que terminar de meterla a presión. Me dolió un poco, pero no tanto como esperaba. Entonces comencé a inyectar el líquido y ahí vinieron los verdaderos problemas. Mi torpeza con la mano izquierda hizo que tan pronto como disparé para que saliera el líquido hacia mi torrente sanguíneo,

volví a sacar un poco la jeringa. Lo peor es que no me di cuenta que no había la profundidad adecuada, y cuando ya estaba inyectando, el líquido empezó a brotar por todos lados. Cuando vi que la penicilina se derramaba por todos lados, menos donde debía, detuve el proceso y pensé rápido en otra solución, pero no encontré ninguna. Bastante desesperado, volví a meter la aguja y traté de apresurar la maniobra para terminar lo antes posible, pero ni mi técnica ni mi práctica eran las adecuadas para inyectar con la izquierda. Si acaso, de cinco mililitros debí haberme inyectado correctamente menos de la mitad y el resto se chorreó por la nalga. Cuando saqué la jeringa, todavía un pequeño chorro alcanzó a salir como vomitado por el glúteo y un gran hilo de sangre empezó a correr revuelto con la penicilina.

“¡Santo Dios!”, me dije, “¡qué carajos hice!”

De inmediato me resigné a continuar enfermo y hasta con el virus fortalecido por la falta de la dosis correcta, pero no lo iba intentar de nuevo con la izquierda. Al menos por ese día, dejé ese asunto de las inyecciones por la paz. Me quedé dormido un rato y me desperté justo a la hora en que salía el autobús hacia el parque de beisbol. Bajé perfectamente protegido para el frío poblano, tanto que parecía ampayer, y listo para sufrir los embates del viento durante las más de cuatro horas que duraría el partido.

Días después, ya en el calor de Saltillo, seguía enfermo pero tuve que tomar el bochornoso episodio con el mejor humor posible. Le conté lo ocurrido a un directivo de la Liga Mexicana, quien no me resolvió el problema, ni me recomendó a alguien que supiera inyectar, pero se carcajeó profusamente.

La parábola de la inyección sirve perfectamente para ejemplificar el camino hacia la profesionalización en el ámbito periodístico. Lo mismo para una señora que aplica inyecciones que para un reportero, la práctica es esencial e indispensable.

La teoría, la formación académica, el manejo de varios idiomas –en particular el inglés- y la vocación son elementos igualmente valiosos, pero sin práctica y trabajo, mucho trabajo, lo demás sirve de poca cosa. Así como no existen enfermeras que sepan inyectar sólo en teoría, un reportero sólo llega a ser reportero cuando entrena cotidianamente y trabaja intensamente.

En el ámbito universitario, un estudiante recibe la formación académica y las bases teóricas para convertirse en periodista, y puede sacar las mejores notas y hacer sentir orgullosos a sus padres. Adicionalmente, si tiene iniciativa, comenzará a aprender inglés y a manejar nuevas tecnologías para convertirse en un universitario con una formación completa, integral, competitiva. Pero si carece de práctica para escribir, reportear y escribir una nota informativa, o bien para hacer una entrevista o un reportaje, aún estará lejos de convertirse en un auténtico periodista.

Y es justamente la falta de práctica el pie del que cojea la Universidad Nacional. En mi experiencia, salí de Aragón sin haber hecho un solo trabajo verdaderamente periodístico en cuatro años de carrera. Por comodidad y holgazanería, por falta de entusiasmo y sobre todo de una guía auténtica que nos empujara a hacer una verdadera nota periodística, un reportaje o una entrevista, la mayoría de nosotros inventaba los trabajos de géneros periodísticos. Y aunque hubieran sido auténticos, un solo trabajo en un semestre, quizá dos o tres, es una cifra muy pobre para en verdad formar periodistas. Lo único periodístico que hice en mis años universitarios fueron los nueve números de “La Mengambrea”, cuyo éxito fue tal que la vendíamos y sacábamos una jugosa ganancia.

¿Cómo no inventar una entrevista, si nadie nos dijo cómo buscarla y dónde conseguirla?

Resulta muy sencillo para un profesor universitario ordenar al alumno elaborar una entrevista, pero es una irresponsabilidad no decirle cómo lograrla. Lo arroja con conceptos teóricos como qué debe preguntar y cómo debe desarrollar un cuestionario, pero lo deja en el desamparo a la hora de aconsejarlo cómo debe conseguir la entrevista. Porque yo puedo decirle a un profesor que me gustaría entrevistar al obeso secretario de Hacienda, pero de eso a que tenga siquiera la menor idea de dónde encontrarlo, a dónde llamarle, qué decirle y cómo pactar la entrevista es muy diferente. Ni siquiera tendría dinero para invitarlo a comer, porque sin duda debe comer demasiado.

En cualquier medio de comunicación, un reportero posee una agenda que va formando con el transcurso de los años y por eso sabe cómo contactar a algún eventual entrevistado. Incluso cuando no tiene forma de hacer el contacto es usual que pida auxilio de otros colegas para conseguir su número telefónico. Es práctica común, por no decir cotidiana, que los reporteros se pasen unos a otros teléfonos de oficina, casa y/o celulares de potenciales entrevistados. En su defecto, en muchos casos, en la orden de trabajo también suelen aparecer datos esenciales para que el reportero cumpla a cabalidad con su labor.

“Cubra la conferencia de prensa de la golfista Lorena Ochoa a las 10:00 horas en el Centro Banamex, Salón Hidalgo, en Avenida del Conscripto número 27”

“Atienda la teleconferencia de prensa del jugador mexicano Roberto Garza, liniero de los Osos de Chicago de la NFL, a las 15:00 horas. Llamar 10 minutos antes al número 001-317 457 4578 y dar clave de acceso `press`”.

“Cubra el entrenamiento del América en las instalaciones de Coapa a las 11:00 horas. Pendiente del nombramiento del nuevo entrenador del equipo, bajas y altas del plantel. Cuestionar a los jugadores sobre el triunfo de la selección

mexicana ante Perú, previo a los partidos de la eliminatoria mundialista contra Belice”.

“Cubra la llegada de la ciclista Belem Guerrero en el aeropuerto en el vuelo 1246 de American Airlines, procedente de Londres, Inglaterra, donde participó en la Copa del Mundo de la especialidad de cara a su participación en los Juegos Olímpicos de Beijing”.

Pero en el aula universitaria no sucede lo mismo. Un profesor no hace la orden como debiera. Pide algún trabajo sobre el género en cuestión simplemente para aprobar el curso, pero no recuerdo que haya recibido una verdadera guía que me ayudara en esos primeros esbozos reporteriles. Al menos así fue en mi caso. A la distancia, apenas recuerdo haber hecho una verdadera entrevista en la Asamblea de Representantes del Distrito Federal en mis cuatro años de carrera, y para ser honesto lo hice para la clase de mi novia y no para la mía. Y así salí de la Universidad y fui a pedir trabajo.

Evidentemente, un reportero no puede ir a ciegas. Aún el periodista más experimentado recibe en su orden de trabajo los elementos necesarios para que no salga de su casa sin saber qué hacer o a dónde dirigirse. De hecho, un jefe no puede exigir nada si sus órdenes no son precisas. No falta el descuidado jefe que se equivoca de día y manda el jueves a un reportero a cubrir una conferencia de prensa que era el viernes. O que lo manda a las nueve de la mañana cuando en realidad era a las nueve de la noche. O que lo manda a algún lado, pero no le dice la dirección. Anécdotas de ésas hay miles y todos en el medio periodístico las hemos sufrido.

Si un reportero que se gana la vida haciendo justamente eso, reportando, necesita de esos elementos para hacer su labor cotidiana ¿por qué un alumno universitario iba a ser la excepción?

No basta con desear para hacer las cosas, porque si así fuera México ya hubiera sido campeón del mundo de fútbol muchas veces.

A estas alturas de la mentada globalización, un licenciado en Comunicación y Periodismo no puede salir de la Universidad sin uno de los elementos que, me parece, todos estaríamos de acuerdo en que son necesarios para formar buenos periodistas y alentarlos hacia la profesionalización, es decir, formación académica, que sepa hablar inglés y manejar todos esos adminículos creados por la modernidad, pero se está olvidando que un estudiante necesita una orden de trabajo para inducirlo en la práctica. Sencilla y realista al principio, y que ésta vaya cobrando más complejidad conforme el estudiante vaya tomando fogueo y desarrollando el oficio y la vocación.

Para qué mandar a los estudiantes en su debut periodístico a entrevistar a Niurka, si en los alrededores existe un sinfín de temas de alto valor informativo.

Cotidianamente, el estudiante podría explorar temas como los conflictos de las rutas aledañas de microbuses a la FES Aragón, la higiene de los alimentos que se venden afuera del plantel, los antros, la inseguridad, el sentir de la gente, universitarios o no, sobre temas de interés público como Pemex, el alza en los precios, la selección mexicana y, para relajar un tanto la rutina, hasta las trasnochadoras andanzas de “Fabiruchis”.

Entiendo que ya en otras ocasiones se han abordado temas como éstos, evidentemente no estoy descubriendo el “hilo negro”, pero debe hacerse cotidianamente. Empezando por la orden de trabajo, quizás semanalmente, después que esa orden sea ejecutada por un grupo de reporteros y éstos a su vez que pongan a juicio de sus editores la información recabada. Una y otra vez hasta que, a fuerza de tanto practicar, el oficio resulte más o menos familiar, manejable y dominable. Tanto en prensa escrita como en radio, televisión e internet. No

estaría mal, para practicar lo más que se pueda, que cada clase tuviera su página en internet y que ésta fuera actualizada cotidianamente con información fresca.

Hoy en día llegan algunos egresados a Notimex a hacer el servicio social y apenas saben prender una computadora. Lo mismo da que vengan de Ciudad Universitaria, Acatlán o Aragón, la gran mayoría está poco informada sobre los sucesos cotidianos del mundo, posee una cultura bastante pobre en cualquier campo, no sabe gran cosa tecnológicamente hablando, no sabe hablar inglés y, lo peor de todo, no tiene la menor idea de cómo escribir una nota informativa, lo más elemental del oficio periodístico. No sólo no sabe, sino que le da miedo, se nota a leguas que casi nunca lo hecho, que necesita al menos un semestre para escribir seis párrafos. Pero en una redacción nadie puede darse el lujo de esperar tanto tiempo. Mucho menos en una agencia de noticias como Notimex donde todo mundo está obligado a trabajar contra el tiempo, porque sólo así se puede competir decentemente con los monstruos informativos como AFP, AP y EFE. No hay tiempo que perder. No se puede esperar a que un egresado se anime a dar el primer teclazo. Ni que cuando lo haga deje tantas faltas de ortografía en la pantalla que avergonzaría hasta a sus maestros de primaria. No se diga a los de la Universidad. Afortunadamente hay excepciones.

Últimamente, se ha puesto mucho en boga un estilo muy peculiar de nota informativa, impulsado básicamente por los medios estadounidenses, que poco a poco ha ido desplazando al tradicional “qué, cómo, cuándo, dónde”, pues en la entrada se cuenta una pequeña historia que sirve para ilustrar el tema principal, el cual se desarrolla en el cuerpo de la nota. Es muy televisivo, sólo que escrito, y sabiéndolo manejar, sobre todo siendo ingenioso en las primeras líneas, suele ser muy efectivo.

De igual forma, la escuela española, en especial en el periodismo de deportes, está revolucionando la crónica. En prácticamente todos los diarios, incluyendo en algunos como en El País que no son especializados en deportes,

publican crónicas realmente fantásticas, deliciosas, brillantes. Las crónicas deportivas de El País son simplemente geniales. El trabajo del periodista Santiago Segurola, lo mismo escribiendo una crónica de fútbol que una de basquetbol, es tan fascinante que el diario deportivo Marca terminó por contratarlo y quitárselo a El País. Confieso que nunca pensé que una crónica pudiera ser tan rica en todos los sentidos hasta que leí a Segurola. Alguna vez leí una crónica suya de los 20 kilómetros de caminata en unos Campeonatos Mundiales de Atletismo, ganados por un marchista español, y en verdad quedé fascinado. Sentí, mientras leía, como si yo estuviera ahí, no en una tribuna en el estadio sino siguiendo durante los 20 kilómetros al tal “Paquillo” que había ganado la medalla de oro. Pisándole los talones y compartiendo el dolor y la adrenalina que experimenta cualquier campeón. Al final, lo que más me maravilló es que, en verdad, no necesitaba una imagen de la televisión que cree poder y saberlo todo para enterarme de cómo había sido la competencia. Leyendo aquella crónica, ya sabía todo.

Pero hay que empezar desde el principio. No se puede acometer la escuela española, la francesa, la “gringa” o simplemente explotar la propia si no sabemos encender la computadora o escribimos “cajón” con “g” como a veces se bromea en algunas redacciones.

Existen muchos oficios en los que la gente no se puede dar el lujo de ejercerlos sin dominarlos, así que debe aprenderlo a fondo ya sea en una escuela o en dondequiera que pueda practicarlo. Piloto aviador, cirujano, torero, aplicador de inyecciones. Porque habrá muchos oficios en los que poco a poco, sobre la marcha, se vayan aprendiendo las mañas y los secretos como en el de taquero, diseñador, jardinero, sociólogo –sea lo que sea que haga un sociólogo-, mecánico. Durante mucho tiempo, las escuelas de Comunicación y Periodismo se han dado el lujo de producir nuevos periodistas que no saben la actividad fundamental de la profesión: reportear. Y es un lujo que ya no se pueden seguir dando.

No es que un periodista deba aprender todo en la universidad. Eso es virtualmente imposible porque aún los veteranos, aunque suene a cliché, siguen aprendiendo con el transcurso de los años. Cada día, la práctica del periodismo presenta nuevos retos y pequeñas trampas en las que es fácil caer si no se presta atención. A diario, un periodista más o menos establecido puede perder su empleo por un simple descuido. Muy a menudo se nos presentan experiencias traicioneras de las que nos prometemos aprender, sólo que a veces lo hacemos y a veces simplemente se nos olvida.

Pero no tiene sentido producir aspirantes a reporteros que no saben reportear, porque la experiencia puede ser tan cruda que muchos de ellos no tendrán ganas de intentarlo de nuevo después de un primer intento fallido, igual que a mí nunca me dieron ganas de inyectarme con la mano izquierda. Ni con la derecha.

- **Conclusiones**

“Estoy harto y cansado de escuchar cosas de hipócritas de mente estrecha y escasa visión. Todo lo que quiero es la verdad. Denme un poco de verdad”.

John Lennon, en “Gimme some truth”

El mundo, estoy convencido, no necesita más periodistas. No necesita más periodistas que no sepan redactar, reportear y trabajar. No los necesita, porque no tiene dónde acomodarlos. No tiene un empleo y un sueldo que ofrecerles. No tiene más paredes para colgar los títulos enmarcados de miles de egresados de la carrera de Periodismo.

Sin afán pesimista, el mundo pasa por severos problemas de toda índole, lo mismo económicos que sociales y laborales, y no tiene más espacio para dar cabida a miles de estudiantes que a cada año salen de las escuelas de Periodismo, no sólo de la Universidad Nacional, sino de las docenas que proliferan en la colonia San Rafael, Cuauhtémoc o Juárez.

Ya no hay cupo para estudiantes que nunca encontraron su vocación, que sólo siguieron el camino del periodismo porque supusieron que sería fácil y decidieron probar suerte en una profesión que ahora les tiende la mano, pero que más temprano que tarde les hará ver su suerte.

Hace 20 años, decidí estudiar Periodismo y Comunicación Colectiva porque, quizá, no estaba listo para acometer una carrera científica, pero siempre sentí pasión por escribir, debatir, discutir, indagar e investigar. Estas memorias fueron posibles, de hecho, gracias a ese genuino sentimiento.

Entusiasta y satisfecho por llevar una profesión pulcra y orgullosamente universitaria a lo largo de más de 15 años, siento temor por los que llenan los ovalitos de una solicitud pensando que el Periodismo les va a solucionar la vida.

Una tarde, después de mi sesión tenística de los martes, una joven me confesó sus deseos de estudiar periodismo. Sinceramente no la vi muy convencida y de inmediato traté de persuadirla para descubrir sus verdaderas intenciones.

-Está muy difícil el medio periodístico, no hay trabajo, casi te mueres de hambre –le dije lo más amistosamente que pude.

-Bueno, pero a lo mejor te puedes colocar en un trabajo con una “palanca”...
-soltó sin rubor alguno.

Pensé, ilusamente, que me iba a decir que el periodismo era su pasión, su vida, su vocación y que sentía que estaba hecha para ser periodista. Pero no, me dijo lo último que me hubiera gustado escuchar. Lo mismo de siempre, lo facilón, las influencias, las “palancas”, los atajos. La ley del mínimo esfuerzo. A sus 17 años ya tenía planeada una vida programada para dejar en última instancia la preparación académica, el talento y el intenso cotidiano trabajo, para ponderar el amiguismo, la irresponsabilidad y la mediocridad.

Pero hay buenas noticias.

El mundo sí necesita más periodistas, siempre y cuando sean capaces y comprometidos a explotar y desarrollar su talento, a trabajar humildemente lo mismo domingo y días festivos que de madrugada. Llueva, truene o relampaguee. No llamo a formar superhéroes. El periodista, antes que otra cosa y sin que suene a cliché, es humano y no merece ser asesinado por una pandilla de matones

patrocinada por el narcotráfico y la corrupción gubernamental. No vale la pena que colegas inocentes mueran y dejen familias en el desamparo sólo porque a un “narco” o a un político –que a veces es la misma cosa- no le gustó una nota que leyó en el periódico matutino mientras “almorzaba” whisky en las rocas a la orilla de su alberca. No ha habido una sola muerte de un periodista que haya acabado con un problema social o político. Ni siquiera que lo haya mitigado.

El periodista, aun el deportivo, merece un sueldo digno y todo tipo de prestaciones para llevar una vida digna. No es un ente al margen de la sociedad, sin derecho a vacaciones, a pagar sus deudas y jugar con sus hijos; es parte de ella y debe ser recompensado decorosamente por su trabajo.

Hoy en día, un escaso porcentaje de periodistas mexicanos tiene acceso siquiera al Seguro Social. Empresas como Notmusa, que edita el diario Récord, obliga a sus reporteros a renunciar periódicamente –cada tres años como norma- para no enfrentarse a una onerosa liquidación –por aquello de la antigüedad- cuando llegue la hora de despedirlos.

Hace un año, un colega reportero se fracturó un brazo y pese a trabajar en la poderosa cadena radiofónica Acir, la misma que paga sueldos exorbitantes (de arriba de 100 mil pesos mensuales) a las estrellas del periodismo deportivo, no tenía siquiera el respaldo de estar asegurado al IMSS para atenderse. Tuvo que gastar de su propio bolsillo alrededor de 50 mil pesos en una clínica de mediana jerarquía para sanar de sus males.

Por eso, hoy más que nunca, México y el mundo necesitan los mejores periodistas que una Universidad pueda producir. Periodistas que quieran ser periodistas, que nunca olviden que nada que valga la pena se hace de la noche a la mañana, dispuestos a levantarse temprano y acostarse tarde, a trabajar tan duro como

el primer día, a seguirse preparando aunque ya no estén en un aula, que hablen inglés, ruso y alemán pero que no se olviden del español.

Para ellos sí hay espacio. De hecho, urgen en todos los medios de comunicación. No han llegado, pero ya se les extraña. La televisión, el radio, la prensa escrita, los sitios de internet y las agencias de noticias reclaman por su presencia.

México requiere a los mejores periodistas para exigir un salario holgado y un trato respetuoso, y tener los medios de comunicación que se merecen nuestros hijos. Para acabar de una vez por todas con periódicos deprimentes y pusilánimes como el Unomásuno y La Crónica, y tantas estaciones de radio y canales de televisión que no deben existir más. Porque si no hacen falta periodistas mediocres, tampoco se necesitan medios de semejante categoría.

México necesita universitarios que cuenten su propia historia. Hace miles de años, babilonios, chinos, egipcios, griegos y romanos se percataron de la importancia de que un pueblo cuente, por sí mismo, su propia historia. Por eso pagaban para que un grupo de expertos lo hiciera. Algunos de ellos como el griego Herodoto pasaron a la historia. México, parece ser, no se ha dado cuenta de esa importancia, pero eso no quiere decir que no lo necesite.

¿Y quién mejor para contar la historia cotidiana de nuestro país que un joven talentoso, sabio, preparado, aguerrido y comprometido, salido de la Universidad Nacional?

Hace 15 años salí de la ENEP Aragón. Desde entonces, fui de un lado a otro, trabajé lo mismo aquí que allá, descubrí lo efímero del triunfo y el valor de la derrota, viajé docenas veces y me recliné en una redacción otras tantas, y poco a poco

me di cuenta que había elegido bien mi carrera, que había valido la pena cruzar la Avenida Central de lunes a viernes. Como yo, estoy convencido que otros deben seguir el mismo camino.

Siempre hay en quien relata sus experiencias –parte de sus memorias al fin y al cabo- una aspiración a ser escuchado y comprendido, a enseñar y ser aprendido, aun desde el estrado de la humildad.

Espero, pues, leer en un futuro no muy lejano nuevas memorias de un universitario que quiera realizar ese estimulante ejercicio y compartir con todos – también conmigo- sus experiencias porque, estoy seguro, todos aprenderemos de ellas.

A n e x o

Nacional

¿Un refugio para corazones adoloridos?

Llame a la estación de radio, arriéguese... y reciba un sano consejo

Por Francisco Ciprián Hernández

San Juan 1915. Samantha en la línea telefónica, está solitaria, Plaquemín que le course... dice el locutor que cada noche abre un espacio para que los corazones heridos...

Manita a un corte y promete volver con "Música de pop". A su regreso, anuncia su visita provisional al mercado. Raymundo Domínguez, en Neza, presenta una pieza...

En muchos países se cubren una línea de telefonía para la pesca deportiva, principalmente en la región del norte...

Piden actualizar la norma para la pesca deportiva

Realizan el primer foro sobre la materia

Por José Carlos Añiba

Al dar a conocer el primer foro de pesca deportiva, cuyo resultado será un convenio con el candidato del PRI...

En los últimos meses de cada uno de los destinos turísticos del país, como en los festivales como en aguas interiores...

La industria mexicana enfrenta una etapa difícil, advierten

Por José Carlos Añiba

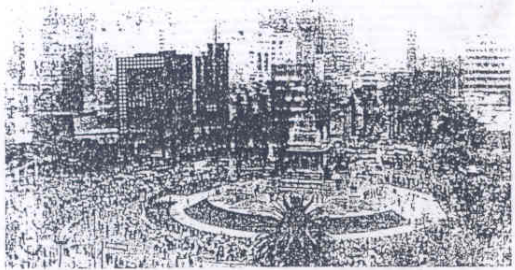
Ante la apertura comercial y nuevos desafíos de la industria mexicana enfrenta una etapa difícil, advierten...

140

Rechazan indígenas negociar con funcionarios de segundo nivel

Pensando en Pará, niense en El Palacio

Nacional



EL MONUMENTO A LA Independencia fue testigo de la apertura que vivieron los aficionados mexicanos con los turistas y los franceses de la Selección en el mundial. Los cuartos fueron festejados con gran júbilo...

Por negligencia paterna, 450 niños con sida

Como consecuencia de malos hábitos sexuales o desconocimiento de las personas en torno de las formas de transmisión del síndrome de inmunodeficiencia adquirida, en México hay 450 niños afectados...

Crónica de una aventura con final poco feliz

- Los marañichs callaron; la esperanza palideció
México vibró de alegría con los dos goles de Luis
El pase a octavos de final enloqueció a los mexicanos

Por Francisco Ciprián Hernández

Una vez 120 horas después del mundial, las calles empezaron a sentirse vacías. Solo una que otra señora desolada, usualmente abanzada a luto y medio de lágrimas...

Diez minutos La duda para el equipo de hoy no es sobre la alineación de los jugadores, sino sobre los goles que les meteremos al contrario...

Diez días. Con el último recuperado, la experiencia verde luce su aparición en Orlando; pero el pesimismo...

Diez días. Con el último recuperado, la experiencia verde luce su aparición en Orlando; pero el pesimismo...

PEREJES Y NOTICIA

141

August y el cine de librito

Francisco Ciprian Hernandez

U n muchacho. Estaban truchas Henry... August... la historia de la familia...

que se inspiraron en el libro de August... August... la historia de la familia...



El... la historia de la familia... August... la historia de la familia...

Para tu forma dinámica de vestir



a) Chaleco con frente combinado... Bermuda con vivos en cintura y pliegue...

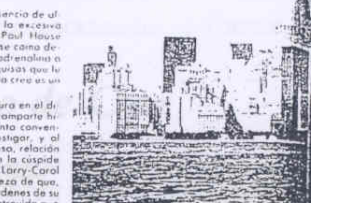
Una probada de teatro Luna chamana

Un Misterioso Asesinato en Manhattan

Francisco Ciprian Hernandez

U na pareja norteamericana formada por el... Larry Woody Allen y Carol Lipton...

Ante la sospecha de la posible presencia de... Paul House... Woody Allen...



LOS ORIGENES DEL SIDA... El fundador de En el filo de la duda... Armando Valdez Huerta...

DIARIO DE UN MAGO... Recientemente estuvo en México... Reingeniería... Biblioteca Infantil y Juvenil...

Un Misterioso Asesinato en Manhattan... Woody Allen... Paul House... Woody Allen...

Temas de hoy

Disolvencias

Reflexiones en torno de un Foro de Cine

Francisco Ciprián Hernández

Con una intención, aunque poco jugosa, actividad cinematográfica (lección Soraya...)

Brasil: La Tercera Maratón del Rio Pereira dos Santos, 931, la española-brasileña Fábula de la Balla Palmera (Guerra, 88)...

un desastre ecológico con infusos de libertad y justicia para ustedes hombres de buena voluntad...

Lucho alojó en su casa, ante el barrinche de su mundo, al ocupante de la cama a donde buro...

Una probada de teatro

Oleanna

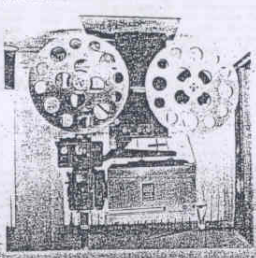
Fabrizio Rojas

Resultado realmente lamentable que en la llamada Educación superior la relación profesor-alumno se cifra en muchos casos...

moniqueísmo alguno. Así, seguramente habrá muchos asistentes que difieren de mi opinión...

Prácticamente la mitad de los filmes son hechos por ustedes hombres de buena voluntad...

Con un estilo desgarbado, despreocupado con una comedia profundamente pesimista...



Disolvencias

De vuelta a Perros de reserva

Francisco Ciprián Hernández

Nota introductoria. Originalmente, este espacio ha a ser dedicado al análisis de Luna Amarga, de Roman Polanski...

matemos, reseñas abundantes posteriores sobre El Apoderado de Hutterer y Tan lejos, tan cerca...

reunido a ser Mr. Pink por el poco respeto que le dedica el sobrenombre y autoconsiderado el único profesional del grupo...

Freddy Mr. Orange ensaya una anécdota que le serviría para pasar como reportero...

No se quede en casa

P ara este segundo domingo del mes de julio, aún en tiempos del Mundial, le recomendamos los siguientes eventos...

Perros de reserva, primero de dos largometrajes del estadounidense reinventado Quentin Tarantino...

Perros de reserva parte del pasado, se decide, empieza con un flash-back sin ningún referente previo...

Volver a Perros de reserva significa un resaca a los espectadores inteligentes...

Guillermo Zapfe (1933-1992). In Memoriam es la muestra que se presenta en la Sala Antonio Rivas Mercado del Museo de Arte Moderno...

La lucha en la segunda guerra mundial costó a Polonia la vida de seis millones de ciudadanos...

notable estudio de Roy Rosenzweig y Elizabeth Blackman, sobre El Parque y el pueblo. Una historia del Central Park (Iliaca, Cornell University Press, 1992, \$16.93 pb)...

que juega el parque en la vida de los ciudadanos...

Por qué defendemos...

La lucha en la segunda guerra mundial costó a Polonia la vida de seis millones de ciudadanos...

La lucha en la segunda guerra mundial costó a Polonia la vida de seis millones de ciudadanos...

La lucha en la segunda guerra mundial costó a Polonia la vida de seis millones de ciudadanos...

¿Cómo se consigue un éxito tan sostenido en el cine y la televisión? ¿Por qué el público sigue eligiendo a los actores y actrices que se han convertido en íconos? ¿Por qué el público sigue eligiendo a los actores y actrices que se han convertido en íconos?

JON PETER MATHIASSEN El autor viajó y vivió en los Estados Unidos. En este volumen se recogen diez cuentos escritos entre 1951 y 1990. Los relatos en que se desarrollan los personajes pre-

sentados en este libro, se inspiran en la vida real. En este volumen se recogen diez cuentos escritos entre 1951 y 1990. Los relatos en que se desarrollan los personajes pre-

sentados en este libro, se inspiran en la vida real. En este volumen se recogen diez cuentos escritos entre 1951 y 1990. Los relatos en que se desarrollan los personajes pre-

Hablemos de cine

El triste camino de Carlito Brigante

Francisco Ciprián Hernández

U n ex-tráficoante, ex-asesino y ex-rompecarrazos, Carlito Brigante (Al Pacino), lanzó una película como el mismo lo llama: un juez para que su condena, de 30 años, sea reducida a sólo cinco porque según él está curado.

Es el inicio de un flash back de más de dos horas en donde Carlito, el único puertorriqueño con acento de mulayo italiano -heredado quizá del Padrino y sus socios-, y, también, el único boricua que no sabe bailar salsa, cuenta su terrible y triste historia mientras lo llevan moribundo por los corredores de la estación de ferrocarril, después de recibir algunos balazos a los que llegan al alma del espectador, rumbo a las famosas funerales familiares.

Carlito's Way, titulado en español para conseguir algunos espectadores de más. *Atrapado por su pasado*, es el vigésimo primer filme de Brian de Palma, con tres cintas, hasta ahora malas como antecedente inmediato (*Focales de guerra*, 85), *La Angustia de las vanidades*, 91, y *Demencia*, 92) De Palma vuelve a trabajar nuevamente con Al Pacino y con abundantes dosis de coacción, como en *Caramelo* (83).

La historia se desarrolla en los mugrientos barrios de Nueva York. Carlito Brigante sale de la cárcel con la más firme convicción de jurar 75 mil de los grandes y largos al los Bahamas. En esos paradisíacos islas cumplirá su sueño de rentar apartamentos. Un sueño bastante mediocre para un capo tan respetado.

El casero redimido encuentra, bajo estimulantes dosis de *You Are So Beautiful*, del maestro Joe Cocker, a la chica (Penelope Ann Miller) que segu-

ramente estuvo junto a él mientras este presenciaba sus grandes golpes como marabutticrónico, lo que confiere que detrás de todo gran marcho hay una gran mujer y una pesada actriz. Cuando Carlito se encuentra a la rubia de sus amores, después de que la espía desde una azotea mientras ella toma sus clases de danza y él se prologa de un famoso y famoso con una taza de un bote de basura, la escena posterior en el colé -donde la actuación de Miller deja mucho que desear-, da más la impresión de un casting o de una entrevista, con Carlito haciéndolo de periodista, que de una cita de enamorados.

Cuando Brigante está a punto de reunir la cantidad que necesita para vivir como gente decente, alejado de los patéticos barrios latinos neoyorkinos, se atraviesa el imponderable que el público espera desde que inicia la cinta. Su abogado David Kleinfield (Sean Penn), el cual nos brinda la mejor actuación de todo el filme, le pide ayuda para escapar a un prisionero italiano que lo tiene amenazado de muerte.

Finalmente todo se frustra por la intemperie de Kleinfield y Brigante tiene que decir adiós a los Bahamas, a sus 75 mil y a su guapísima novia. Al final la námina de la película debió haberse redado considerablemente debido a la tremenda matonaz que prevalece durante toda la historia. Muertos durante el flash back y más muertos dentro de los flash backs del flash back principal.

Dentro de la fotografía la carga de Stephen H. Burum cabe otorgar mención honorífica a las exquisitas tonas azules que adornan las escenas nocturnas. También es atractivo el largo plano inicial, en blanco y negro, cuando Carlito va en la ca-

mina después de ser baleado, explorándose la lelolelo del moribundo aguilata y el porque resulta inconveniente ser asesinado de noche.

Evite contarse en que la más brillante de *Atrapado por su pasado* a la secuencia de la persecución al final de la cinta, cuando en la discoteca Carlito huye de los vengativos italianos, después en el Metro -la parte de mayor tensión- y por último en la estación de ferrocarril.

A pesar del constante hostigamiento de las críticas de la redacción, si deber patriótico señalar algunos puntos negativos de la cinta. Lo notable secuencia final se ve empalada por la también notable secuencia inicial. Cualquiera podría decir cómo va a terminar la historia, el mismo director nos lo dice desde el principio. Debe ser frustrante para De Palma que sus dos grandes ideas se esterbaron una a la otra. Tan es así que cuando Carlito llega a su fin, la escena no es tan dramática ni monumental como aquella, por citar un ejemplo reciente, de *Un Mundo Perfecto* (Eastwood, 93) cuando aquel tanto policía de malos recuerdos mata a Butch (Kevin Costner).

Aparte de sus predecibles emociones, como lo matonaz en el billar/huguiolcortina disfrazado de barbero, la cinta no mantiene ni por mucho, niveles elevados de tensión, algunas partes son flojas. Además, si el final no hay nada que sea capaz de derrocar una lágrima por Carlito Brigante quiere decir que algo no funcionó y que estamos hechos bolas.

Atrapado por su pasado (Carlito's way) película estadounidense de Brian de Palma. Con Al Pacino, Sean Penn, Penelope Ann Miller, 1993.

En la foto: Carlito Brigante, Al Pacino, en una escena de la película.

Grupo de muestra que se formó en la ciudad de Nueva York.

Resumen y análisis de la película, con críticas y comentarios de los lectores.

Maria Inés de la Cruz, crítica de cine.

Rita Juliá, crítica de cine.

146

EL BRILLO DE LAS ESTRELLAS ILU...

JO RAMÍREZ

Quiero ver si hay vida después de Fórmula-1

Mi corazón siempre estará con las flechas plateadas, asegura • McLaren cierra temporada en Japón sin el mexicano en sus filas • La despedida en Indianápolis, dice, un cuento de hadas inolvidable

El invierno se inicia el último día de la F-1 2001 en Japón, a donde el equipo McLaren llega por primera vez en su historia. El mexicano "Jo" Ramírez se despidió como piloto de la escudería el día de septiembre en In-

diánpolis. Ramírez, "Jo" para los amigos, con Ferrari y después con McLaren, llegó a las plateadas en el invierno y desde entonces vive una multitud de campeonatos. Alain Prost, el británico Senna, el finlandés Mika Häkkinen y el austriaco Niki Lauda entre todos ruman los títulos mundiales para el equipo McLaren. Este año, después de 40 años de haber estado en el dominio de Ferrari, el campeón alemán Michael Schumacher, "Jo" dijo adiós, con el apoyo de Häkkinen en Indianápolis para retirarse a disfrutar de su familia.

Con su español oxidado, pero con su espíritu indomable, Ramírez viaja telefónicamente a la base de la escudería McLaren en Oxford, Inglaterra.

¿En la arena de F-1?
Que 40 años son suficientes no me divierte tanto como antes. Todo el mundo quiere ser grande. En 1973, ganamos el campeonato mundial, éramos 25 personas en el equipo, en carreras y técnica. En 1983, cuando yo estaba con McLaren, teníamos unas 450 personas. Ahora son 450 por carrera. Cuando me hice una prueba yo decidía cómo hacer, qué gente cuándo se iban a ir y yo me iba a registrar, ahora para una práctica, te sientan a 10 personas, una dice esto y otra el otro y la decisión se toma una semana.

¿Y el gran negocio con las horas de deporte por hora. Mi entusiasmo por esas cosas ha bajado. Me quería ir al pasado, pero Ron Dennis (dueño) se dobló para tratando de que me quedara, pero ya no más.

¿El lechiscón de Indianápolis?
Japón siempre cierra la temporada. Siempre problemas que se resuelve, la temporada infelizmente terminó antes, el campeonato ya estaba decidido. En Japón nunca me ha gustado, queda muy lejos y en Indianápolis la mayor parte de mis amigos y personalidades que son importantes en mi vida están ahí, queda más cerca de México y mis hermanos están ahí desde Inglaterra era más fácil llevar a mi esposa y a mis hijos. Era mucho mejor que en Japón. Desgraciadamente, algunas personas clave e importantes que no pudieron ir por los problemas del 11 de septiembre. En Japón siempre presento una mezcla de todos los equipos, unos 10 equipos de McLaren.

¿Mika Häkkinen después de Indianápolis?
Este me último regalo de cumpleaños, fue fantástico. Hablé con él el martes por la noche y él me que se fuera a Japón, yo sólo que planeaba hacer un viaje allá. Aunque no voy a ir allá, igual lo hago, para un fantástico que gana mi

última carrera, estaba contento por él, porque la gente decía que ya no es un vencedor porque ha tenido un año malo, pero la mayor parte de sus problemas fue por nosotros y el auto, no por él. Al ganar en Indianápolis demostró que es grande y que se va porque está cansado de la F-1, no porque ya no pueda ganar.

¿Qué se vive de F-1?
Me llevo tantos recuerdos, memorias, soy muy afortunado, he trabajado con los mejores, los mejores escuderías. Por ejemplo, este año Mika y David me regalaban una motocicleta, una Harley Davidson, yo nunca he visto un detalle similar en 40 años que llevo en este negocio, los pilotos ganan millones de dólares pero es difícil que gansen. Mika y David fueron excepcionales...

¿Cuál es el próximo capítulo de su vida?
Ahora estoy en la base de McLaren, en Dorchester, cerca de Oxford, pero estoy construyendo una casa en Málaga, cerca de Málaga y Marbella, que va a estar lista a mediados de año. Fui a vivir en invierno en Inglaterra y en invierno en España, a ver si funciona. También quiero escribir mis memorias, no voy a retirarme completamente, pero no voy a trabajar en otro equipo, a lo mejor hago algo para estar sólo dos o tres carreras al año y seguir en contacto con la Fórmula Uno para estar en casa, porque en un trabajo como éste te vuelves egóista. Mi trabajo siempre ha sido primero y la familia segundo, mi esposa Brenda y mi hijo Vanessa han sido comprensivos, les debo mucho.

¿Aparece acostumbrado a la rutina de las carreras, no podría volver a vivir con la paz del retiro?
El problema que me preocupa un poco, no sé si lo voy a lograr o no, pero lo tengo que intentar, no puedo trabajar toda la vida, tengo que ver si hay una vida después de la F-1.

¿Descartaría volver?
Nunca se puede decir nunca en la vida, pero lo veo difícil, hace 10 años tal vez sí lo hubiera pensado, incluso Ferrari me pidió muchísimo que fuera con ellos, que terminara con ellos mi carrera... para toda la gente tra-

bajar en Ferrari es lo máximo. En 1991 hablamos y casi me iba, porque era una oferta que la McLaren no podía igualar, pero Ron Dennis fue muy bueno conmigo, me hizo una propuesta y me convenció de quedarme, fue la mejor decisión porque hace 10 años Ferrari no estaba muy estable.

¿Ferrari o McLaren?
McLaren, mi corazón siempre ha estado con McLaren, pero bueno, Ferrari es un nombre tan carismático en la F-1 que desde naces te imaginas que un auto de carreras sólo puede ser rojo.

¿Por qué Ferrari ha ganado las últimas temporadas?
Ferrari tuvo año excepcional que se combinó con un

año muy malo de nosotros. Aunque habíamos tenido un buen año, Ferrari de todas maneras gana, tiene un auto muy bueno, parece un reloj suizo. Nosotros tuvimos un año de muchos errores y eso sí duele, fue muy mediocre y para ellos fue excelente.

¿Cuál va a ser el mejor campeón?
Ayrton Senna... era muy especial, no sólo como corredor, sino como persona, como amigo, era fantástico, desgraciadamente se fue muy temprano en su carrera. (Michael) Schumacher ha sido fantástico pero ha tenido pocos adversarios.

¿Cuántas veces con una mano?
Hill, Häkkinen y Coulthard. Prost

y Senna tuvieron muchísimos rivales durante toda su carrera, por eso no es tanto mérito lo de Schumacher, tiene el mejor auto, pero no tiene adversarios. Mika lo puede batir y lo ha batido cuando tienen autos iguales. Hubiera sido interesante ver a Senna, Häkkinen y Schumacher al mismo tiempo, tal vez los tres tienen la misma velocidad.

¿Qué esperas de México en el futuro en materia de automovilismo?
Desgraciadamente, el Gran Premio creo que no regresará nunca. Ahora que Adrián Fernández está haciendo tan buen papel, la CART está tomando importancia. En cuanto al país, hace mucho que no voy, a ver si me doy una vuelta a fin de año... De hecho, no sé si va a haber carrera de CART en el DI. ■



Foto: Anonimo / La Nación

Se despide "Jo" Ramírez de los pits

■ Para los ingleses, el mexicano empezó su carrera en Europa en 1962 con Ferrari y después de engrasar su currículum llegó a las flechas plateadas en 1983 y allí fue donde vivió nueve títulos mundiales

Este viernes se inicia el último round de la Fórmula Uno 2001 en Suzuka, Japón, a donde el equipo McLaren llegará, por primera vez en 18 años, sin el mexicano "Jo" Ramírez, quien se despidió como coordinador de la escudería el pasado 30 de septiembre en Indianapolis.

Joaquín Ramírez, "Jo" para los ingleses, empezó su carrera en Europa en 1962 con Ferrari y después de engrasar su currículum llegó a las flechas plateadas en el invierno de 1983 y desde entonces vio pasar una multitud de campeones: el francés Alain Prost, el brasileño Ayrton Senna, el finlandés Mika Häkkinen y el austríaco Niki Lauda, quienes entre todos suman nueve títulos mundiales para el equipo de Ron Dennis.

Este año, después de 40 años en Europa, los dos últimos en decirle por el dominio de Ferrari y el bicampeón alemán Michael Schumacher, "Jo" dijo adiós, con un triunfo de Häkkinen en Indianapolis, para retirarse a disfrutar de una familia a la que le debe mucho tiempo, vueltas, kilómetros, grandes premios y el apoyo de haberlo soportado.

Mientras tanto se escribió en sus dos últimas semanas en McLaren, Ramírez, en su español oxidado por tanto tiempo sin ejercicio, habla vía telefónica desde Oxford, Inglaterra, sobre el voluminoso libro que recién concluyó y el que, en breve, comenzará a escribir.

—Por qué se retira de la Fórmula Uno?

—Creo que 40 años son suficientes, ya no me divierte tanto mi trabajo como antes. Todo ha cambiado mucho, los equipos son muy grandes. En 1973, cuando ganamos el campeonato con Stewart, éramos 25 personas. En 1983, cuando empecé con McLaren, teníamos 65, ahora son 450, unas 80 por carrera... Cuando íbamos a una prueba yo decidía qué íbamos a hacer, qué gente iba a ir, cuándo se iba a ir y cuándo iba a regresar, ahora para planear una práctica, te sientas con 12 personas, una dice esto y otra dice el otro y la decisión se toma en una semana. Ahora eres sólo un número, aunque no es un problema de la F-1, es un problema universal.

—Por qué se despidió en Indianapolis y no en Japón donde cierra la temporada?

—Por diversos problemas que tuvimos, la temporada infelizmente se terminó antes, el campeonato ya estaba decidido. Además Japón nunca me ha gustado, queda muy lejos y en Indianapolis la mayor parte de personas y personalidades que han sido importantes en mi vida podían estar ahí, queda más cerca de México y mis hermanos podían ir.

—¿Qué le dijo Häkkinen después de ganar en Indianapolis?

—Que era mi último regalo de este año, fue fantástico. Hablé con él el martes por la noche, antes de que se fuera a Japón, y me dijo que planeaba hacer lo mismo allá. Aunque no voy a estar ahí, qué lo haga, para mí fue fantástico que gane mi última carrera, estaba contento por él, porque la gente decía que ya no es un vencedor porque ha tenido un año malo, pero la mayor parte de sus problemas fue por nosotros y el auto.

—¿Qué se lleva de Fórmula Uno?

—Me llevo tantos recuerdos, memorias, soy muy distinguido, he trabajado con los mejores, las mejores escuderías, miles y miles de buenos recuerdos. Por ejemplo, este año Mika y David me regalaron una motocicleta, una Harley Davidson, yo nunca he visto un detalle similar en 40 años que llevo en este negocio, los pilotos ganan millones de dólares pero es difícil que gasten. Mika y David fueron excepcionales.

—¿Cuál es el próximo capítulo de su vida?

—Ahora estoy en la base de McLaren, en Dorchester, cerca de Oxford, pero estoy cons-



“La tranquilidad del retiro es el problema que me preocupa un poco, no sé si voy a lograrlo o no, pero lo tengo que intentar, tengo que ver si hay una vida después de la Fórmula Uno

Joaquín Ramírez
Coordinador de escudería de McLaren

truyendo una casa en Mijas, cerca de Málaga y Marbella, que va a estar lista a mediados de año. Pienso vivir en verano en Inglaterra y en invierno en España, a ver si funciona. También quiero escribir mis memorias, no voy a retirarme completamente, pero no voy a trabajar en otro equipo, a lo mejor hago algo para estar sólo dos o tres carreras al año.

—¿Alguien acostumbrado a la adrenalina de las carreras, no podría volverse loco con la paz del retiro?

—Es el problema que me preocupa un poco, no sé si lo voy a lograr o no, pero lo tengo que intentar, tengo que ver si hay una vida después de la Fórmula Uno.

—¿Descartaría volver en el futuro a la Fórmula Uno?

—Nunca se puede decir nunca en la vida,

pero lo veo difícil, hace 10 años tal vez si lo hubiera pensado, incluso Ferrari me pidió muchísimo que fuera con ellos, que terminara con ellos mi carrera... para toda la gente trabajar en Ferrari es lo mismo. En 1991 habíamos y con me iba, porque era una oferta que la McLaren no podía igualar, pero Ron Dennis fue muy bueno conmigo, me hizo una propuesta y me convenció de quedarme.

—Ferrari o McLaren?

—McLaren, mi corazón siempre ha estado con McLaren, pero bueno, Ferrari es un nombre tan carismático que desde que necesite te imaginas que un auto de carreras sólo puede ser rojo.

—¿Por qué Ferrari ha ganado tan fácil últimamente?

—Ferrari tuvo un año excepcional que se combinó con un año muy malo de nosotros. Aunque hubiéramos tenido un buen año, Ferrari de todas maneras gana, tiene un auto muy bueno, que han sabido usar bien, parece un reloj suizo.

—¿Cuál ha sido tu mejor campeonato?

—Ayrton Senna... era muy especial, no sólo como corredor, sino como persona. (Michael) Schumacher ha sido fantástico pero ha tenido pocas adversarios, los cuantos con una mano: Hill, Häkkinen y Coulthard.

—¿Qué esperas de México en el futuro en materia de automovilismo?

—Desgraciadamente, el Gran Premio creo que no regresará nunca. Ahora que Adrián Fernández está haciendo tan buen papel, la CART está tomando importancia. En cuanto al país, hace mucho que no voy, a ver si me doy una vuelta a fin de año... De hecho, no sabía que va a haber carrera de CART en el DF, basta ahora que me dices... escribe algo bueno a ver si me invitan. (NotiTex)



Buscar en Internet



Terra > Deportes > Grandes Ligas



- Inicio Deportes
- Béisbol
- Béisbol Mexicano
- Europa 2008
- Fútbol
- Día del Padre
- Fútbol Americano
- NBA
- Copa Ruge
- Autos
- Béisbol
- Bolón del Deporte
- Bolón Deportivo
- Polinormas 2010
- Lucha Libre
- Relevo 2008
- Tennis
- Más Deportes
- Tu Reportero

Grandes Ligas

Sano y con ánimo regresa Jorge Campillo

página 1



Fútbol y más en tu celular! Encuéntralo en DEPORTES



Jorge Campillo dejó atrás la depresión

Participará en el Desfile Deportivo

El lanzador mexicano vivió momentos muy difíciles y se hundió en la depresión después de sufrir una lesión; ahora, está de vuelta y ve un mejor futuro.

La Tentación de Noviembre aquí

18/11/2005 | Natimex.-Al principio, Jorge Campillo no quería ni levantarse de la cama. Pasó dos semanas sumido en una severa depresión, luego de que su brazo reventó y ya no pudo más, justamente en el día de su primera apertura en Grandes Ligas.

Frustrado y sin deseos de seguir adelante, el derecho tijuaneño pasó los peores días de su vida, sin hablar con nadie, hasta que gracias a sus familiares comenzó a recuperarse anímicamente y a asimilar la lesión en el codo derecho.

Campillo fue una de las sensaciones del equipo mexicano la pasada Serie del Caribe, lo que le valió ser reclutado por Marineros de Seattle. Después de ir y venir a sucursales, tuvo su gran oportunidad el martes 2 de agosto ante Tigres de Detroit, pero apenas completó una entrada.

"Me sentí muy mal. No quería ni levantarme de la cama. Así estuve como dos semanas, sin querer hablar con nadie", relató el lanzador, quien llegó esta tarde a la capital mexicana, para participar en el Desfile del 20 de Noviembre.

Procedente de Phoenix, Arizona, donde se recupera de la famosa "operación de Tommy John" algo tan séquito para un pelotero como someterse al alcoholímetro después de una parranda, aseguró que ahora se siente muy bien y con ganas de volver a lanzar.

Recordó que en aquel juego, el tendón, a causa de un viejo pelotazo recibido, ya estaba roto desde que estaba calentando en el bullpen; él lo sabía, y después los médicos lo descubrieron, pero tenía tantos deseos de abrir su primer juego en la gran carpa, que hizo caso omiso del dolor.

"Fueron más mis ganas de pitchear que otra cosa. Me sentí muy mal porque había hablado con el manager y los coaches, que me dijeron que ya tenía un lugar seguro como abridor", señaló Campillo, entrevistado en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

Desde que fue intervenido quirúrgicamente, el tijuaneño se instaló en un departamento en Phoenix, donde lleva a cabo su rehabilitación y demás terapias en un centro médico de los Marineros.

A finales de diciembre, la rehabilitación llegará a su fin y entonces será la hora de subir a la loma y volver a soltar el brazo, para tratar de, poco a poco, retomar esa gran forma que lo convirtió en ligamyonista.

Como sucede con un novato, el club tiene opción por tres temporadas, así que el futuro de Campillo seguirá siendo Seattle, a menos que sea negociado a otra escuadra.

Jorge, quien perfeccionó el slider gracias a los consejos de Rodrigo López, aprovechó para ir a apoyar a la selección mexicana, que participa en el torneo preliminar de béisbol, que se celebra en Phoenix.

"Jugaron muy bien ante Estados Unidos, dieron mucha pelea, no se achicaron, desafortunadamente se les fue el triunfo por dos errores", dijo sonriente Campillo, quien estuvo muy contento de estar con sus compatriotas.

Para el serpienteero, será un orgullo participar en el Desfile del próximo domingo y, sin duda, le servirá anímicamente para terminar de salir del amargo momento de la lesión. "Estoy muy contento de estar aquí con toda la gente", remató.

Comparta esta noticia

¿Qué es esto?

del.icio.us Facebook Technorati

My Yahoo! MySpace Friendster

149

página 1

enviar a un amigo

Tu Nombre: Tu mail:



Click aquí

OLYMPUS

Este Día del Padre regala una cámara Olympus

Avanzada Tecnología Japonesa para tus fotos

Captúralo Todo.

reduce trámites para las empresas

Titulares Nacional América Latina Internacionales Negocios Tecnología Salud Entretenimiento Deportes

Videos Fotos Y! Deportes Archivo RSS

Buscar:

Todas las noticias

Buscar

Avanzada

Titulares > Deportes > Los "Prost" y contras de...

Los "Prost" y contras de ser hijo de un tetracampeón del mundo **NOTIMEX**

Pregunta, responde y aprende algo nuevo hoy.

¿Qué significa Acción Nacional? ¿Por qué le pusieron así al PAN?

¿Qué opinas de la despenalización del consumo de drogas?

Haz una pregunta

MOTOR DE CAMBIO



Hay que enfrentar la realidad
En tiempos de turbulencia

económica, una de las mejores opciones es esmerarse más en los negocios...

• Más Motor de Cambio
• Otras columnas

LAS NOTICIAS MÁS BUSCADAS

Crisis en el PRD
Elecciones EEUU
Huelga en la UAM
Britney aparece en TV
Ariales 2008
Olimpiadas Beijing

CLIMA



México
Noticias y temperaturas de todo el mundo

• Más sobre el Clima

HOY EN YAHOO! MÉXICO

EURO 2008
Disfruta de los fantásticos más originales de la Eurocopa.

viernes 14 de marzo, 04:37 PM

* La sangre del "Profesor" vuelve al Hermanos Rodríguez México, 14 Mar (Notimex).- Aquella tarde del 24 de junio de 1990 fue de grandes hazañas en el Autódromo Hermanos Rodríguez, cuando el francés Alain Prost vino desde la décima tercera posición de salida para ganar con su Ferrari por delante de apellidos ilustres como Senna, Piquet, Alesi y Mansell.

Apenas tenía nueve años de edad, pero Nicolás Prost, hijo del tetracampeón del mundo, califica indiscutiblemente a aquella mágica exhibición en el inmueble capitalino como la carrera más grandiosa del "Profesor" en toda su brillante trayectoria en la máxima categoría.

Casi 18 años después, la descendencia de Prost vuelve a acometer las curvas del Hermanos Rodríguez. Piloto novato del equipo de Francia en la A1GP, Nicolás ya dio sus primeras vueltas al escenario donde su padre fue vitoreado por el público mexicano.

Alain no vino a México por lo largo del viaje desde Francia, pero como el Hermanos Rodríguez ocupa un sitio especial en su memoria, habló antes con el joven Nicolás para darle algunos consejos, en especial sobre la retadora zona de eses donde los ganadores ahorran décimas valiosas.

"Hablé con mi papá antes de venir, él corrió aquí en 1990, una gran carrera, es especial para mí estar aquí. Me dio algunos consejos para ir más rápido, me dijo que la parte de las eses es muy técnica, tienes que ser muy inteligente, y eso fue lo que intenté hoy, me sentí bien", relató.

En entrevista exclusiva para Notimex luego de ubicarse cuarto en la sesión de prácticas de novatos con 1:23.168 minutos, apuntó que la relación con su padre es bastante buena, si bien sólo va a verlo a las carreras tres o cuatro veces al año, en especial en Europa.

Pero no todo es felicidad cuando se trata de vivir a la sombra de un campeón del mundo, porque la gente espera grandes cosas de la descendencia, las exigencias son altas, un fracaso es magnificado y una victoria es poco valorada.

"La gente piensa que es una ventaja, pero no lo creo, porque todos esperan mucho de ti, y cuando ganas es sólo porque eres hijo de alguien, cuando fallas te dan con todo, y si estoy al frente es por el nombre, lo cual no es cierto, al final no creo que sea una ventaja ser hijo de alguien como Prost", lamentó.

Como hijo de un grande de todos los tiempos, "la gente espera mucho de ti y te observan

PUBLICIDAD

Tu nuevo amor te espera

Encuétralo ahora

Regístrate aquí

YAHOO! ENCUENTROS

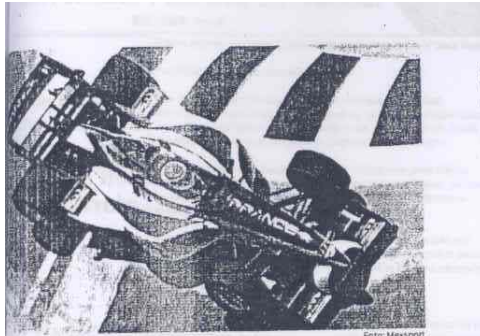


Foto: Mexsport

...as corrió ayer en la pista donde su padre Alain, tuvo carreras memorables en la Fórmula 1.

...HUIO COMPITIÓ EN MÉXICO

La herencia de Prost

MEX
...sionista y periodista deportivo.

...lla tarde del 23 de junio de... fue de grandes hazañas en el... como Hermanos Rodríguez... do el francés Alain Prost vino... e la décima tercera posición... lida para ganar con su Ferrar... delante de apellidos ilustres... (Senna, Piquet, y Mansell... penas tenía nueve años, pero... das Prost, hijo del tetracam... del mundo, califica a aquella... ca exhibición como la carrera... grandiosa del Profesor en su... brillante trayectoria... asi 18 años después, la des... encia de Prost vuelve a acer... er las curvas del Hermanos... Rodríguez. Piloto novato del equi... e Francia en la AGP, Nicolas... sus primeras vueltas en el... nario donde su padre fue visto... por el público mexicano... Hablé con mi papá antes de... t, él corrió aquí en 1990, una

gran carrera, es especial para mí estar aquí. Me dio algunos consejos para ir más rápido, me dijo que la parte de las eses es muy técnica", relató.

Pero no todo es felicidad cuando se trata de vivir a la sombra de un campeón del mundo.

"La gente piensa que es una ventaja, pero no lo creo, porque todos esperan mucho de ti, y cuando ganas es sólo porque eres hijo de alguien, cuando fallas te dan con todo", lamentó.

Aunque su padre puede darle indicaciones abajo del auto, el piloto de 26 años indicó que cuando está al volante está solo, depende de él mismo y su manejo.

La parte buena es que recibe el cariño que su padre sembró en muchas partes del mundo.

"La mayoría de las veces la gente es muy linda, ayer unas muchachas vinieron a tomarse fotos conmigo porque vieron correr a mi papá a los 10 años."



Deja de soñar y conduce en Fórmula 1 con ING en Francia.
Da click aquí.

Deja de soñar y conduce en Fórmula 1 con ING en Francia.

Da click aquí.



Ad Here

Saldrá Alonso en cuarto y Schumacher décimo; la "pole" para Massa

Por Francisco Ciprián. Enviado

Sao Paulo, 21 Oct (Notimex). - Mientras el alemán Michael Schumacher sufrió problemas mecánicos, el brasileño Felipe Massa conquistó para Ferrari la "pole position" del Gran Premio de Brasil, con el que concluirá la temporada 2006 de la Fórmula Uno.

Los miles de aficionados reunidos en el Autódromo José Carlos Pace de Interlagos tributaron una ruidosa ovación a Massa, aunque fue un triunfo pírrico para el equipo Maranello, pues Schumacher ni siquiera salió a la tercera manga de calificación.

El español Fernando Alonso, líder absoluto de la temporada con 126 unidades, partirá en la cuarta posición, desde buscará el punto que necesita para reafirmar el campeonato de la máxima categoría y en la que será su última carrera con Renault.

Con remotas posibilidades de conseguir su octavo título, Michael Schumacher dirá adiós al automovilismo saliendo desde el décimo peldaño, en busca de una victoria que debe combinarse con la exclusión de Alonso de la zona de puntos, pues de otra forma no servirá de gran cosa.

Felipe Massa logró su tercera posición de privilegio de la temporada y segunda consecutiva, al cubrir el trazado de 4.309 kilómetros en 1:10.680 minutos. El finlandés Kimi Raikkonen saldrá en segundo en su McLaren, con tiempo de 1:11.299.

El italiano Jarno Trulli (Toyota) obtuvo el tercer puesto de arrancada, tras marcar vuelta de calificación de 1:11.328 y Fernando Alonso atrapó el cuarto sitio con 1:11.567.

mejorprecio

	MP3 Y MP4 PLAYER APPLE		MP3 Y MP4 PLAYER SONY
	MP3 Y MP4 PLAYER ACTECK		MP3 Y MP4 PLAYER SANSING
	MP3 Y MP4 PLAYER CREATIVE		MP3 Y MP4 PLAYER STEREN

www.MejorPrecio.com.mx Comentario: anónimo. Correo

Enseguida se ubicaron el brasileño Rubens Barrichello (Honda), que saldrá en quinto con 1:11.619, y el italiano Giancarlo Fisichella, en el otro Renault, con 1:11.628.

Michael Schumacher tuvo tiempos bastante competitivos. De hecho, marcó la mejor vuelta del día en 1:10.313 minutos e hizo el 1-2 con Massa en las dos primeras tandas, pero para la tercera el equipo metió a fosos y ya no volvió a salir.

Por ello, el alemán quedó ubicado en el décimo puesto de la parrilla, sin tiempo entre los 10 autos que participaron en el tercer grupo, pese a imponer récord de vuelta en el trazado de Interlagos con ese 1:10.313.

Por primera vez desde 2003, el campeonato del mundo se decidirá en la última carrera. El colombiano Juan Pablo Montoya, ahora piloto de la Nascar estadounidense, se llevó la victoria las dos últimas temporadas en Interlagos.

La parrilla de salida del Gran Premio de Brasil, fecha 18 y última del campeonato de la Fórmula Uno, que se correrá este domingo en el Autódromo José Carlos Pace a 71 vueltas, es la siguiente:

- No se pued
- No se pued
- No se pued

remio de Brasil decidirá al campeón de la Fórmula Uno.

Po Piloto Pais Equipo Tiempo

01	Falipe Massa	BRA	Ferrari	1:10.680
02	Kimi Räikkönen	FIN	McLaren-Mercedes	1:11.299
03	Jarno Trulli	ITA	Toyota	1:11.328
04	Fernando Alonso	ESP	Renault	1:11.567
05	Rubens Barrichello	BRA	Honda	1:11.619
06	Giancarlo Fisichella	ITA	Renault	1:11.629
07	Ralf Schumacher	ALE	Toyota	1:11.695
08	Nick Heidfeld	ALE	Sauber-BMW	1:11.862
09	Robert Kubica	POL	Sauber-BMW	1:12.131
10	Michael Schumacher	ALE	Ferrari	1:10.313 *
11	Mark Webber	AUS	Williams-Cosworth	1:11.650
12	Pedro de la Rosa	ESP	McLaren-Mercedes	1:11.658
13	Nico Rosberg	ALE	Williams-Cosworth	1:11.679
14	Jenson Button	ING	Honda	1:11.742
15	Robert Doornbos	HOL	RBR Ferrari	1:12.591
16	Vitantonio Liuzzi	ITA	STR-Cosworth	1:12.861
17	Scott Speed	EUA	STR-Cosworth	1:12.856
18	Christijan Albers	HOL	MF1-Toyota	1:13.138
19	David Coulthard	ESC	RBR-Ferrari	1:13.249
20	Takuma Sato	JAP	Super Aguri-Honda	1:13.269
21	Sakon Yamamoto	JAP	Super Aguri-Honda	1:13.357
22	Tiago Monteiro	POR	MF1-Toyota	alt

* Tiempo de la segunda manga.

Casi idénticos en números, pero Alonso es favorito sobre "Schumi".

Por Francisco Ciprián. Enviado

Sao Paulo, 21 Oct (Notimex) - Sin darle muchas vueltas al asunto, sólo hay una combinación que puede darle el título al alemán Michael Schumacher y una muy sencilla, con la que el español Fernando Alonso se convertiría en bicampeón de la Fórmula Uno.

En su despedida del automovilismo, Schumacher necesita ganar a como dé lugar y que la estrella de la escudería Renault no sume, es decir, que quede excluido de los primeros ocho lugares este domingo en el Gran Premio de Brasil.

Para Alonso, actual campeón y líder de la clasificación general con 126 puntos, la contabilidad es muy clara: apenas requiere de un punto, sin importar lo que haga Schumacher, para conseguir su segundo título consecutivo en la máxima categoría.

Previo a la última carrera del campeonato, las estadísticas favorecen a Alonso por estrecho margen, al contar con números casi idénticos al desde ahora legendario piloto de Ferrari.

Ambos cuentan con siete victorias. Alonso aventaja en "póles" (seis contra cuatro) e incluso los dos tienen un par de abandonos. Schumacher no llegó al final en Australia y Japón, donde se encaminaba hacia la victoria cuando el motor no dio para más y explotó.

El asturiano llevaba una pulcra temporada, hasta que en la fecha 13 en Hungría tuvo que abandonar antes del final, lo mismo que le ocurrió en Monza.

Mientras Alonso tuvo su verano peligroso al sumar victorias consecutivas saliendo desde la "pole" en España, Mónaco, Gran Bretaña y Canadá, "Schumi" repuntó en la segunda mitad del calendario, con cinco triunfos en siete carreras (Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia y China), hasta que el destino le jugó una mala pasada en Japón.

Los números de Schumacher y Alonso (lugar de arrancada, resultados y puntos logrados en cada gran premio), de cara al cierre de la temporada, son los siguientes:

Gran Premio Schumacher Alonso

In Po Pts In Po Pts

Bahrain 1 2 8 4 1 10
Malasia 1 1 6 7 7 8

153

Australia 10 Ret 0 3 1 10
San Marino 1 1 10 5 2 8
Europa 2 1 10 1 2 8
España 3 2 8 1 1 10
Mónaco 22 5 4 1 1 10
Gran Bretaña 3 2 8 1 1 10
Canadá 5 2 8 1 1 10
EUA 1 1 10 5 5 4
Francia 1 1 10 3 2 8
Alemania 2 1 10 7 5 4
 Hungría 11 8 1 15 Ret 0
Turquía 2 3 6 3 2 8
Italia 2 1 10 10 Re 0
China 6 1 10 1 2 8
Japón 2 Ret 0 5 1 10

Totales Triunfos Poles Puntos

=====

Schumacher 7 4 116

Alonso 7 6 126

Ferrari con dos primeros puestos en última práctica en Interlagos.

Por Francisco Ciprián. Enviado

Sao Paulo, 21 Oct (Notimex). - Ferrari levantó la mano en la tercera y última sesión de entrenamientos, al copar los dos primeros puestos en el Autódromo José Carlos Pace, donde este domingo se llevará a cabo el Gran Premio de Brasil, última fecha de la Fórmula Uno.

El brasileño Felipe Massa entusiasmó a la afición que se dio cita en buen número en el vetusto inmueble de Interlagos, al marcar la mejor vuelta en 1:11.443 minutos, a una velocidad promedio de 217.125 kilómetros por hora.

En las últimas horas de su prolífica carrera como piloto, el alemán Michael Schumacher, quien está en busca de su octavo título mundial, registró la segunda mejor vuelta en 1:11.831 minutos.

El germano buscará este domingo su octava victoria de la temporada esperando que el español Fernando Alonso no sume, para retirarse del automovilismo como campeón del mundo.

Alonso, quien está en el liderato del campeonato de pilotos con 126 puntos y próximo a conseguir su segundo título consecutivo en la máxima categoría, colocó su Renault en el séptimo peldaño con registro de 1:12.721 minutos.

El Honda del inglés Jenson Button terminó en el tercer puesto con 1:12.306, el polaco Robert Kubica, del BMW Sauber, fue cuarto con 1:12.535, y el segundo Renault, conducido por el italiano Giancarlo Fisichella, se colocó en quinto con 1:12.567.

La sesión de calificación está programada para las 14:00 horas locales (12:00, tiempo de México), a fin de definir la parrilla de salida de la competencia de este domingo, con que concluirá la temporada 2006 de la Fórmula Uno.

Sufren miembros de escudería Toyota tentativa de asalto en Brasil.

Sao Paulo, 21 Oct (Notimex). - Cuatro miembros de la escudería japonesa Toyota que participa en el campeonato mundial de automovilismo en Fórmula Uno, sufrieron aquí una tentativa de asalto donde además hubo disparos, se informó hoy.

La brasileña Fernanda de Mello Villas Boas, encargada de prensa, dijo a medios locales que el automóvil del equipo de apoyo fue atacado el viernes por pandilleros juveniles en un semáforo próximo al autódromo.

"Llegó a haber disparos, mientras uno de los jóvenes intentaba quebrar el vidrio trasero y todos nosotros nos agachamos y conseguimos salir ileso. Nos salvó también que un carro llegó atrás y ellos huyeron", relató.

La periodista comentó que "un asaltante apuntó el arma a mi cabeza desde el lado de afuera. Gracias a Dios todo terminó bien y pudimos salir. Yo accioné el freno de mano y les pedí a todos que no reaccionaran. Fue un choque (emocional), pero no pasó de un susto".

El automóvil blindado había salido cinco minutos antes del Circuito de Interlagos, donde este domingo se disputa el Gran Premio (GP) de Brasil, último de la temporada que lidera el español Fernando Alonso, de la escudería francesa Renault.

Se agota el deseo de dramatismo antes de tiempo en Brasil

Por Francisco Ciprián. Enviado

159

SERÁ ADJUNTO AL DIRECTOR DEL DIARIO, EDUARDO INDA, A PARTIR DE AGOSTO

MARCA ficha a Santiago Seguro



Fichaje de lujo para la nueva etapa de MARCA. Santiago Seguro, uno de los mejores profesionales del periodismo, se incorporará a la redacción del diario como adjunto al director, Eduardo Inda, a partir del próximo mes de agosto.

"Es una clara apuesta por la calidad dentro del periodismo deportivo", ha explicado el director de MARCA. Seguro ocupará el cargo de Adjunto al Director y realizará las crónicas de los partidos más destacados y otros eventos deportivos de gran magnitud. "Es el mejor narrador deportivo del momento y uno de los más grandes de la historia", ha añadido Inda.

El prestigioso periodista (Bilbao, 1957) comenzó su carrera profesional en el diario Deia, pero muy pronto dio el salto a la delegación de El País en Euskadi. En 1989, Alex Martínez Roig pidió su traslado a la oficina central de El País en Madrid y pasó a convertirse en la principal firma de la sección de deportes. A partir de ahí, la carrera de Santiago Seguro fue meteórica. El periodista destacó con un brillante trabajo durante los Juegos Olímpicos de Barcelona'92.

Cronista habitual de los partidos del Real Madrid, destacó, además, con sus informaciones de otros deportes como el atletismo, la natación y el baloncesto. Es un experto en la NBA, e incluso, en la liga universitaria (NCAA). Llegó a ser pareja de comentarista de Andrés Montes en la retransmisión de la NBA en Canal+. También fue un habitual comentarista de la Cadena Ser con Iñaki Gabilondo y José Ramón de la Morena.

En 1999 fue nombrado redactor jefe de la sección de deportes de El País, puesto en el que trabajó hasta el Mundial de Alemania 2006. En ese momento y de acuerdo con el nuevo director de El País, Seguro ha desarrollado las funciones de redactor jefe de cultura hasta su fichaje por Marca en julio de 2007.

Además del deporte, Santiago Seguro es un gran aficionado a la música y al cine.

Comentarios

Escribe un comentario a esta noticia | | Mostrar todos los comentarios

Jornada 9

Málaga	Barcelona	Sáb - 20.00
Athletic	Villarreal	Sáb - 20.00
Alicante	Mallorca	Sáb - 20.00
Valencia	Racing	Sáb - 22.00
Recreativo	Getafe	Dom - 17.00
Valladolid	Sevilla	Mié - 17.00
Espanyol	Osasuna	Dom - 17.00
Sporting	Numancia	Dom - 17.00
Almería	R. Madrid	Dom - 19.00
Betis	Deportivo	Dom - 21.00

Liga BBVA

CLASIFICACIÓN	
1	Valencia 20
2	Barcelona 18
3	R. Madrid 19
4	Villarreal 16
5	Sevilla 17
6	Málaga 13
7	Getafe 12
8	Mallorca 11
9	Almería 11
10	Alicante 10
11	Espanyol 9
12	Deportivo 9
13	Sporting 9
14	Betis 8
15	Valladolid 7
16	Numancia 7
17	Racing 6
18	Recreativo 6
19	Athletic 5

Ver clasificación completa

